

... Y SI LA GUERRA SIGUIESE

HERMANN

HESSE



se

Herman Hesse, uno de los más talentosos escritores de todos los tiempos, construye en este libro una mordaz y a veces terrible alegoría: la del ser humano encadenado a los mecanismos monstruosos de la opresión, la guerra, la autoridad coercitiva e impuesta, la crueldad demencial y aterradora de los hombres que sojuzgan a otros hombres.

Todo el volumen está presidido por la que fue constante fundamental de toda la obra de Hesse: una desgarrada y enternecida angustia por el destino del hombre.

Leer este libro no sólo implica adentrarse en el pensamiento de Hesse. Significa también compartir su constante búsqueda de las claves que permitirán a la humanidad salir definitivamente de las tinieblas y alcanzar, para siempre, su luminoso destino.



Hermann Hesse

...Y si la guerra siguiese

ePub r1.0
JeSsE 30.10.14

Título original: *Krieg und Frieden. Betrachtungen zu Krieg und Politik seit dem Jahr 1914*

Hermann Hesse, 1946

Traducción: Emilio Avila de la Torre

Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: JeSsE

ePub base r1.2



Prólogo a la edición de 1946

La compilación de este libro no ha sido tarea agradable para el autor. No trajo consigo ni alegres recuerdos ni felices imágenes, sino al contrario, cada uno de los capítulos y artículos me trajo a la mente días dolorosos, de sufrimiento, lucha y soledad; días en los que me vi acosado por enemistades e incomprensiones, y amargamente apartado de mis ideales y hábitos. Con el fin de poner un velo a estas negras sombras, que se han hecho más intensas en los últimos años, y envolverlas en un manto de claridad y belleza, he pensado que la única forma de hacerlo es dedicar esta obra a un amigo noble y apreciable, cuya amistad y constancia me ayudaron en mi desconcierto y tormentos. He olvidado mucho de lo acontecido en esos deprimentes días de 1914, cuando escribí el primero de estos capítulos, pero no el día en que recibí una nota de Romain Rolland que me llegó junto al anuncio de su próximo libro. Fue una manifestación de simpatía, la única que recibí en ese entonces sobre mi artículo. Ahora contaba con un alma gemela, con un compañero en ideas que, como yo, pensaba en lo sangriento y absurdo de la guerra, de la psicosis de la guerra y que se rebelaba contra ella. Además, este compañero no era un desconocido, sino el hombre a quien admiraba como el autor de *Jean Christophe* (en esa fecha yo no conocía otras de sus obras), un hombre superior a mí en ciencia política y perspicacia. Fuimos amigos hasta su muerte. La distancia geográfica que nos separaba, así como la diferencia en culturas, costumbres y criterios dentro de los que ambos nos habíamos desarrollado hasta llegar a ser adultos, impedían que me convirtiera en su discípulo y aprender mucho de su sapiencia política. Pero eso no era lo más esencial. Yo llegué ya tarde al campo de la política, cuando tenía casi cuarenta años. Desperté violentamente a la realidad de los horrores de la guerra y me vi profundamente afectado al ver la facilidad con la que mis amigos y colegas se alistaban al servicio de Moloch. Varios de mis amigos se habían apartado de mí, había recibido los primeros ataques, amenazas e insultos, y los que en los así llamados tiempos heroicos, los conformistas, nunca dejan de propalar ensañándose contra el hombre que tiene su propio criterio. No tenía la menor certeza de salir bien librado o destruido por el conflicto que vino a transformar mi vida, hasta entonces feliz e indudablemente exitosa, en un infierno. En esas condiciones, fue algo muy grato, un placer y salvación, saber que en Francia —en el campo enemigo— había un hombre cuya conciencia no lo dejaba callar ni le permitía participar en las orgías de odio y morboso nacionalismo. Ni durante la guerra ni después llegué a discutir sobre política con Rolland; pero dudo de haber podido seguir adelante durante esos años sin su afectuosa amistad. ¿Cómo dejar de pensar en él?

Daré algunos datos sobre el origen de este libro: la mayoría de los artículos relacionados con la guerra de 1914-1918, aparecieron en el *Neue Zürcher Nachrichten*. En esa época y hasta 1923 fui un ciudadano alemán. Desde entonces nunca me perdonaron en Alemania por haber adoptado una actitud de crítica hacia el patriotismo y militarismo. Y no obstante que después de perder la guerra —como hasta la fecha— un cierto sector de la población se inclinaba al pacifismo y al internacionalismo y ocasionalmente se hacía eco de mis ideas, seguí siendo objeto de desconfianza. Bastante tiempo antes de las primeras victorias del Nacional Socialismo, ya era considerado oficialmente como un tipo sospechoso e indeseable, quizás apenas tolerable. Durante el período de su omnipotencia, Hitler se vengó con mis libros, mi nombre y contra mi infortunado editor en Berlín.

En una rápida ojeada al contenido de mi libro se podrá apreciar que escribí artículos «políticos» o contemporáneos solamente en ciertos años, pero por esto no se debe inferir que permanecí desapercibido en los años intermedios e ignoré los sucesos del día. Desde mi cruel despertar a la realidad de la Primera Guerra Mundial, esto me ha sido imposible. Cualquiera que analice mi producción literaria en el curso de mi vida, se dará cuenta de que aún en los años en los que no escribí nada sobre sucesos de actualidad, la idea del insano infierno bajo nuestros pies, ni la sensación de una inevitable catástrofe, jamás me abandonaron. Desde el *Steppenwolf* (Lobo Estepario), que en parte era un grito de angustia y advertencia contra la guerra, y que fue atacado y ridiculizado como tal, hasta *The Glass Bead Game* (El Juego de los Abalorios) con la profusión de imágenes tan apartadas de la realidad del momento, el lector volverá a captar, repetidamente, esta actitud de mi parte, así como la misma inflexión en mis poemas.

Cuando intitulo mis artículos como «políticos» lo hago siempre entre comillas, porque no hay nada político en ellos, excepto el ambiente que prevalecía al escribirlos. En los demás conceptos, son todo lo contrario, porque en cada uno de mis ensayos trato de llevar al lector, no dentro del espectáculo mundial con sus problemas políticos, sino al fondo de su propio ser y al propio seno de su conciencia. En esto, estoy en divergencia con los postulantes de la política de toda clase, porque siempre e incorregiblemente reconoceré en el hombre su individualidad y espiritualidad, ámbitos íntimos a los que no llegan los impulsos y formas políticas. Yo soy individualista y considero que la veneración cristiana por cada alma humana es lo mejor y más sagrado en la Cristiandad. Posiblemente, en este aspecto participe yo de un mundo semiextinguido, en que estamos siendo testigos de la aparición del hombre colectivo, carente de un alma individual, que acabará totalmente con la tradición religiosa e individualista de la humanidad. Desear o temer tal eventualidad no es cosa que me preocupe. Siempre me he visto impelido a servir a los dioses que considero activos y provechosos, y me he esforzado en ello aún bajo la certeza de que me tratarían con hostilidad y en forma burlesca. La senda que me he visto obligado a tomar por las exigencias mundanas y las de mi alma, no ha sido agradable ni fácil; espero no tener que volver a transitar por ese camino, porque se acaba entre penas y desilusiones. Sin embargo, puedo decir sin temor alguno que desde mi primer despertar a la realidad, no he aprendido alguna nueva lección, como la mayoría de mis colegas y críticos, ni seguido una bandera diferente cada determinado número de años.

Desde mi despertar, hace treinta años, mi reacción moral a cada evento político ha sido instintiva y sin esfuerzo especial de mi parte. Mis juicios nunca han cambiado. Al sentirme como un ser antipolítico, no deja de sorprenderme la integridad de mis reacciones y a veces me pregunto cuál es la fuente de este instinto moral y pienso en mis maestros y guías, los que a pesar de mi despreocupación sistemática sobre política, me han moldeado en tal forma que siempre he estado seguro de mis juicios y ofrecido una resistencia mayor de la normal a la psicosis de las masas y a las infecciones psicológicas de cualquier clase. El hombre se debe comportar de acuerdo con la educación recibida, con lo que le han imbuido y según ha sido moldeado. Después de muchas consideraciones sobre el asunto, debo decir que hay tres fuerzas poderosas que han influido en mi vida y en mi carácter: el espíritu cristiano y casi totalmente antinacionalista del hogar donde crecí; la lectura de los grandes pensadores chinos, y por último, pero de igual importancia, el trabajo del historiador a quien siempre he venerado, digno de toda mi confianza y a quien agradezco su estímulo,

Jacob Burckhardt.

Montagnola, junio de 1946.

Hermann Hesse

**O Freunde, nicht diese Tone!^[1]
(¡Oh, amigos... no en ese tono!)
Septiembre de 1914**

Las naciones luchan unas contra otras. Día tras día, un incontable número de hombres sufren y mueren en terribles batallas. Al margen de las noticias sensacionales del frente, recordé, como a veces sucede, un evento casi olvidado de mis años juveniles. Tenía catorce años de edad. Era un caluroso día de verano y estaba en el salón de clases en Stuttgart, presentando el famoso examen estatal que se celebraba anualmente. El tema que deberíamos desarrollar era el siguiente: ¿Cuáles son los buenos y malos aspectos de la naturaleza humana que se despiertan y desarrollan por la guerra? Lo que repliqué sobre la materia no tenía base alguna de experiencia, por lo que mi exposición fue deplorable; lo que como niño captaba sobre la guerra, sus dudosas ventajas y cargas, seguramente no tenían nada en común sobre lo que ahora pudiera expresar. Sin embargo, con relación a los diarios sucesos y ese lejano recuerdo, a últimas fechas he pensado largamente sobre la guerra, tópico sobre el cual la gente estudiosa y las fuerzas vivas no dejan de exponer su opinión, así que no veo por qué yo deba abstenerme de expresar la mía. Soy alemán, mis simpatías y aspiraciones están con mi país. Sin embargo, lo que más bien pretendo no se relaciona con la guerra y la política, sino con la situación y las tareas de la gente neutral. Con esto, no quiero referirme a las naciones políticamente neutrales, sino a los hombres de ciencia, maestros, artistas y hombres de letras involucrados en las fatigas en pro de la paz y de la humanidad.

A últimas fechas, nos hemos visto afectados por las señales de una ruinosa confusión entre este grupo de neutrales. Sabemos que las patentes alemanas han quedado canceladas en Rusia, que la música germana se ve sabotada en Francia, que la producción cultural de las naciones enemigas se ve, a su vez, denigrada en Alemania. Muchas publicaciones alemanas pregonan la abolición de traducciones, críticas literarias e incluso la mención de obras inglesas, francesas, rusas y japonesas. Y esto no es sólo un rumor, sino una decisión que ya se ha puesto en práctica.

Un delicioso cuento de hadas japonés, una buena novela francesa, fiel y cariñosamente traducidos por un alemán antes de la guerra, ahora quedan sumidos en el silencio. Recordamos sobre un magnífico obsequio, gentilmente ofrecido a nuestra gente, que se rechaza porque varios barcos japoneses atacan Tsigtao. Y si por mi parte elogio algún trabajo de un italiano, turco o rumano, debo anticipar la posibilidad de que algún diplomático o periodista tache a estos países amistosos como enemigos, antes que mi artículo entre en prensa.

Al mismo tiempo, vemos a gente de estudio y artistas que se unen al clamor contra ciertas potencias enemigas, como si ahora, cuando el mundo está en llamas, tales pronunciamientos tuvieran algún valor o como si un artista o un hombre de letras, incluso de los mejores y más famosos, tuvieran algo que decir sobre el tema de la guerra.

Hay otros que participan en los grandes eventos y llevan la guerra a sus propios estudios, escriben violentos artículos y canciones sangrientas para fomentar el odio entre las naciones. Esto es, sin duda, lo peor de todo. Los hombres que arriesgan su vida diariamente en el frente, tienen derecho

a manifestar su amargura, su enojo y su odio; lo mismo puede ser verdad entre los políticos activos. Pero nosotros, los escritores, artistas y periodistas debemos pensar si nuestra función consiste en empeorar las cosas, ante la realidad y lo deplorable de la situación actual...

¿Sirve de ayuda a Francia que todos los artistas del mundo condenen a los alemanes por poner en peligro la belleza de alguna obra arquitectónica? ¿Tiene alguna importancia para Alemania si deja de leer los libros franceses e ingleses? ¿Se logra una mejoría en el mundo si algún autor francés tacha de vil al enemigo en los peores términos e incita a «su» ejército a comportarse bestialmente?

Todas estas manifestaciones, desde el «rumor» inescrupulosamente inventado hasta el artículo candente, desde el boicoteo del arte del «enemigo» hasta la difamación de las naciones por entero, tienen su origen en la falta de pensar, en una pereza mental que es perfectamente perdonable en el soldado que está en el frente, pero incomprensible en un artista o escritor precavido. Excluyo de este reproche a todos los que antes de la contienda creían que la frontera del mundo era nuestro país. Y no me refiero a los que califican como un insulto cualquier elogio a la pintura francesa o se encienden al escuchar una palabra de origen extranjero; esta gente simplemente continúa en su actitud anterior. Pero todos los demás, que de algún modo laboran conscientemente en la edificación supranacional de la cultura y que de repente deciden llevar la guerra al terreno espiritual, lo que hacen es erróneo y grotescamente irrazonable. Han servido a la humanidad y creído en un ideal supranacional de la misma, mientras no se interfiera la cruda realidad en conflicto con su idealismo, mientras el criterio humanista y la fuerza de su ideal siga prevaleciendo. Pero ahora que esos mismos ideales implican un trabajo duro y peligroso, cuando han llegado a ser un asunto de vida o muerte, abandonan la causa y se unen al coro de sus vecinos inmediatos.

Considero innecesario señalar que estas palabras, no se refieren al sentimiento patriótico o al amor por la patria. Soy el último en repudiar a mi país en la situación que padecemos, ni se me ocurriría frenar a un soldado para que cumpliera con su deber. En vista que los disparos de fusil están a la orden del día, ¡qué haya disparos!, pero no por el mero hecho de disparar ni por el odio al execrable enemigo, sino con la mira de asumir lo más pronto que sea posible una actitud de más alto nivel. Cada día que pasa trae consigo la destrucción de mucho de lo que todos los hombres de buena voluntad entre los artistas, eruditos, viajeros, traductores y periodistas de todos los países han luchado por conservar. Esto es inevitable. Pero es absurdo y erróneo para cualquier hombre que en una hora de lucidez, haya creído en el ideal humanitario, en las ideas internacionales, en la belleza artística que traspasa las fronteras, abandone ahora, asustado por la monstruosidad ocurrida, su estandarte, y relegue lo mejor de su ser al olvido y a la ruina. Entre nuestros escritores y hombres de letras hay muy pocos, según creo, cuyas declaraciones presentes, orales o por escrito, y por la cólera del momento, se puedan calificar de lo mejor de su cosecha. Ni creo que haya un escritor serio que en el fondo de su corazón prefiera las canciones patrióticas de Körner a los poemas de Goethe, quién tan conspicuamente se mantuvo al margen de la Guerra de la Liberación.

¡Exactamente!, exclamarían los superpatriotas, que siempre han sospechado de Goethe, porque nunca fue un patriota, contaminó la mente germana con su benigno internacionalismo, que por tanto tiempo nos ha debilitado en nuestro concepto germano...

He ahí el punto medular del asunto Goethe nunca manifestó ser antipatriota, aunque tampoco compuso himnos nacionales en 1813. Pero su devoción hacia la humanidad significaba más para él

que su devoción al pueblo alemán, a su pueblo que conocía tan bien y al que amaba más que ningún otro. Goethe era un ciudadano y patriota del pensamiento internacional, de la libertad interna, de la conciencia intelectual. En los mejores momentos de su ideario veía la historia de las naciones, no por separado ni con destinos independientes, sino subordinadas a un movimiento integral.

Es probable que tal actitud será condenada como una torre de marfil del intelectualismo y que en los momentos de serio peligro frene sus conceptos, y sin embargo, éste es el espíritu dentro del cual han vivido los mejores pensadores y escritores germanos. No puede haber mejor oportunidad que la de ahora para recordar este concepto y los imperativos de justicia, moderación, decencia y hermandad que encierra. ¿Podemos permitir llegar al grado de que solamente el más valiente de los alemanes se atreva a preferir un buen libro inglés a una mala obra alemana? ¿Considerar la actitud de nuestros militares, que tratan al prisionero enemigo con consideración, como algo que reprochen nuestros pensadores, que ya no están dispuestos a respetar o apreciar al enemigo, incluso cuando es un hombre pacífico y nos da algún beneficio? ¿Qué es lo que podrá pasar después de la guerra, en un período que aún en estos momentos nos inspira ciertos recelos, cuando los viajes y el intercambio cultural entre las naciones se inmovilice? ¿Y quién se supone que trabaje para una mejoría en los negocios del Estado, hacia una comprensión mutua, quién, pregunto, de no ser los que actualmente manejan nuestros asuntos a sabiendas de que nuestros hermanos se agotan en las trincheras? ¡Honor a cada uno de los hombres que arriesgan su vida entre la metralla del campo de batalla! Es a nosotros, los que amamos a nuestro país y no perdemos la fe en el futuro, a los que nos concierne conservar un sector de paz, tender puentes, buscar la forma, pero no demoler (¡con nuestra pluma!), las bases de sustentación del futuro de Europa.

Una palabra más para aquellos que están llenos de desconsuelo y creen que por causa de la guerra muera toda la cultura y la humanidad. Siempre ha habido guerras, desde los tiempos más remotos de que tenemos noticia, y no hay razón para que antes de estallar esta contienda se creyera que se había acabado con la guerra. Esta creencia fue engendrada solamente por el hábito de vivir en paz durante un largo período. Seguirá habiendo guerras hasta que la mayor parte de la humanidad sea capaz de vivir en el reino de Goethe y su espíritu humanista. Las guerras seguirán durante largo tiempo, quizás por siempre. Sin embargo, la eliminación de la guerra sigue siendo nuestro más noble propósito y la culminación de la ética cristiana occidental. Un hombre de ciencia que busca la forma de combatir una enfermedad, no abandona su trabajo porque se desata una epidemia. Así como tampoco el lema «paz en la tierra» y amor entre los hombres dejará de ser nuestro más alto ideal. La cultura humana se origina a base de convertir los impulsos animales en impulsos más espirituales, a través del sentimiento de vergüenza, por la imaginación y el conocimiento. Aunque hasta la fecha ningún panegirista de la vida ha logrado escapar de la muerte, la convicción de que la existencia es digna de vivirse es la culminación de lo que integra y es el consuelo de todo el arte. Y es precisamente esta desdichada Guerra Mundial la que nos debe hacer ver con mayor claridad que el amor es mejor que el odio, la comprensión superior al enojo, y la paz mejor que la guerra. ¿O de qué serviría pensar en la convivencia?

A UN MINISTRO DEL GABINETE

Agosto de 1917

Esta noche, después de un día de mucho trabajo, le pedí a mi mujer que tocara una sonata de Beethoven. Esa voz angelical de la música me hizo olvidar el ajetreo y las preocupaciones del mundo real y me transportó a la única realidad que poseemos, la realidad que nos da alegría y angustia, la realidad por la cual y en la cual vivimos.

Después, leí unas cuantas líneas de un libro que incluye el Sermón de la Montaña, y la sublime admonición, tan antigua, con las palabras sacramentales: ¡No matarás!

Pero no encontré la paz, no podía meterme en cama ni continuar leyendo. Me sentí lleno de ansiedad e inquietud, cuando de repente, señor Ministro, al buscar la causa de esta sensación, recordé algunas frases de uno de sus discursos que había leído días antes.

Vuestra alocución estaba bien integrada; por otra parte, no era algo especialmente original, significativo o provocativo. Reducida a lo esencial, expone someramente lo que los funcionarios oficiales han expresado en sus discursos desde hace tiempo: es decir, que en términos generales «nosotros» no deseamos nada tan fervientemente como la paz, como un corolario de la nueva comprensión entre las naciones y la fructífera colaboración para erigir nuestro futuro, que nosotros no anhelamos enriquecernos ni satisfacer una pasión homicida, aunque la «hora de las negociaciones» no ha sonado todavía y que por ahora no hay otra alternativa que seguir luchando con valentía. Conceptos que cualquier otro Ministro de país beligerante hubiera pronunciado en términos similares, o que podría hacerlo mañana o pasado.

Si esta noche, dicho discurso me ha mantenido despierto, aunque he leído muchos discursos semejantes con las mismas tristes conclusiones, y he podido dormir descansadamente después, la razón se debe, tengo la certeza, a esa sonata de Beethoven y al antiguo libro que leí posteriormente, libro que contiene los maravillosos mandamientos dictados en el Monte Sinaí y las esplendentes palabras del Salvador.

La música de Beethoven y las palabras de la Biblia me dijeron lo mismo; eran agua del mismo manantial, del único en el que el hombre puede saciar su sed. Y entonces, señor Ministro, tuve la sensación de vuestros pronunciamientos y el de los que llevan la voz cantante en ambos campos no se nutren de la misma fuente, que carece, como los de los demás de un significado, que olvida el factor del amor y al género humano.

La exposición encierra un profundo sentimiento de preocupación y responsabilidad por vuestra gente, por el ejército y por su honor. Sin embargo, no alude al sentimiento por la humanidad. Y, para decirlo en términos bruscos, implica el sacrificio de cientos de miles de seres humanos.

Quizás atribuya usted esta referencia al sentimentalismo de Beethoven. Sin embargo, me imagine que siente usted cierto respeto por los Mandamientos y las enseñanzas de Jesús —por lo menos en público. Pero si cree en uno solo de los ideales por los que se hace la guerra, la libertad de los países, libertad de los mares, progreso social o los derechos de las naciones pequeñas— si usted realmente en su fuero interno cree en uno solo de estos generosos ideales, tendrá que reconocer, al

releer su discurso, que no se sirve de uno u otro de los mismos. No es la expresión producto de una fe, en la percepción de alguna necesidad humana, sino que es por desgracia el producto de un dilema. Un dilema comprensible, sin duda, porque ¿qué pudiera ser más difícil ahora, que reconocer una cierta desilusión por el curso que toma la contienda y comenzar a buscar el camino más corto para la paz?

A pesar de todo, esta clase de dilema, aun cuando se comparta con diez gobiernos, no puede durar para siempre. Los dilemas se resuelven por las necesidades. Algún día se hará necesario para usted y sus colegas en el campo enemigo, enfrentarse al dilema y llegar a decisiones que pongan punto final al conflicto.

Los beligerantes en ambos campos desde hace tiempo se sienten frustrados por el curso de la guerra. Independientemente de quién ha ganado tal o cual batalla, de la extensión territorial que se haya conquistado o el número de prisioneros o desaparecidos, el resultado no ha sido el que se pudiera esperar en una contienda. No se ha propuesto solución alguna, ninguna decisión, y no hay alguna en perspectiva.

Usted pronunció este discurso para ocultar este gran dilema de usted mismo y de su gente, con el fin de posponer vitales decisiones (que siempre requieren sacrificios), y hay otros funcionarios que también dictan sus discursos por la misma razón, lo cual es comprensible. Es más fácil para un revolucionario e incluso para un escritor ver el factor humano en una situación política, y sacar las inferencias adecuadas, que para un estadista responsable. Es más fácil para cualesquiera de nosotros, porque no estamos bajo la obligación de una responsabilidad por la profunda tristeza que sufre una nación, cuando se da cuenta de que no se ha logrado el propósito deseado y porque muchos miles de seres humanos y billones en dinero y riquezas se han sacrificado en vano.

Pero no es ésta la única razón por la cual se le hace difícil reconocer el dilema y llegar a decisiones que terminen con la contienda. Otra razón es que escucha usted poca música, lee muy poco la Biblia y los grandes autores.

Usted sonríe. O quizás señale usted que como ciudadano particular se siente vinculado con Beethoven y con todo lo que es noble y hermoso. Esto es muy posible. Pero mi íntimo deseo es que uno de estos días, en que accidentalmente escuche alguna pieza de música sublime, repentinamente llegue a sentirse vinculado con esas voces que manan de una fuente sagrada. Que uno de estos días en un momento de calma lea usted una parábola de Jesucristo, un párrafo de Goethe, o algún refrán de Lao-Tzu.

Ese momento podría ser de capital importancia para el mundo. Encontraría usted una íntima liberación. Su ojos y oídos podrían abrirse de repente. Señor Ministro, por muchos años sus ojos y oídos han estado afinados a propósitos teóricos en vez de la realidad; han estado acostumbrados — ¡necesariamente! — a permanecer cerrados a mucho de lo que constituye la realidad, a rechazarla, a negar su existencia. ¿Me comprende usted? Así es, usted me entiende. Pero quizás la voz de un gran poeta, la voz de la Biblia, la eterna voz de la humanidad que nos habla con claridad por medio del arte, podrá darle el verdadero poder de saber ver y saber escuchar. ¡Qué maravillas vería y escucharía! Nada más acerca de la escasez de la fuerza obrera, sobre el precio del carbón, ya nada más acerca de tonelajes y alianzas, préstamos, reclutamiento de tropas, y de todo aquello que hasta la fecha ha usted estipulado como la única realidad. En vez de ello, vería usted la tierra, nuestra vieja y paciente tierra, tan cubierta por tantos muertos o moribundos, tan asolada y destrozada, tan quemada

y violada. Podría usted ver durante días a los soldados en la tierra de nadie, incapacitados por tener sus manos mutiladas y sin poder siquiera espantar las moscas que se ensañan en sus heridas mortales. Escucharía usted las voces de los heridos, los gritos de los enajenados, las quejas y acusaciones de las madres y padres, novias y hermanas, el aullido de la gente que tiene hambre.

Si una vez más se abriesen sus oídos a todas estas cosas que tan diligentemente ha evitado por meses y años, quizás entonces vuelva a examinar sus metas, ideales y teorías con una nueva y fresca mentalidad para ponderar su verdadero valor contra la miseria de un solo mes, un solo día, de guerra.

¡Ah, si esta hora de música, este regreso a lo real, pudiera llegar a disfrutarlo! Escucharía la voz de la humanidad, y se metería en su habitación y lloraría; pero al día siguiente saldría y cumpliría su deber para con la humanidad. Sacrificaría millones o billones de dinero, una pizca de prestigio y miles de otras cosas (todas aquéllas por las cuales se prolonga la guerra), y si fuera necesario, incluso su cartera, pero haría lo que todo el género humano espera que realice. Sería usted el primero entre los estadistas que condene esta lóbrega contienda, el primero en hacerles ver a sus colegas lo que todos ellos meditan en secreto: que seis meses o uno solo de guerra cuesta más de lo que se pudiera ganar.

Si esto sucediera, señor Ministro, su nombre jamás sería olvidado, su hazaña quedaría por siempre ante los ojos de la humanidad, más en alto que todos los hechos guerreros y las victorias pasadas.

SI LA GUERRA SIGUE OTROS DOS AÑOS^[2]

Fines de 1917

Desde que era niño he tenido el hábito de desaparecer de cuando en cuando, para renovarme a base de sumergirme en otros mundos. Mis amigos me buscan y después de un tiempo me dan por perdido. Cuando finalmente regreso, siempre me divierte escuchar la opinión de los científicos, así llamados, respecto a mis «ausencias» o estados crepusculares. Aun cuando no hago nada sino seguir los impulsos de mi segunda naturaleza, cosa que la mayoría de la gente también puede hacer, esos tipos peculiares me consideran como una rareza; algunos piensan que soy un poseso; otros me revisten con poderes milagrosos.

Así es que ahora vuelvo a desaparecer durante un tiempo. El presente ha perdido su encanto para mí después de dos o tres años de guerra, y me escaparé para respirar un poco de aire diferente. Dejo el plano en el que he vivido y me propongo habitar en otro. Esta vez visité regiones remotas del pasado, recorrí naciones y épocas, sin encontrar conformidad; observé las crucifixiones usuales, intrigas y manifestaciones de progreso sobre la tierra, para luego adentrarme un poco en lo cósmico.

Cuando retorné fue en 1920. Me desilusioné al ver que las naciones seguían luchando entre sí con la misma ciega obstinación. Se habían modificado algunas fronteras: unos cuantos sitios escogidos, de viejas y notables culturas habían sido destruidos sistemáticamente; pero en realidad, poco había cambiado el aspecto exterior del planeta.

Se había progresado en buen grado hacia la igualdad. En Europa, por lo menos y según me informaron, todos los países no habían cambiado; las diferencias entre las naciones beligerantes y las neutrales habían virtualmente desaparecido. Desde la iniciación de los bombardeos por medio de globos, que automáticamente descargaban sus bombas desde una altura de quince o veinte mil metros, las fronteras nacionales, a pesar de seguir rigurosamente resguardadas, se habían convertido en algo ilusorio. La dispersión de estas bombas sobre la población civil, al azar y desde el cielo, era tan extensa que los que comandaban esta operación se mostraban satisfechos si ese baño de explosivos no caía en su propio país, lo que cayera en países neutrales e incluso en naciones aliadas no se consideraba de importancia.

En esto consistía el único adelanto en el arte de la guerra; y en esto, finalmente encontró expresión el carácter de la contienda. El mundo se había dividido en dos sectores que trataban de aniquilarse mutuamente, porque ambos querían la misma cosa, la liberación de los oprimidos, la abolición de la violencia y el establecimiento de una paz duradera. En los dos bandos había una fuerte corriente de sentimiento contra una paz temporal, si no se lograba una paz eterna, ambos lados quedaban comprometidos a una lucha sin fin, y la imparcialidad con que los globos militares dejaban caer sus bendiciones desde prodigiosas alturas sobre justos y pecadores al mismo tiempo, refleja a la perfección el espíritu de esta guerra. Sin embargo, en otros aspectos, la guerra se libraba al estilo antiguo, con recursos enormes, pero inadecuados. La pobre imaginación de los genios militares y de los técnicos, había logrado poner en práctica unos cuantos instrumentos nuevos de destrucción, pero los visionarios que habían inventado el globo bombardero automático habían sido los últimos en este

empeño destructor. Porque mientras tanto, los intelectuales, hombres de visión, poetas y soñadores habían ido perdiendo gradualmente interés en la guerra, y al contar sólo con soldados y técnicos, el arte militar progresaba muy poco. Con extraordinaria perseverancia, los ejércitos estaban frente a frente. Pero a pesar de la escasez de metal, las decoraciones militares se hacían de papel, aunque esto no disminuyó la valentía ni el heroísmo en ninguna parte.

Encontré mi casa parcialmente destruida por los bombarderos aéreos, pero todavía habitable. Sin embargo, hacía frío y tenía aspecto desagradable por los fragmentos de piedras en el piso y el moho en las paredes. Decidí dar un paseo.

La ciudad había sufrido grandes cambios; no había tiendas abiertas y las calles estaban vacías. Poco tiempo después, un sujeto con un número de hojalata en el sombrero me preguntó lo que hacía. Le repliqué que daba un paseo. Inquirió si tenía permiso. No comprendí su pregunta y siguió un altercado. El vigilante me pidió que lo siguiera a la demarcación de policía.

Llegamos a una calle donde todos los edificios tenían letreros blancos con el nombre de las oficinas, seguidos de números y siglas.

Uno de ellos informaba: «Civiles sin ocupación L2487-B 4». Entramos. La misma distribución oficial, cuartos de espera y pasillos con olor a papel, ropa húmeda, y burocracia. Después de varios interrogatorios me llevaron al Cuarto 72. Un oficial me vio de arriba a abajo y me dijo con voz áspera:

—¿No puedes mantenerte firme y alerta?

—No —contesté.

—¿Por qué no?

—Porque nunca aprendí a hacerlo —informé tímidamente.

—Bueno, de cualquier manera —indicó— andabas de paseo sin tener permiso. ¿Lo admites?

—Sí —accedí—. Eso parece ser la verdad. Yo no lo sabía. Sabe usted... he estado enfermo bastante tiempo...

Con un gesto me obligó a quedar en silencio.

—El castigo: se te prohíbe usar zapatos durante tres días. ¡Quítate los zapatos!

Obedecí.

—¡Cielo Santo, ciudadano! —me dijo como horrorizado—. Zapatos de cuero... ¿dónde los conseguiste? ¡Debes estar completamente loco!

—Quizás no sea yo del todo normal. No puedo juzgarlo. Pero compré estos zapatos hace algunos años.

—¿Acaso no sabes que ningún civil debe usar zapatos de cuero? ¡Está prohibido! Estos zapatos quedan confiscados. Ahora veamos tus documentos de identificación...

¡Y no tenía ningún documento!

—¡Increíble! —dijo el oficial en tono de queja—. No he visto cosa igual en más de un año. —Llamó a un policía—. Lleva a este sujeto a la Oficina 19, Cuarto 8...

Me llevaron descalzo por varias calles. Entramos a otro edificio oficial, cruzamos varios pasillos, respiré el mismo aire viciado y luego me empujaron a un cuarto donde fui interrogado por otro funcionario. Éste estaba en uniforme.

—Fuiste recogido en la calle sin documentos de identificación. Te multo con dos mil gulden. Te

haré el recibo de inmediato.

—Perdone usted —dije titubeando—. No llevo conmigo tanto dinero. ¿No podría usted encerrarme unos días?

—El oficial soltó una carcajada.

—¿Encerrarte? Mi estimado amigo, vaya idea la tuya... ¿Esperas que incluso te demos de comer? No, señor mío, si no puedes pagar esa miserable multa, tendré que imponerte el castigo máximo: retiro temporal de tu permiso de existencia. ¡Entrégame tu tarjeta de existencia!

No tenía ninguna.

El oficial quedó sin habla. Llamó a dos de sus ayudantes; conferenciaron en voz baja, mirándome repetidamente con horror y asombro. Luego, el primer oficial me condujo a un cuarto para detenidos, pendiente de que se estudiara mi caso.

En la habitación había varias personas sentadas o de pie; había un guardia en la puerta. Pude notar que aparte de la falta de mis zapatos, era yo el mejor vestido de todos. Los circundantes me trataron con cierto respeto y me cedieron una silla. Un pequeño sujeto se acercó a mí con timidez y me dijo quedamente:

—Tengo una ganga estupenda para usted. Dispongo de azúcar de betabel en casa. Todo el azúcar está en perfectas condiciones. Pesa cerca de tres kilos. Usted dispone. ¿Qué me puede ofrecer? Se acercó más a mi oído y le pregunté:

—Bien, hágame una oferta. ¿Cuánto quiere por ella?

—Digamos ciento cincuenta gulden...

Denegué con la cabeza y miré hacia otro lado. Quedé pensativo. Me di cuenta de que había estado ausente demasiado tiempo, que me sería difícil adaptarme. Hubiera dado un capital por un par de zapatos, tenía los pies helados y húmedos. Pero noté que todos los demás también estaban descalzos.

Después de varias horas vinieron por mí. Me llevaron a la Oficina 285, cuarto 19f. En esta ocasión, el policía se quedó a mi lado, entre el oficial y yo. Parecía un funcionario de alto grado.

—Se ha colocado usted en una situación muy penosa —me dijo—. Ha vivido usted en la ciudad sin permiso de existencia. Sin duda se da usted cuenta de que el peor castigo debe imponerse.

Hice una ligera inclinación.

—Permítame usted, señor. Quiero pedirle algo. Me doy cuenta de que no puedo hacer frente a la situación, y que cada hora que pasa la cosa empeora. ¿Podría usted condenarme a morir? ¡Le quedaría muy reconocido!

El oficial me miró con gentileza.

—Lo comprendo —dijo amablemente—. ¡Pero cualquiera puede solicitar ese castigo! En última instancia, usted necesita una tarjeta de fallecimiento. ¿Puede pagarla? Cuesta cuatro mil gulden...

—No. No tengo tanto dinero. Sin embargo, puedo entregar todo lo que tengo. Mi principal anhelo es dejar esta vida.

El hombre sonrió con extrañeza.

—Bien puedo creerlo. No es usted el único. Pero morir no es cosa tan sencilla. Mi estimado amigo, usted pertenece al Estado, en cuerpo y alma. Usted debe saberlo. Pero, déjeme ver. Aparece registrado bajo el nombre de Sinclair, Emil Sinclair. ¿Es usted acaso el escritor Sinclair?

—Así es.

—¡Oh!, eso me alegra. Quizás pueda hacer algo por usted. Oficial... puede usted retirarse.

El policía dejó el cuarto y el funcionario me estrechó la mano.

—He leído sus libros con gran interés —dijo amistosamente—, y haré todo lo posible por ayudarlo. ¿Pero dígame, cómo es posible que se haya usted metido en este lío?

—Permítame explicarle. He estado ausente durante un tiempo. Me tomó entre dos y tres años refugiarme en lo cósmico, y a decir verdad supuse que la guerra había terminado ya. ¿Pero dígame, me puede conseguir una tarjeta de fallecimiento? Le quedaré muy reconocido.

—Posiblemente se pueda arreglar. Pero antes necesita usted un permiso de existencia. Es obvio que nada se puede gestionar sin dicho documento. Le daré un pase para la Oficina 127. Con mi recomendación, le extenderán a usted una tarjeta temporal de existencia. Pero eso solamente será válido por dos días.

—¡Oh... eso sería más que suficiente!

—Está bien. Cuando se la entreguen, vuelva conmigo.

Nos estrechamos la mano.

—Una cosa más —dije quedamente—. ¿Puedo preguntarle algo? Se habrá dado cuenta de que no sé nada de lo que está pasando.

—Pregunte usted ...

—Escúcheme... quisiera saber cómo se puede vivir bajo estas condiciones. ¿Cómo puede la gente resistirlo?

—¡Bah!, no la pasan tan mal. Su situación es excepcional: ¡un civil... sin documentos! Quedar muy pocos civiles. Prácticamente, todo el que no es un soldado es un burócrata. Esto hace la vida tolerable para la mayoría de la gente, y hay muchos que se sienten genuinamente contentos. Poco a poco se va uno acostumbrando a los faltantes. Cuando se acabaron las patatas, tuvimos que alimentarnos con atole de aserrín, a últimas fechas lo sazonan con alquitrán, lo cual tiene un gusto agradable, cosa que pensamos sería intolerable. Pero al fin nos acostumbramos. Lo mismo que con todo lo demás.

—Entiendo —dije—. En realidad no es tan sorprendente. Sin embargo, hay algo que no puedo comprender. Dígame: ¿por qué hace el mundo entero tan enormes esfuerzos? Aguantar tantas penalidades, tantos reglamentos, tantos miles de oficinas y burócratas. ¿Es acaso todo esto para conservarnos y salvaguardarnos?

El funcionario me miró con asombro.

—¡Vaya pregunta! —gritó moviendo la cabeza—. Usted sabe que estamos en guerra; que todo el mundo está en guerra. He ahí lo que conservamos, por lo que formulamos leyes y sufrimos penalidades. ¡La guerra!, sin estos enormes sacrificios y logros, nuestros ejércitos no podrían luchar una semana. Morirían de hambre... y eso no lo podemos permitir...

—Sí —dije lentamente—, eso tiene cierto significado. En otras palabras, la guerra es un tesoro que debemos conservar a cualquier precio. Convengo en ello; pero tengo una pregunta extraña: ¿por qué valoriza usted la guerra a tan alto nivel? ¿Realmente vale la pena? ¿Es realmente un tesoro?

El funcionario se encogió de hombros y me miró con lástima. Se dio cuenta de que verdaderamente no lo entendía.

—Mi estimado señor Sinclair —me dijo—, usted ha perdido contacto con el mundo. Salga usted a la calle, hable con la gente, luego, haga un esfuerzo mental y pregúntese: ¿Qué es lo que nos queda? ¿Cuál es la esencia de nuestras vidas? Hay sólo una solución posible: ¡lo único que nos queda es la guerra! El placer y los beneficios personales, ambiciones sociales, la codicia, el amor, las actividades sociales, todo eso ha quedado fuera de nuestra existencia. Si todavía quedara alguna ley, orden o criterio en el mundo, se lo debemos a la guerra... ¿Ahora me comprende usted?

Efectivamente, ahora lo entendía y le di las gracias al caballero con amabilidad.

Salí de la habitación con su recomendación en el bolsillo y me dirigí al Cuarto 127. No tenía la menor intención de aprovecharla. No tenía el menor deseo de incomodar a los caballeros de esa oficina. Antes de que alguien me descubriera y me detuviera, invoqué interiormente un salmo astral, cambié los latidos de mi corazón y oculté mi cuerpo entre unos arbustos. Seguí entonces mis aventuras en el plano cósmico y abandoné la idea de volver a casa.

NAVIDAD

Diciembre de 1917

Desde antes de mi recuerdo de la Tradicional Festividad, siempre sentí un vago recelo en la época navideña, una amargura en mis labios. He aquí algo muy hermoso pero no del todo auténtico, algo universalmente aceptado y respetado, pero que sin embargo me inspiraba una secreta desconfianza.

Y ahora que llega la cuarta Navidad en tiempo de guerra, no puedo quitarme esa amargura que siento en la boca. Ciertamente voy a celebrar la Navidad, porque tengo hijos y no los voy a privar de la celebración; pero la festejaré con el mismo espíritu con que lo hacemos con los prisioneros de guerra, como un gesto oficial, una concesión a lo tradicional, una brizna de sentimentalismo. Durante los tres años pasados hemos tratado a estos infortunados prisioneros de guerra como endurecidos criminales, y ahora les entregamos unos paquetes y cajas bonitas con recortes de ramitas verdes. Esto es conmovedor y a veces yo mismo me siento afectado. Imagino la sensación del prisionero que recibe un pequeño regalo, la nube de recuerdos que vienen a su mente al ver la ramita verde. Sin embargo, en el fondo esto también es sentimentalismo.

Todo el año mantenemos a los prisioneros confinados, aunque no han hecho nada sino dejarse sorprender por el enemigo, y luego en Navidad visitamos a estos cientos de miles o millones de prisioneros con tiernos obsequios y les recordamos la fiesta del amor. Ésta es la forma en que tratamos a nuestros hijos. Una vez al año los invitamos a participar en la legendaria festividad del amor divino; durante una noche, bajo el árbol de Navidad nos manifestamos atentos y amorosos con ellos, mientras que todo el resto del año los tenemos sujetos y a raya.

Cuando un prisionero de guerra me arroja a la cara el regalo de Navidad que le llevo y pisotea la ramita verde, tiene toda la razón de hacerlo. Y cuando nuestros hijos no están del todo capacitados para creer en nuestra emoción, en nuestra beatitud en presencia del divino Infante, y nos consideran un poco hipócritas y ridículos, también ellos tienen razón. Con excepción de unas cuantas gentes sinceramente religiosas, nuestras Navidades han sido desde hace tiempo simples gestos sentimentales. O peor aún, una oportunidad para hacer campañas publicitarias, un campo para empresas deshonestas, para fabricar licores.

¿Por qué? Porque para todos nosotros, la Navidad, la festividad del amor infantil, ha cesado de ser la expresión de un sentimiento sincero. Se ha convertido en todo lo contrario, en un sustituto del sentimiento, en una pobre imitación. Una vez al año nos comportamos como si diéramos gran importancia a los sentimientos nobles, como si nos alegráramos al gastar dinero por la festividad. En realidad, nuestra emotividad pasajera ante la belleza de tales sentimientos puede ser muy intensa; mientras más grande y genuina, mayor grado de sentimentalismo. Esto último representa nuestra actitud típica hacia la Navidad y hacia otras ocasiones aisladas en las que los vestigios cristianos todavía entran en nuestras vidas. Nuestro sentimiento en esas ocasiones es: ¡La idea del amor es algo magnífico! ¡Cuán verdadero es que sólo el amor nos puede redimir! ¡Y qué lástima que por nuestras circunstancias se nos permita el lujo de este noble sentimiento solamente una vez al año, porque

nuestros negocios y otras preocupaciones de importancia nos apartan de la celebración durante todo el resto del año! Esta sensación tiene todos los visos del sentimentalismo. Porque es sentimental consolarnos con manifestaciones internas que no tomamos en serio al grado de hacer sacrificios por ellas y llevarlas a la práctica.

Cuando los sacerdotes y la gente piadosa se queja porque la fe se ha perdido en el mundo y la felicidad con ella, tienen razón. Nuestra actitud hacia todos los valores genuinamente humanos es más bárbara y falta de sensibilidad de todo aquello que el mundo ha visto durante siglos. Esto es patente en nuestra actitud religiosa, hacia el arte y en nuestro propio arte. Porque la opinión, tan ampliamente esparcida, que la Europa moderna se ha elevado a una altura sin precedente en el arte, o en la «cultura», también es una invención de nuestros cultos filistinos.

El hombre «culto» de hoy en día asume una actitud característica hacia las enseñanzas de Jesús: durante todo el año no les concede la menor atención, pero en la noche de Navidad se deja llevar por una vaga y melancólica memoria infantil, y se mece en un mar de sentimientos piadosos y mansos una o dos veces al año, por ejemplo, cuando escucha la Pasión según San Mateo y se inclina humildemente al mundo secreto y poderoso, pero inquietante, que ha olvidado hace mucho tiempo.

Todo el mundo lo reconoce, todos lo saben, y todos saben también que esto es muy triste. Se nos dice que los sucesos políticos y económicos son los culpables o el Estado o el militarismo, etc., etc. Porque hay que culpar a algo. Ninguna nación «quería la guerra», así como ningún país quería el día de catorce horas de trabajo, la escasez de habitaciones o el alto índice de la mortalidad infantil.

Antes de celebrar otra Navidad, antes de tratar otra vez de aplacar nuestro eterno y genuino anhelo a base de un sentimiento masivo de imitación, debemos enfrentarnos a nuestra desgraciada situación. Ninguna idea o principio es culpable por nuestra desdicha, por la nulidad, vulgaridad y vacío de nuestras vidas, por la guerra, el hambre y todo lo demás que es maligno y deprimente; nosotros somos los culpables. Y es solamente a través de nosotros mismos, a base de nuestra perspicacia y voluntad, que se puede lograr el cambio.

No importa que volvamos a las enseñanzas de Jesucristo y las volvamos a adoptar, o que busquemos otras formas. Por la forma en que afectan las enseñanzas de Jesús, de Lao-Tzu, de los Vedas y de Goethe, todas llegan a lo íntimo del corazón humano. No hay sino una sola doctrina. Una sola religión. Hay sólo una felicidad. Existen miles de formas, miles de heraldos, pero hay solamente una voz. La voz de Dios no viene del Sinaí, la voz viene de la Biblia. La esencia del amor, belleza y santidad no reside en el cristianismo o en la antigüedad, o en Goethe o Tolstói, reside en nosotros, en cada uno de nosotros. Ésta es la eterna y única doctrina, una sola verdad eterna. Es la doctrina del «Reino de los Cielos» que llevamos en lo íntimo de nuestro ser.

¡Encended las velas del árbol de Navidad para los niños! ¡Dejadlos que canten villancicos! ¡Pero no os engañéis, no os conforméis, año tras año, con el mezquino, patético sentimiento que manifestáis al celebrar las festividades! ¡Exigid algo más de vosotros mismos! El amor y el gozo y esa cosa misteriosa que llamamos «felicidad» no está aquí ni allá, está solamente dentro de nosotros mismos.

¿HABRÁ PAZ?

Diciembre de 1917

En fecha muy reciente, Wilson y Lloyd George proclamaron su inalterable voluntad de luchar hasta una victoria final. En la Cámara de Italia, el socialista Mergari fue tachado de loco por haber dicho unas cuantas palabras naturales y humanas. Y ahora vemos con qué espíritu de propia rectitud y entereza, un despacho de Wolff niega el rumor de una nueva proposición de paz alemana: «Alemania y sus aliados no ven la menor razón para repetir su magnánima oferta de paz».

En otras palabras, todo sigue igual, y si en algún lado brota el menor vestigio pacífico, o trata de emerger, la bota militar lo aplastará sin pérdida de tiempo.

Por otra parte, nos enteramos de que las negociaciones para la paz se han iniciado en Brest-Litovsk, que *Herr Kühlmann* abrió la sesión con una referencia sobre el significado de la Navidad y que habló, con palabras del Evangelio, de paz en la tierra. Si realmente cree en lo que dice, si tiene siquiera una mínima comprensión de esas tremendas palabras, la paz sería inevitable. Desafortunadamente, nuestra experiencia respecto a las citas bíblicas en boca de estadistas no ha sido muy alentadora hasta la fecha.

Durante muchos días, los ojos del mundo se han enfocado a dos lugares. En esos dos sitios, el sentimiento general es que los destinos de las naciones quedarán determinados, señalados, amenazados. Con respiración entrecortada, el mundo mira hacia el oriente, hacia las negociaciones de paz en Brest-Litovsk. Pero al mismo tiempo no deja de observar el frente occidental con terrible angustia, porque todos sienten, todos saben, que a menos que ocurra un milagro, el peor desastre que jamás haya sufrido el hombre, está ahí, amenazante; por la consecuencia de la más amarga, sangrienta, cruel y desastrosa batalla de todos los tiempos...

Todos lo sabemos y todos, a excepción de unos cuantos ardientes y confiados oradores políticos, y los que explotan en su beneficio la guerra, temblamos al solo pensarlo. Por lo que respecta al resultado de esta matanza masiva, las opiniones varían. En ambos campos hay una minoría que seriamente cree en una victoria decisiva. Pero a un hecho nadie le concede un vestigio de sentido común y es que las metas ideales y humanitarias, que se glosan en forma tan prominente en todas las alocuciones de los estadistas, no podrán ser alcanzadas. Mientras mayores, más sangrientas y destructivas resulten estas últimas batallas de la Guerra Mundial, menos se podrán realizar para el futuro; mientras menos esperanzas se tengan para aplacar odios y rivalidades, menos se podrá contar con la idea de que los fines políticos se pueden lograr a base del instrumento criminal de la guerra. Si alguno de los campos beligerantes llegase a obtener la victoria (propósito que sería la única justificación pregonada por los líderes en sus discursos incendiarios), entonces, lo que detestamos como militarismo habrá ganado. Si en lo íntimo de su corazón los partidarios de la guerra creen una sola palabra de lo que han proclamado acerca de los fines de la contienda, lo absurdo y vano de sus argumentos hace tambalear la imaginación.

¿Podrá acaso la perspectiva de una masacre de inconcebibles alcances justificarse por este embrollo de sofismas, de esperanzas contradictorias y de planes? Mientras toda la gente con la

menor experiencia en la guerra y sus sufrimientos, esperan el resultado de las negociaciones de paz en Rusia, orando y expectantes; mientras todos nosotros nos conmovemos con afecto y gratitud por los rusos, porque ellos, los primeros entre las naciones, han atacado la guerra en su raíz y decidieron terminarla; mientras la mitad del mundo sufre hambre y la mitad del esfuerzo humano ha quedado en suspenso o prácticamente anulado, es ahora, cuando en Francia se hacen preparativos que no nos atrevemos siquiera a nombrar, una matanza masiva que se espera decida, pero que no decidirá, el resultado de la guerra. Un alarde final de heroísmo y paciencia: el odioso triunfo final de la dinamita y las máquinas de la guerra contra la vida humana y su espiritualidad...

Ante tal situación, es nuestro deber y el deber sagrado de cada hombre de buena voluntad sobre la tierra, no escudarnos en la indiferencia y dejar que las cosas tomen su propio curso, sino hacer el máximo esfuerzo para evitar esta catástrofe final.

Todos estamos de acuerdo, ¿pero qué podemos hacer? ¡Si fuéramos estadistas o ministros, haríamos algo, pero no tenemos poder!

¡Ésta es la reacción sencilla de eludir responsabilidades hasta que llegan a ser imperativas! Si nos volvemos hacia los políticos y líderes, también ellos se encogen de hombros e invocan su impotencia. No debemos quedarnos sentados y sólo culparlos.

Echar la culpa a alguien es una señal de inercia y cobardía en cada uno de nosotros, es una obstinación y renuencia a pensar. Como réplica al excelente Mergari, Sonnino rehusó decir «cualquier cosa que pueda dar ayuda y consuelo al enemigo»; el despacho de Wolff que antes mencioné señala que Alemania «no tiene la menor razón» para un paso más en pro de la paz. Día tras día, nosotros mismos damos pruebas de la misma actitud. Aceptamos las cosas como vienen, gozamos con las victorias, deploramos las pérdidas de nuestro bastión, aceptamos tácitamente la guerra como un instrumento político.

Pero recapacitemos, toda nación y cada familia, y cada individuo en lo personal en toda Europa y más allá de las fronteras, tiene *razón* suficiente para hacer el máximo esfuerzo para lograr la paz, por la que todos rogamus. En realidad, solo un puñado de hombres es el que quiere que la guerra siga — y es indudable que merecen nuestro desprecio y nuestro sincero despecho. Nadie más, sino un pequeño grupo de fanáticos morbosos o criminales sin escrúpulos están en favor de la contienda— y a pesar de lo increíble que parezca, la guerra sigue; ambos bandos se arman infatigablemente para el supuesto holocausto final en el Occidente...

Esto sólo se concibe porque somos perezosos, conformistas y muy cobardes. Es posible porque en el fondo de nuestro corazón aprobamos de algún modo o toleramos la guerra. Porque arrojamos al viento todos nuestros recursos mentales y nuestras almas y dejamos que la maquinaria sangrienta siga rodando. Eso es lo que hacen los políticos y lo que hacen los ejércitos; pero nosotros, los que somos testigos, no somos mejores que ellos. Si realmente deseáramos que la guerra terminara lo podríamos lograr. Sabemos que cuantas veces el hombre ha sentido la necesidad de actuar, lo ha hecho contra toda resistencia. Hemos visto con admiración y respeto que los rusos han bajado sus armas y manifestado su voluntad para pactar la paz. No hay gente sobre la tierra que no se haya conmovido en su corazón por este sorprendente drama. Sin embargo, al mismo tiempo rechazamos las obligaciones resultantes. Todos los políticos del mundo están en favor de la revolución, de la razón y de rendir las armas, pero solamente las del campo enemigo, no las de su bando. Repito, si realmente lo anhelamos,

podemos poner fin a la guerra. Una vez más, los rusos han dado el ejemplo de la sacra doctrina de que el débil puede convertirse en el más poderoso. ¿Por qué nadie los imita? ¿Por qué los parlamentos y gabinetes en todas partes se conforman con la misma ñoñería, con las cotidianas trivialidades, por qué nadie surge como campeón de una gran idea, de la única que nos importa en este momento? ¿Por qué favorecen la autodeterminación de los países cuando lo único que persiguen es la esperanza de beneficiarse? ¿Por qué la gente se deja llevar por el falso idealismo de los tiranos de la paz? Se ha dicho que cada nación tiene los gobernantes que merece. Es muy posible. Nosotros los europeos, en todo sentido, contamos con los más crueles y sanguinarios gobernantes: los señores de la guerra. ¿Es esto acaso lo que deseamos y merecemos?

No. No lo deseamos. Anhelamos lo contrario. Aparte de un pequeño grupo de piratas, nadie prefiere este vergonzoso estado de guerra. ¿Qué podemos hacer? Tenemos que sacudir esta inercia. Debemos aprovechar toda oportunidad para argüir nuestro anhelo de paz. Podemos desistir de aprobar inútiles provocaciones, como el falaz despacho de Wolff, y dejar de hablar como Sonnino. En estos momentos, un ligero gesto de humillación, alguna concesión, un impulso humano no nos puede hacer daño alguno... ¿Cómo es posible que nos dejemos envenenar por este concierto de sangre y pregonar nuestro vano nacionalismo?

Ha llegado la hora de expulsar a esos estadistas que conciben la política extranjera en términos de un ultranacionalismo, pero que ignoran el grito de la humanidad entera. ¿Por qué esperar a que su estupidez siga autorizando el derramamiento de la sangre de millones de seres?

Así es, todos nosotros —grandes y pequeños, beligerantes y neutrales— debemos forzar a que nuestros oídos no desoigan la amenaza de esta hora fatal, la noción de horrores inenarrables. ¡La paz está a la vista! Como un ideal, un anhelo, una sugerencia, eso está en el corazón de todos los corazones. Si cada uno de nosotros se afirma a esta moción tan humana en pro de la paz, comunica sus anhelos a los demás, si todo hombre de buena voluntad decide dedicarse exclusivamente a remover todos los obstáculos, todas las barreras, tendremos la paz.

Si logramos esta colaboración, todos tendremos la satisfacción de haber hecho lo que el deber nos impone, porque hasta la fecha lo único que podemos sentir es que todos somos culpables.

SI LA GUERRA SIGUE OTROS CINCO AÑOS

Principios de 1918

En el otoño de 1925, el Diario Oficial, el único periódico que todavía se publica (semanalmente) en el Reino de Sajonia, incluyó el siguiente artículo corto bajo el siguiente encabezado:

UN NUEVO KASPAR HAUSER

«Cerca de Ronneburg, en Vogtland, se acaba de descubrir un penoso e inquietante incidente. Solamente en lo futuro se podrá determinar si se trata de algo meramente curioso o asunto de interés trascendental.

En el curso de la “eliminación de ciudadanos demostrablemente ineptos para el servicio público”, un programa que se ha organizado en nuestro distrito con ejemplar eficiencia y, salvo inevitables penalidades, humanamente ejecutado, las autoridades regionales de Ronneburg en uno de esos casos ya tan frecuentes, en el que un individuo, a pesar de su demostrada incapacidad de ser totalmente inútil al Estado y al bien público, aparentemente sobrepasa el límite de su existencia, asignado, en esta ocasión durante varios meses, según se informa. Un año antes, la junta de control de ancianidad había clasificado a este individuo en particular, un tal Phillip Gassner, residente en una casa apartada en el campo, afuera de una de las aldeas, como sujeto no ocupable, y, como es natural en estos casos, se le recordaron sus obligaciones civiles a base de reducirle progresivamente sus raciones. Cuando expiró su plazo final, no se reportó su fallecimiento, ni tampoco se reportó que se hubiera hecho alguna cita en el centro regional del cloroformo. Consecuentemente, las autoridades regionales delegaron al Sargento Kille para visitar la residencia de Gassner y hacerle una notificación formal sobre sus deberes de ciudadano e informarle del castigo por falta de cumplimiento.

Aun cuando esta notificación fue comunicada de acuerdo con los procedimientos aceptados y con el ofrecimiento usual de servicio gratis, Gassman un hombre de casi setenta años, sufrió un ataque de agitación extraordinaria y se rehusó obstinadamente a cumplir con la ley. Fue en vano que el sargento lo reprendiera por su actitud antipatriótica y tratara de hacerle ver lo desalentador que era que un anciano, después de haber recibido honores cívicos, declinara hacer el sacrificio que todos nuestros jóvenes estaban dispuestos a cumplir en el frente. Cuando el sargento llegó al punto de querer arrestarlo, Gassner se resistió. El sargento, que ya se había dado cuenta de la fuerza física de este individuo —que había estado sujeto a menguantes raciones— procedió a investigar la casa. Y ahora viene la parte increíble de la historia: en un cuarto del segundo piso, con vista al jardín, se descubrió un hombre joven. ¡El anciano lo había ocultado durante años!

Este joven, de veintiséis años de edad y rebosando salud, resultó ser Alois Gassner, el hijo del dueño de la casa. La forma en que este astuto anciano logró burlar a las autoridades de la conscripción y ocultar a su hijo durante años, queda por aclarar. La hipótesis más viable sería la de una falsificación criminal de los registros. También es indudable que mucho se puede explicar por la apartada ubicación de la casa, por los amplios medios de fortuna del padre, y por la existencia de un

pequeño jardín cuidadosamente cultivado que les suministraba suficientes alimentos.

Lo que aquí nos interesa, no es tanto lo poco común del caso de un grave fraude y la evasión del reclutamiento, sino una anomalía psicológica que ha salido a luz y que por ahora está siendo investigada por expertos. La anécdota es difícil de creer, pero los testimonios que se tienen a la mano no dejan lugar a duda...

Todos los especialistas están de acuerdo en que Alois Gassner es un tipo mentalmente normal. Además de su habilidad para leer, escribir y la aritmética, es un sujeto muy culto, y con la ayuda de una buena biblioteca, el hombre se ha dedicado al estudio de la filosofía, independientemente de poemas y excursiones en el campo creativo literario; todo lo cual testifica que se trata de un joven de mente sana y cultivada.

Sin embargo, hay una laguna extraña en la vida del joven —¿no sabe nada de la guerra!—. Todos estos años ha vivido fuera de nuestro mundo. Justamente como oficialmente no ha existido para el mundo, nuestro mundo y nuestros tiempos tampoco han existido para él. Probablemente, es el único adulto en Europa que, aun cuando en plena posesión de sus facultades mentales, no sabe absolutamente nada de la Guerra Mundial, de los eventos y conmociones de los últimos diez años.

Nos atrevemos a comparar tan extraño filósofo con Kaspar Hauser, ese tipo legendario que pasó sus primeros años apartado en un medio crepuscular, lejos del mundo de los hombres.

Es indudable que no pasará mucho tiempo para dilucidar y juzgar este caso, relativamente sencillo, de Gassner Senior. Ha cometido una grave ofensa y tendrá que pagar las consecuencias. Sin embargo, por lo que respecta a la culpa o complicidad del hijo, las opiniones varían notablemente. Por ahora, sigue sujeto a exámenes en un hospital para enfermos mentales. La única reacción que ha tenido hasta la fecha de lo poco que ha podido captar de los sucesos actuales, sobre el Estado y sus deberes cívicos, ha sido una sorpresa infantil con algo de temor. Está de manifiesto que no toma en serio todos los intentos que se hacen por educarlo; tal parece que conceptúa todo lo referente al mundo de hoy en día como ficciones empleadas para comprobar sus facultades mentales. Hasta ahora, todas las preguntas y pruebas de asociación de ideas basadas en términos y expresiones familiares a todo muchacho no han tenido resultado alguno.

Antes de entrar en prensa, se nos informa que la facultad de filosofía de la Universidad de Leipzig tiene el caso bajo estudio. Se examinarán los escritos de Gassner. Pero, no obstante el valor positivo o negativo de estos ensayos, la propia facultad está sumamente ansiosa para conocer personalmente al sujeto en discusión, y quizás decida “adquirirlo” como único ejemplar de una clase extinta de hombre. Este “hombre de la preguerra” quedará sometido a una cuidadosa investigación y posiblemente se le conserve para la ciencia».

EL EUROPEO

Enero de 1918

Finalmente, Dios nuestro Señor se aplacó y envió una gran inundación para poner fin a la era de la historia de la tierra que había culminado en la sangrienta Guerra Mundial. Las aguas compasivas lavaron lo que había desecado en el viejo planeta, los campos nevados y tintos en sangre y las montañas erizadas de cañones, los cuerpos en estado de pudrición y sus dolientes, a los ebrios de sangre junto con los empobrecidos, los hambrientos junto con los que se habían vuelto locos.

Un cielo azul apacible miraba hacia abajo a la esfera terrestre.

Hasta el propio fin, los europeos y su tecnología habían mostrado su temple. Durante varias semanas, Europa se había defendido sola y tesoneramente contra el desbordamiento de las aguas. En un principio, con enormes diques en los que millones de prisioneros de guerra trabajaron día y noche; luego con baluartes y montículos artificiales con aspecto de terrazas gigantescas que luego se transformaban en torres emergentes. Replegados a estas torres, los hombres conservaron su fe hasta el último con el conmovedor heroísmo de su estirpe. Primero Europa, luego el mundo entero había quedado sumergido, pero en los últimos baluartes, los reflectores todavía arrojaban su dardo luminoso dentro del húmedo crepúsculo, mientras que los cañones lanzaban sus proyectiles de torre a torre en graciosos arcos. El heroico fuego de la metralla se mantuvo hasta el fin.

Por último, el mundo entero quedó inundado. Aferrados a su cinturón de salvamento, los únicos supervivientes europeos flotaban a merced de las aguas, aprovechando el resto de sus fuerzas para llevar un registro de los sucesos en los últimos días, porque deseaban que los hombres del futuro supieran que su heredad había sobrevivido a sus enemigos durante varias horas, y con ello asegurado las palmas de la victoria para siempre.

Y entonces, un enorme casco negro apareció sobre el gris horizonte y lentamente se fue acercando a la exhausta Europa. Para deleite general, se reconoció el arca, se pudo ver al viejo patriarca de pie sobre el puente —una figura imponente con luenga barba gris— y se veló la imagen. Un gigantesco africano rescató a uno de los náufragos, quien al abrir los ojos contempló al sonriente patriarca, porque por fin había dado cima a su misión: un ejemplar de cada criatura viviente sobre la tierra se había salvado.

Mientras el arca se deslizaba sin prisa a favor del viento, en espera de que las lodosas aguas bajaran su nivel, un alegre brote de vida tomó forma. Grandes bancos de peces seguían la estela de la nave, pájaros e insectos de todos colores se cernían sobre el puente descubierto, todos los animales y todos los seres humanos vivientes se regocijaban por haber sido salvados y destinados a una nueva vida. El multicolor pavo real lanzaba su penetrante saludo matinal, el elefante reía y se daba baños de ducha que compartía con su consorte, la lagartija yacía iridiscente sobre un madero bañado por el sol. Con rápidos golpes de su arpón, el indio pescaba brillantes peces en el espacio infinito de las aguas: el africano hacía fuego frotando dos maderos secos y en medio de su alegría acompañaba sus rítmicos movimientos golpeando los poderosos muslos de su mujer con la palma de la mano. El indostano permanecía de pie, escueto y con los brazos cruzados sobre el pecho, musitando versos de

antiguas canciones sobre la Creación. El esquimal yacía vaporizando su cuerpo al sol, chorreando agua por todos sus poros y sus minúsculos ojos reían al notar que un amigable tapir venteaba a su alrededor. El pequeño japonés había cortado una pequeña vara con la que jugueteaba y hacía piruetas. El europeo, cuyos avíos para escribir había logrado salvar, hizo un inventario de las criaturas vivientes.

Se formaron grupos y se entablaron amistades y cualquier disputa que se suscitaba quedaba inmediatamente suspendida por intervención del patriarca con un solo movimiento de su mano. Todos estaban alegres y sociables, solamente el europeo se mantenía apartado, sin dejar de escribir. Pero luego, todo ese consorcio de seres humanos y de animales inventó un juego, una competencia en la que cada uno demostrara sus habilidades. Todo el mundo presente quería ser el primero, y el propio patriarca tuvo que mantener el orden. Dividió a sus pasajeros en grupos separados; animales grandes, animales pequeños, y seres humanos. En primer término, cada cual debería hablar y enunciar la hazaña en la que se proponía sobresalir, luego cada uno la demostraría.

El excelente juego duró varios días, porque miembros de cada grupo repentinamente dejaban de hacer su parte para correr y observar a otros grupos. ¡Qué cosas tan maravillosas se podían ver! Cada una de las criaturas de Dios pudo exhibir sus ocultos talentos y habilidades. ¡Qué espléndida exhibición de las riquezas de la vida! Y cómo todos reían, cantaban, cacareaban, aplaudían, golpeaban el puente, relinchaban...

La comadreja corrió con soltura, la alondra cantó con singular deleite, el orgulloso gallipavo, de alto pecho, marchó con elegancia, y la ardilla trepó con increíble destreza. El mandril imitaba al malayo y el malayo al mandril. Los veloces corredores, hábiles trepadores, nadadores y voladores, competían sin descanso, y cada uno fue aplaudido por su excelencia. Ciertos animales demostraron su magia y otros se hicieron invisibles. Muchos se distinguieron por su fuerza, otros por su astucia, algunos en el ataque, otros en la defensa. Los insectos demostraron la forma de protegerse al adoptar la tonalidad del pasto, de la madera, musgo, roca, y mientras otros, entre los más débiles, fueron aplaudidos y obligaron a los espectadores a huir al expeler nauseabundos olores para repeler ataques. Ninguno quedó atrás, todos tenían su propio talento. Los nidos de los pájaros se fueron formando, trenzando, tejiendo y consolidando. Las aves de rapiña mostraron la forma de poder reconocer la presa más pequeña desde las alturas.

Los humanos también actuaron bien. Con agilidad y sin ningún esfuerzo, el africano trepó al mástil; con tres hábiles maniobras, el malayo transformó una hoja de palma en un remo y bogó sobre las aguas en un pequeño tablón. El indostano acertó a pegarle al blanco más pequeño con su flecha, y con dos diferentes clases de cordel su mujer tejió un bello tapete que ganó la admiración de todos. No hubo nadie que no quedara mudo de asombro al ver los juegos de magia del indostánico. El chino demostró la forma en que el laborioso nativo lograba triplicar la cosecha de trigo al desenterrar las semillas y trasplantarlas a intervalos regulares.

El europeo no gozaba de gran popularidad. Varias veces había logrado hostilizar a sus primos por darle poca importancia a los logros de los demás. Cuando el indostano cazó un pájaro a gran altura, el hombre blanco se encogió de hombros y declaró que él podía tirar a triple altura con una onza de dinamita. Pero cuando se le instó a que lo demostrara, se valió de una serie de disculpas y expresó que necesitaba una serie de implementos para realizarlo. Asimismo, ridiculizó al chino y

expuso que, aunque estaba de acuerdo que esos trasplantes demostraban la laboriosidad de su gente, pero que era dudoso que tan intensa y agotante tarea la hiciera feliz. Los chinos habían ganado la aprobación general al replicar que cualquier país que tuviera suficiente alimentación y honrara a sus dioses era feliz, sensato argumento que sin embargo los europeos desdeñaron.

La notable competencia siguió su curso, hasta que finalmente todos los humanos y los animales desplegaron sus habilidades. Todos quedaron impresionados y contentos entre sí. El patriarca no dejaba de reír y agitar al viento su barba gris, y expresó que como muestra de elogio, las aguas ya se podían apaciguar para que el mundo vislumbrara una nueva vida de felicidad.

Solamente el europeo no hizo gala de hazaña alguna y todos los concurrentes clamaban porque saliera a la palestra, para que demostrara que también él tenía derecho de respirar el aire del Señor y viajar en la casa flotante del patriarca. Durante largo tiempo se excusó y rehusó hacer algo. Pero entonces, el propio Noé intervino, y el hombre blanco se decidió a hablar:

—También yo he desarrollado una habilidad y destreza de gran efectividad. Mis ojos no son tan penetrantes como los de otros seres, ni me distingo de ellos por el oído o por el olfato o por labores manuales. Mi don es de un nivel superior. Mi don es la inteligencia.

—¡Demuéstrala! —gritó el africano, y todos se acercaron al evento.

—Esto no se puede exhibir —dijo el hombre blanco con gentileza—. Quizás no me han comprendido. Lo que me distingue es mi mente.

El africano rió de buena gana, mostrando su blanca dentadura; el indostano frunció los labios en gesto de burla; el chino sonrió con sagacidad y de buen modo.

—¿Inteligencia? —murmuró lentamente—. Danos una demostración de tu mentalidad. Hasta ahora no hemos visto nada...

—No hay nada que ver —repuso el europeo malhumorado—. Mi don especial reside en mi cabeza, donde almaceno imágenes del mundo exterior. De estas imágenes voy formando nuevas imágenes y sistemas. Tengo la capacidad de pensar y contener a todo el mundo en mi cerebro; en otras palabras, lo puedo rehacer...

Noé pasó su mano por la frente y dijo:

—Te ruego me disculpes... ¿pero qué hay de bueno en ello? Dios ha creado el mundo. ¿Por qué pretendes tú volverlo a formar y guardarlo en tu pequeño meollo?

Entonces se escucharon gritos y preguntas por doquier.

—¡Calma! —indicó el europeo—. Ustedes me entienden. La tarea del intelecto no se puede demostrar como cualquier otro arte o artesanía.

—¡Claro que se puede hacer, primo mío! Muéstranos sus manifestaciones y alcances. Hagamos un cálculo, una encuesta. Por ejemplo: un hombre y una mujer tienen tres hijos, cada uno de los cuales forma su propia familia. Cada uno de ellos tiene un hijo cada año. ¿Cuántos años se necesitan para tener cien descendientes?

Todos escucharon con atención, entrecerraron los ojos y contaron con los dedos. El europeo procuró esforzarse.

—No está mal —confesó el hombre blanco—. Pero eso es sólo cuestión de agilidad mental. Mi mente no está hecha para estas tretas infantiles, sino para resolver grandes problemas en los que reside la felicidad de la humanidad.

—Estupendo —dijo Noé—. La destreza o el don de traer la felicidad es indudablemente más importante que cualquier otro. Pero quisiéramos saber lo que tú sabes acerca de la felicidad de la humanidad. Mucho nos agradecería enterarnos. —La gran asamblea esperaba con ansiedad que el hombre blanco hablara. ¡Honor sea dado al que nos enseñe en dónde reside la felicidad del género humano! ¡Pediríamos su perdón por todos nuestros conceptos y burlas! Porque si él sabe todo esto, no habrá necesidad de que manifieste sutilezas de ojos, oídos o destrezas manuales, de que se extenúe en el trabajo o en la aritmética...

Hasta entonces, el europeo se había manifestado altivo y dueño de sí mismo; pero al enfrentarse a esta genuina curiosidad, se vio en una encrucijada.

—La culpa no es mía —dijo con aire de duda—; pero ustedes todavía no comprenden. Nunca dije que conocía el secreto de la felicidad. Lo que señalé es que mi mente labora con ciertos problemas cuya solución habrá de estimular la felicidad de la humanidad. Esto implica un trabajo arduo y largo, ninguno de nosotros lo verá terminado. Los problemas son intrincados y muchas generaciones tendrán que seguir ponderándolos.

El auditorio escuchó con creciente perplejidad y desconfianza. ¿Qué es lo que el hombre blanco explicaba? El propio Noé esquivó su mirada con aire de duda.

El indostano sonrió al chino. Y cuando los demás no supieron que decir, el oriental habló:

—Queridos hermanos —comenzó con voz suave—, nuestro primo el hombre blanco es un bufón. Trata de hacernos ver que su mente se debate en algo que nuestros nietos y bisnietos quizás no lleguen a realizar. Sugiero que lo aplaudamos como a un bromista. Habla de cosas que ninguno de nosotros puede comprender, pero todos sospechamos que si lo captáramos de veras nos haría reír y reír sin interrupción. ¿No sienten ustedes lo mismo? Pues entonces propongo una porra para el bromista...

La mayoría de los humanos y de los animales se unieron a la porra y se alegraron de que el incidente había pasado. Pero hubo algunos que no estaban conformes ni satisfechos. El europeo quedó aislado de los demás. Ya entrada la tarde, el africano, en compañía del esquimal, el indostano y el malayo, se acercaron al patriarca y le dijeron:

—Reverendo Patriarca, tenemos algo que preguntar. No nos gusta ese individuo blanco que se burló de nosotros. Cada uno de los animales, el oso y la mosca, el faisán y el moscardón, y cada uno de nosotros los seres humanos, tenemos algo que enseñar, alguna destreza con la cual honrar a Dios y proteger, mejorar o embellecer nuestras vidas. Hemos visto demostraciones sorprendentes y algunas nos han hecho reír, pero incluso la criatura más pequeña ha exhibido algo que complace, solamente ese tipo pálido que salvamos de las aguas no tiene nada que ofrecer sino palabras extrañas y arrogantes, alusiones veladas y burlescas que nadie puede entender y que a nadie complacen. Así es, querido padre, que te preguntamos: ¿es justo y propio que esa clase de criatura se una a nosotros para comenzar una nueva vida en esta tierra tan amada? ¿No tendremos resultados desastrosos? ¡Vedlo, señor! Tiene la mirada nebulosa, su sien está llena de arrugas, sus manos son pálidas y débiles, su rostro denota mal humor y tristeza, todo en él irradia melancolía. Debe haber algo raro en su naturaleza, ¡solamente Dios sabe quién lo envió a nuestra arca!

El viejo patriarca los miró con ojos comprensivos.

—Hijos míos —les dijo en tono tan amable que todos se animaron—, mis queridos hijos, todo lo

que dicen es al mismo tiempo justo y erróneo. Pero el Señor ha dado su respuesta antes de que ustedes la formularan. Convengo en que el hombre del país de la guerra no es nada simpático y es difícil creer que tales maniáticos existan; pero Dios que formó todas las especies, debe saber el por qué. Todos ustedes tienen motivos de queja contra el hombre blanco; ellos son los que adulteraron nuestra pobre tierra y acarrearón esta sentencia sobre el planeta. Pero veamos, Dios nos ha dado una señal de lo que tenía en mente al salvarlo. Todos ustedes, los africanos, indostanos, esquimales, tienen sus amadas consortes para la nueva vida en la tierra. Solamente el hombre blanco está solo. Durante largo tiempo esto me desalentó, pero creo ver la razón. Este hombre ha sido preservado como una advertencia para estimularnos, como una especie de fantasma; pero no podrá perpetuarse a menos que se arroje entre la corriente multicolor de la humanidad. No podrá corromper vuestras vidas en la tierra. ¡Os lo aseguro!

Cayó la noche, y en la mañana siguiente la elevada cima del Monte Sagrado emergió de las aguas...

SOÑAR DESPUÉS DE TRABAJAR

Marzo de 1918

En mi puesto como secretario delegado en un departamento del Gobierno, me encuentro en situación muy similar a la de la mayoría que años atrás se vieron obligados a prescindir de sus hábitos y costumbres para quedar atados al servicio oficial. Día tras día, el trabajo nos mantiene en un estado de tensión, nos recogemos con ella por las noches y nos levantamos bajo la misma presión; nos preocupamos por nuestros departamentos, buscamos métodos mejores y más sencillos de trabajo y nos sumergimos con toda nuestra personalidad en el crisol de los tiempos que corren. Y luego, repentinamente llega el instante en que nuestro propio ser —el viejo Adán de los teólogos— se agita en nuestro interior, letárgico e incierto como un hombre que sale de la anestesia y que todavía no llega a tener control sobre sus miembros y pensamientos.

Así fue como me sentí el otro día al caminar de casa a la oficina con un atado de documentos bajo el brazo. El sol calentaba, el aire benigno anticipaba la primavera y se percibía un aroma ligero como si el ramaje de los avellanos de algún sitio estuviera en flor. Un momento antes, al viajar en el tranvía, mis pensamientos bullían sobre mis prisioneros de guerra y recapacitaba sobre las cartas y memorándum que planeaba escribir después del almuerzo. Pero ahora estaba en camino fuera de la ciudad y súbitamente dejé de pensar sobre los prisioneros, la censura, la escasez de papel, las complicaciones del correo internacional en tiempos de guerra, en la dificultad de conseguir crédito. De un minuto al otro pude ver el mundo cuando uno lo contempla libre de preocupaciones. Mirlos regordetes jugueteaban en los setos desnudos y los limoneros que circundaban las fincas delineaban la fina trama de sus ramas bajo un cielo azul, ligeramente nublado, cielo primaveral. Aquí y allá, en el borde de los prados había parches de un verde fresco y brillante. La luz jugaba sobre el rico musgo de los troncos de los nogales. Todo lo que llevaba en mi carpeta y en mi mente quedó olvidado, y durante un cuarto de hora que duró mi paseo, viví, no en lo que llamamos «realidad» sino en la hermosa y auténtica realidad que llevamos dentro de nosotros mismos. Me pasó lo que a los niños y a los poetas, olvidé toda volición y propósitos y me dejé llevar en pos de un sueño multicolor y adorable.

¡Anhelos de soñar! Las visiones pasaron por mis ojos y al observarlas pude percibir cosas que me parecieron nuevas, que fueran concebidas en ese día por vez primera. Discerní un egoísmo puro, inocente, un egoísmo sin tacha; un mundo esférico, autosuficiente de egoísmos amorales, de deseos antisociales e imágenes del futuro. No entraba para nada la idea de la guerra y de la paz, nada tenía que ver con el intercambio de prisioneros, y nada relacionado con el arte, la sociedad, el sistema escolar o la religión del futuro. Esas preocupaciones no penetraban hasta el fondo, se manifestaban sólo en la superficie. Por esta vez, mi viejo Adán descorría los velos; volvía a ser niño y todos sus deseos eran para él y su propio bienestar.

Tuve un sueño maravilloso. Soñé que la paz había llegado, y que todos habíamos sido despedidos y estábamos libres; el sol brillaba y yo podía hacer exactamente lo que quería.

En mi sueño hice tres cosas. Primero, me recliné en una playa del mar con los pies en el agua.

Mordí una brizna de hierba, tenía los ojos cerrados y murmuraba una tonadilla. De cuando en cuando traté de recordar cuál era la tonadilla, pero la dejé en paz, era difícil recordarla. ¿Pero eso qué importaba? Seguí tarareando hasta que me cansé y seguí chapaleando con los pies en el agua. Estuve a punto de quedar dormido bajo el calor del sol, pero de repente lo recordé todo: yo era libre y dueño de mi ser, podía hacer lo que deseara, yacía en la playa y a lo ancho y a lo lejos no había nadie sino yo. Me incorporé de un brinco, lancé un aullido de guerra indio y me arrojé al agua azul del mar. Me batí entre las olas, nadé hacia adentro y regresé, sentía hambre, corrí por la orilla de la playa, sacudí el agua de los cabellos y me senté junto a mi morral. Lentamente extraje una gruesa rebanada de pan, pan negro excelente de la preguerra, y una salchicha —de las que llevábamos a las excursiones de la escuela— y trozo de queso suizo, una manzana y una tableta de chocolate. Extendí todas estas cosas frente a mí y las contemplé hasta que ya no pude resistir más. Las agarré, y mientras masticaba me invadió una remota y olvidada felicidad infantil y el deleite de tan ricos manjares.

Sin embargo, esto no duró. La escena pronto cambió. Ahora me veía serio, vestido de pies a cabeza y sentado en un cuarto fresco con vista al jardín. La sombra de las ramas jugaban sobre las ventanas. Tenía un libro sobre las piernas que leía con profundo interés. No supe cuál era el libro. Sólo sabía que era sobre filosofía —pero no de Platón o de Kant, más bien del tipo de Angelus Silesius— y lo seguía leyendo con un placer inefable al sentirme libre y sin ser molestado, sin la idea del ayer o la del mañana, sumergido en este bello e inextinguible mar de atención y exaltación, en la ansiedad de la anticipación de eventos que confirmaran y justificaran mi criterio. Leía y meditaba, daba vuelta a las páginas lentamente, junto a la ventana, una dorada abeja zumbaba como si todo el mundo silente estuviera dentro de ella y sin desear otra cosa que expresar su quietud y satisfacción.

De cuando en cuando, me pareció escuchar a la distancia o quizás en el interior de la casa unos nobles sonidos, de violín o de chelo. Poco a poco se hicieron más audibles y reales, y mi mente se ensimismó en la voluptuosidad del sonido. Los acordes de Mozart regulaban y aplacaban, era un mundo de pureza.

Una vez más mi sueño cambió. Y como si hubiera estado ahí toda mi vida, me encontré sentado en una silla rústica junto a un muro bajo al borde de un viñedo en un valle del sur. Tenía sobre las rodillas un pequeño cartoncillo rectangular, en la mano izquierda una paleta y en la derecha un pincel. Junto a mí estaba enterrado mi bastón, mi morral estaba abierto y podía distinguir los apretados tubos de pinturas. Tomé uno de ellos, destornillé la tapa y con profundo gozo exprimí un poquito de azul cobalto, luego otro poco de blanco y un fino verde de Verona, así como una pizca de rojo turco. Contemplé durante largo rato las lejanas montañas y el dorado castaño de las nubes vaporosas, y mezclé ultramarino en el rojo, aguantando la respiración por precaución porque la escena era tan infinitamente delicada, sutil y etérea. Después de un momento de indecisión, mi pincel dibujó en rápidos toques circulares una nube luminosa dentro del azul, con sombras grises y tonos violeta. El verde levemente sugerido del primer plano y del de las hojas de los avellanos comenzaron a mezclarse juguetonamente entre sí y buscaron armonizar con el apagado rojo y azul del fondo. Las amistades y vinculaciones de los colores, sus atracciones y enemistades se hicieron sentir, y muy pronto, toda mi vida interior quedó concentrada en ese pequeño rectángulo que sostenía sobre las rodillas. Todo lo que el mundo tenía que decirme, confesarme y pedirme perdón —y yo para con

el mundo— estaba frente a mis ojos envuelto en el blanco y el azul, en el audaz tono amarillo y en la serenidad del verde. ¡Ahí sentí que eso era la vida! Que ésta era mi participación en el mundo, mi gozo y mi carga. Que aquí estaba en casa. Que aquí había placeres almacenados para mí, que aquí era el rey, que aquí podía volver la espalda con indiferencia a todo el mundo oficial.

Una sombra cayó sobre mi pequeño cuadro. Levanté la vista. Estaba afuera de mi casa. El sueño se había esfumado.

LA GUERRA Y LA PAZ

Verano de 1918

Es indudable que los que llaman a la guerra el estado primordial y natural tienen razón. Por su naturaleza de animal, el hombre vive luchando, vive a costa de otros a los que teme y detesta. Por tanto, la vida es la guerra.

La «paz» es mucho más difícil de definir. La paz no es un estado natural ni paradisíaco ni una forma de coexistencia por mutuo acuerdo. La paz es algo que no conocemos; únicamente podemos sentirla y buscarla. La paz es un ideal. Es infinitamente compleja, inestable y frágil —un ligero soplo la destruye. La paz verdadera es más difícil e insólita que cualquier otro logro intelectual— incluso para dos personas que vivan juntas y se necesiten mutuamente.

Y sin embargo, el ideal de la paz, el deseo de la paz prevalece desde tiempos ancestrales. Durante miles de años hemos conocido la máxima fundamental y poderosa: «no matarás». En mayor grado que cualquier otro rasgo distintivo, el hombre se caracteriza por su capacidad para esta clase de máximas, por sus imperativos de largo alcance, y que lo diferencia de los animales y que parece que traza una línea entre él y la «naturaleza».

El hombre, frente a estos poderosos conceptos, no es un animal; no es una entidad determinada, finita, no es un ser formado de una vez y para siempre, sino a punto de serlo, un proyecto, un sueño para el futuro, un anhelo de la naturaleza por nuevas formas de vida y posibilidades. Cuando fue enunciado por primera vez, el mandamiento «no matarás» tenía una enorme dimensión. Era casi sinónimo de «no respirarás»... parecía algo imposible, una locura y autodestructivo. Sin embargo, esta máxima ha conservado su fuerza a través de las edades, ha originado leyes, actitudes y doctrinas éticas. Muy pocos otros conceptos han dado frutos y revolucionado la vida del hombre.

El concepto de «no matarás» no es una fórmula preconcebida de un altruismo escolástico. El altruismo no ocurre en la naturaleza, «no matarás» no significa, no matar a tu semejante, sino que predica que no se debe privar uno de otro semejante, de no hacerse daño uno mismo. El otro hombre no es un extraño; no es algo remoto que no esté relacionado con uno mismo, es un ser autónomo. Toda cosa en el mundo, los incontables millares de los demás, existen para uno en cuanto uno los puede ver, sentir, tener relaciones con ellos. Las relaciones entre uno mismo y el mundo, entre mi propio ser y los «otros», son la esencia de la vida.

El conocimiento de esto, la facultad de sentir y buscar el camino hacia verdad tan compleja, ha sido la meta de la humanidad. Se han registrado momentos de progreso y de regresión. Han surgido ideas luminosas de las cuales hemos formulado leyes oscuras, salidas de la caverna de nuestras conciencias. Se han visto evoluciones extrañas de gnosis y alquimia, las que aun cuando algunos de nuestros contemporáneos las califican de absurdos, bien pudieran ser puntos de referencia en la búsqueda del conocimiento. Y habremos de considerar que de la alquimia, que se inició en un misticismo puro y en la realización final del «No matarás», hemos creado, con suficiencia y arrogancia la ciencia y tecnología para la fabricación de los explosivos y gases venenosos. ¿Es esto progreso? ¿Es una regresión? Ninguno de los dos.

La última contienda de estos años nos ha mostrado ambas caras. Tal parece que nos hubiera traído tanto el progreso, como la regresión. Las crueles técnicas del asesinato masivo sugiere la regresión, en apariencia como burla de la idea del progreso y la cultura. Sin embargo, ciertas ideas nuevas, perspicaces conceptos y esfuerzos motivados por la guerra nos impresionan como cierta clase de adelanto. Un periodista se ha sentido justificado al descartar sentimientos internos y calificarlos como una «basura de introvertidos», y quizás no se haya equivocado del todo. ¿Acaso no es concebible que su crudo concepto se refiera a lo mejor y lo más esencial, a lo más vital de nuestros tiempos?

Sea como fuere, hay una opinión con frecuencia expresada durante el tiempo de la guerra que es totalmente errónea: el concepto de que a través de su magnitud y gigantesco mecanismo de horror puesto en juego, esta guerra frenaría a las futuras generaciones para volver a desatar la guerra. El temor no enseña nada al hombre. Si el hombre disfruta al matar, no hay recuerdo de contienda que lo detenga en su empresa. Así como tampoco el conocimiento de los daños materiales de la guerra. Solamente en un grado infinitesimal los actos del hombre brotan de consideraciones racionales. Uno puede estar convencido de que la acción es absurda y sin embargo deleitarse en ella. Todo hombre pasional actúa en esta forma.

Y ésta es la razón por la cual no soy, como muchos de mis amigos lo conceptúan, un pacifista. No creo en la paz del mundo que se pueda lograr por medios racionales, por prédicas, organizaciones y propaganda, como no espero tampoco que se descubra la piedra filosofal dentro de un congreso de químicos.

¿Qué es entonces lo que nos pueda dar un verdadero espíritu de paz en la tierra? Seguramente no a base de mandamientos y por la práctica de la experiencia. Como todo margen de progreso humano, el amor a la paz debe provenir del conocimiento. Todo conocimiento de la vida, en oposición del conocimiento académico sólo puede tener un objetivo. Este concepto puede apreciarse y ser formulado en mil formas diferentes, pero siempre debe encerrar una verdad. Es el conocimiento de la sustancia vital dentro de cada uno de nosotros, de usted amigo lector, es el secreto de la magia, el secreto de la beatitud y fortaleza que todos llevamos adentro. Es el conocimiento que emana de lo más íntimo de nuestro ser y que a veces se manifiesta en dualidad, cuando se transforma lo blanco en negro, el mal en bien, la noche en el día. Los indostanos lo llaman «Atman», los chinos «Tao»; los cristianos lo conocemos como la «gracia». Cuando este conocimiento supremo está presente (como en Jesús, Buda, Platón o Lao-Tzu), se cruza el pórtico más allá donde los milagros suceden. Ahí cesan las guerras y las enemistades. Todos lo podemos leer en el Nuevo Testamento y en las oraciones de Gautama. Cualquiera que así se sienta inclinado puede mofarse de ello y calificarlo de «basura de introvertidos», pero para el que lo ha experimentado, el enemigo se convierte en su hermano, la muerte en su renacimiento, la deshonra en honor, la calamidad en buena fortuna. Cada cosa sobre la tierra se manifiesta en un doble alcance: dentro de este mundo y fuera de este mundo. Sin embargo, este mundo significa lo que está fuera de nosotros, todo aquello que está fuera de nosotros se convierte en un enemigo, en un peligro, en un temor y en miedo de la muerte.

Al caer la luz, la experiencia del mundo «exterior» no sólo es objeto de percepción sino al mismo tiempo la génesis de nuestra alma, dentro de la transformación de todo lo externo en interno.

Lo que digo es explicable en sí. Pero así como cada soldado muerto en batalla es una repetición

del error, así debemos también repetir la verdad incesantemente y por siempre jamás.

HISTORIA

Noviembre de 1918

Cuando era un muchacho y asistía a una deficiente escuela de latín, lo que se conceptuaba como «historia» me parecía como algo infinitamente venerable, remoto, noble y tan grande como Jehová o Moisés. La historia para mí era «sucedió una vez», pero en realidad y omnipresente, y algo que había brindado sus truenos y relámpagos en épocas arcaicas, pero siempre venerables y remotas, en testimonios escritos sujetos a nuestro estudio. El episodio más reciente que nos enseñaron a los estudiantes contemporáneos fue la Guerra de 1870. Para nosotros, resultó algo de lo más sorprendente y excitante porque nuestros padres y tíos habían tomado parte en la contienda y nuestra propia generación había fallado para intervenir en ella por unos cuantos años. ¡Hubiera sido algo tan glorioso: nuestro heroísmo, enarbolar de estandartes, generales montados a caballo, la fidelidad al nuevo Emperador! Así fuimos aleccionados, informados de hechos heroicos milagrosos registrados en esa contienda; todo había sido tan magnífico y genuinamente «histórico», tan diferente del ayer y del presente. Hombres y mujeres habían llevado a cabo hazañas sorprendentes, sufrido enormes penalidades; toda la gente había llorado y reído, se había visto arrastrada por tan inusitados eventos; los extraños se abrazaban en la calle; la valentía y sacrificios individuales estaban a la orden del día. ¡Dios de los cielos, haber sido testigos de todos esos sucesos! Sin embargo, ninguno de nuestros conocidos estaba en la lista de los héroes, ninguno de nuestros maestros que en ocasiones nos relataban hechos impresionantes, ni nuestros padres y tíos, muchos de los cuales habían peleado en ésa tan heroica contienda. Pero debió haber algo sobre el asunto, todos esos libros con ilustraciones, la fotografía de Bismarck en los vestíbulos de todas las casas, y el famoso Día del Sedán, la celebración más importante del año...

Cuando cumplí quince años de edad la brillante imagen comenzó a palidecer. Entonces comencé a dudar de lo venerable de la historia, rehusé creer que los hombres y las naciones de las épocas pasadas fueran diferentes de los actuales, que su vida no consistía de eventos cotidianos sino de escenas de una ópera. Comprendí que el deber de nuestros maestros era el de estrujarnos lo más posible; exigían de nosotros virtudes que ni ellos poseían, la historia que nos revelaban era un vulgar invento de las personas mayores con el fin de achicarnos y mantenernos en nuestro lugar.

Si llegué a concebir tan frívola y tan irrespetuosa semblanza de la historia, es que tenía razones para ello. La juventud no vive atendida a la crítica ni a lo negativo, sino por sus sentimientos e ideales. Algo bullía en mi interior que hasta la fecha persiste comencé a sentir desconfianza de las voces del mundo exterior y mientras más oficiales fueran, mayor era mi desconfianza. En concreto, principiaba a sentir que lo verdaderamente interesante y lo que valía la pena, lo que realmente nos concierne, emociona y nos satisface, no es lo que viene de afuera sino lo que llevamos dentro de nosotros mismos. Desde luego que no sabía si esto era lo cierto, pero lo sentía y entonces comencé a estudiar filosofía, para convertirme en un libre pensador, para vincularme con los poetas, pero siempre con el oscuro presentimiento de que ése era mi camino, la ruta hacia mí mismo, y que no había otro sendero que yo necesitara. Me enfrasqué en lo que los cristianos llaman la «meditación» y

los psicoanalistas la «introversión». No puedo determinar si este camino, esta forma de vivir, es mejor que algún otro; todo lo que puedo decir es que para un hombre religioso o para un poeta es lo indicado, y que incluso si tratan con su mayor esfuerzo, nunca llegarán a ser adeptos de lo que los mentores oficiales de la sabiduría de nuestros días llaman el «pensamiento histórico».

Durante muchos años pude dejar que el mundo siguiera su curso y a la inversa. Para mí, lo que se tomaba seriamente en el mundo y se hacía resaltar en discursos y editoriales, eran meras alharacas, mientras que para el mundo lo que yo pregonaba, tomaba en serio y consideraba como sagrado, eran simples fantasías y juegos. Esta situación podía haber persistido, pero de repente la historia volvió a surgir. Súbitamente, los editores, los profesores universitarios y los de segunda enseñanza comenzaron a proclamar que la historia invadía la vida diaria, que había nacido un «gran día». Para los de alma poco mundana, escritores y otros, que encogíamos los hombros ante la historia, para nosotros los hombres de mente religiosa, que advertíamos a nuestros ciudadanos contra la loca arrogancia y tremenda irresponsabilidad de nuestros líderes, ya no se nos calificaba como poetas inocuos, como objetos de ridículos, nos habíamos convertido en antipatriotas, derrotistas y retorcidos, para citar solamente algunos de los términos con que nos calificaban. Fuimos denunciados, nos pusieron en las listas negras y nos llovieron artículos venenosos en la prensa nacionalista y que pensaba con «sensatez». Nuestra vida privada no era mejor. Cuando una vez en la primavera de 1915 le pregunté a un alemán amigo mío por qué sería tan atroz devolver Alsacia a Francia, bajo ciertas circunstancias, el sujeto observó que personalmente perdonaba mis flaquezas, pero que me cuidara de decir tales cosas a otras personas si quería conservar mi cráneo intacto.

Todo el mundo seguía hablando de la «grandeza de los tiempos», cosa que yo no podía captar, aunque desde luego comprendía por qué la época les parecía importante a muchas personas. Miles de ellas tenían por primera vez contacto con su alma, con cierta clase de vida interior. Las solteronas que se pasaban la vida cuidando perritos falderos ahora cuidaban de los heridos; al arriesgar sus vidas, los jóvenes adquirían el primer subyugante sentimiento de lo que es vida. La cosa no era para verla con indiferencia, había grandeza en la situación, pero sólo para los que pensaban históricamente y podían hablar de grandes épocas y períodos mezquinos. Para el resto de nosotros, los poetas y los de sentimientos religiosos, que creíamos en Dios incluso entre semana y que estábamos familiarizados con la vida espiritual, los tiempos no nos parecían ni más grandes ni más descoloridos que otros, porque, en nuestro fuero interno vivíamos fuera del tiempo.

Y ahora que la historia vuelve a cobrar carta de ciudadanía, por decirlo así, y la gran ópera se presenta en el foro mundial, tenemos la misma actitud. Mucho de lo que hemos deseado ha tenido lugar, poderes que considerábamos como diabólicos han caído, hombres a quienes hemos detestado por malignos y peligrosos han dejado la escena.

Sin embargo, todavía no podemos lanzarnos en firme en la corriente de los grandes sucesos, compartir la intoxicación de esta «nueva era». Hemos sentido el sismo en la tierra, compartido el sufrimiento de las víctimas, la pobreza y el hambre; pero ni en medio de estos sufrimientos, ni al ondear de la bandera roja, ni por las nuevas repúblicas y entusiasmo popular podemos ver esa «grandeza». Hoy en día, seguimos reconociendo la única realidad y sentimos cordial interés en la fuerza vital de la historia, el resplandor de lo divino. El Kaiser era nuestro enemigo, y sin embargo deberíamos sentir profunda simpatía por él si hubiera maniobrado su abdicación en gran forma.

Sentimos un amor infinitamente mayor por el joven soldado que fue en busca de la muerte bajo la loca y ciega ilusión acerca de la madre patria y el Emperador, a quien considera infinitamente más importante que el inteligente orador que lo califica de tonto. La democracia o la monarquía república federal o federación de repúblicas todo es igual para nosotros. Lo que nos interesa no es el qué, sino el cómo.

Preferimos a un loco, que lleva a cabo un acto de locura con toda su voluntad, que a los profesores de quienes se espera reverencien al nuevo régimen con la misma sumisión que antes tenían para los príncipes y los altares. Todos convenimos en una transformación de valores, pero esto sólo se puede efectuar dentro de nuestro corazón.

Escucho las voces de los que nos tachan de antihistóricos y antipolíticos por «snobismo», por nuestra indiferencia como intelectuales. Nos califican de escritorzuelos para quienes la guerra, la revolución, la vida y la muerte son meras palabras. Es indudable que existan individuos así; pero éstos no tienen nada en común con nosotros. Nosotros no carecemos de principios. Es verdad que no reconocemos lo «bueno» y lo «malo», principios de derecha o izquierda, pero sí distinguimos dos variedades del ser humano: los que tratan de vivir bajo sus principios y los que los llevan en el bolsillo del chaleco. No consideramos como brillante ejemplo al alemán, quien por ser fiel al Kaiser e incapaz de vivir en un mundo revolucionado, toma su vida en un espíritu de romántica caballería bajo la estatua de Guillermo II; sin embargo, lo amamos y lo comprendemos, mientras que detestamos al hombre inteligente que ya ha podido aprender el caló revolucionario y lo habla fluidamente como antes hablaba la jerga patriótica.

¡Qué cosas tan grandes suceden hoy en día, cuántos corazones laten nuevamente con apasionada devoción y esperanza! ¡Qué inmensas son las posibilidades! Y nosotros, los excéntricos y predicadores en el desierto, no estamos aislados, no somos indiferentes, no miramos desde las alturas, lo que sucede solamente en el alma humana es lo que juzgamos como grande. Para nosotros, la conversión de la fe en el Kaiser a la fe en la democracia es simplemente un cambio de banderas. ¡Ojalá que para muchos miles de hombres sea algo más!

En parte alguna se ha celebrado el final de la guerra de cuatro años, marcado recientemente por el armisticio en el frente occidental. En este lado, las celebraciones se han hecho por el fin del despotismo; en el otro lado por la victoria. Nadie parece especialmente excitado sobre el hecho de que después de cuatro años de guerra, de horror y de insensatez, los disparos callaron. ¡Es un mundo extraño! ¡Por qué bagatelas, en comparación, la gente ha vuelto a romper cristales ajenos y cráneos humanos!

EL REICH

Diciembre de 1918

Había una vez un país grande y hermoso, pero no era rico. La gente era recta, fuerte y capaz, pero sin exigencias y satisfecha con su medio. Había un poco de riqueza conspicua, poca prodigalidad y escasa exhibición pública, y con cierta frecuencia los vecinos del rico país limítrofe miraban con cierto desdén y burla e incluso conmiseración a esta gente tan modesta.

Sin embargo, hay ciertas cosas que no se compran con dinero sino que se valorizan bajo el punto de vista humano y que prosperaron entre esta gente de poco relieve. Prosperaron tan bien que en el curso del tiempo el país, aunque pobre, se le tuvo en un grado de alta estimación. Cosas como la música, literatura y las ideas. Un gran filósofo, sacerdote o poeta no tiene obligación de ser rico, de ir vestido a la moda ni de brillar en sociedad, se le honra por lo que es, y ésa fue la actitud que las naciones más poderosas asumieron hacia esta pobre nación. Se encogieron de hombros ante su pobreza y su cierta torpeza dentro del mundo, pero elogiaron a sus pensadores, poetas y músicos, y hablaban de ellos sin envidia.

Y así sucedió que aun cuando esta tierra de pensadores siguió en la pobreza y con frecuencia oprimida por sus vecinos, vertió incesantemente sus cálidas meditaciones, que fueron la inspiración de sus vecinos y del mundo entero.

Pero desde época inmemorial esta gente había sido dotada de una notable característica, la cual no solamente fomentaba el ridículo entre los extranjeros, sino que era también motivo de angustia dentro de sus fronteras; sus numerosas ramas del poder habían estado en disputa entre sí, afectadas por luchas y celos. De cuando en cuando, los hombres más destacados del país sugerían que las diversas ramas o bandos se unificaran amistosamente en un esfuerzo común, pero la idea de que un bando o su príncipe pudiera elevarse sobre los demás y convertirse en caudillo repugnaba a los otros y no se llegó a ningún acuerdo.

Se logró una victoria contra un príncipe y conquistador extranjero que había oprimido cruelmente el país y durante un tiempo se estipuló que esto podría llevar a la unificación. Pero las viejas disputas resurgieron; los príncipes se mostraron recalcitrantes, y sus súbditos que habían recibido muchos favores de ellos, tales como puestos, títulos, galones y bandas honoríficas, por regla general estaban satisfechos y poco inclinados a innovaciones.

Mientras tanto, el mundo entero experimentaba un gran cambio, esa extraña transformación de los hombres y de las cosas que luego surge como un espectro o como epidemia, desde el humo de la chimenea de una máquina de vapor hasta volver la vida de cabeza. El mundo estaba lleno de laboriosidad, regulada por máquinas que acicateaban al hombre a laborar cada vez con mayor esfuerzo. Se formaron grandes fortunas; el continente que había inventado las máquinas ganó mayor preponderancia en todo el mundo, y sus naciones más poderosas se dividieron los continentes entre sí; los menos poderosos se quedaron con las manos vacías.

La ola expansionista se extendió hasta el país al que nos hemos referido, pero era débil y su participación en los despojos fue exigua. La riqueza del mundo parecía haber sido redistribuida, y

nuevamente, el país pobre había resultado defraudado.

Pero de repente, los sucesos tomaron un nuevo curso. Las voces que habían clamado por la unificación, no se habían acallado. Un estadista grande y poderoso hizo su aparición, una brillante victoria sobre un pueblo vecino fortaleció y vino a unificar al país. Los bandos de la nación se estrecharon las manos y establecieron el gran Reich. El pobre país de soñadores, pensadores y músicos había despertado de su letargo. Rico, poderoso y unido, se convirtió en igual de sus poderosos hermanos mayores. Ya quedaban pocos despojos en los lejanos continentes; el nuevo poder descubrió que las presas habían sido repartidas. Pero ahora, la civilización de la maquinaria que apenas había llegado al país hasta entonces, inició un desarrollo espectacular. Todo el país y su gente experimentaron una crucial transformación. Crecieron en riqueza, en poderío y fueron temidos. Acumularon más riquezas y se respaldaron con una triple barrera de soldados, cañones y fortalezas. Muy pronto, los países vecinos se alarmaron, y estimulados por el miedo y la desconfianza del nuevo poder, erigieron barreras, fabricaron cañones y naves de guerra.

Por eso no fue lo peor. Ambos bandos disponían de medios para estos tremendos armamentos, y nadie pensaba en una guerra; se armaban simplemente para sentirse seguros, porque los ricos gustan de protegerse con puertas de acero y cuidar su dinero.

Peor aún era lo que sucedía en el interior del Reich. Esta gente que por tanto tiempo había sido motivo de burlas, semiadmirada por el mundo, que había sido dueña de tanta cultura y tan poco dinero, ahora despertaba al señuelo de las riquezas y del poder. Construyeron y ahorraron, comerciaron y prestaron dinero; todos buscaban hacerse ricos sin demora. El dueño de un taller o molino repentinamente requería una fábrica, el patrón de tres jornaleros ahora necesitaba veinte y muy pronto comenzaron a contratar a cientos de miles. Mientras más aprisa los obreros y las máquinas trabajaban, mayor era la acumulación de las utilidades —en manos de los que tenían la habilidad de conservarlas—. Pero muchos, muchos de los trabajadores cesaron de ser afiliados y compañeros del maestro artesano y se hundieron en la esclavitud.

Lo mismo ocurría en los otros países; donde también el taller se convirtió en fábrica, el maestro artesano en un monarca, el obrero en un esclavo. Ningún país del mundo escapó a su destino. Lo que distinguió al joven Reich fue que su fundación coincidió con el nuevo espíritu de la empresa comercial en el mundo. El Reich no tenía abolengo, ni riquezas acumuladas, pero se arrojó a la corriente de la nueva época veloz como un chico impaciente.

Es cierto que hubo voces que gritaron y advirtieron; que señalaron a la gente que era el camino equivocado y recordaron las épocas doradas, la callada y modesta gloria del país, la misión espiritual que una vez lo había orientado, el flujo constante de las nobles ideas, de la música, de la poesía que antes había brindado al mundo. Pero la gente, enajenada por su nueva fortuna se burló del concepto. La tierra era redonda y giraba sobre su eje; estaba bien que sus abuelos hubieran escrito poemas y libros de filosofía, pero la nueva generación quería demostrar que su país era capaz de algo más. Y así siguieron martilleando sin cesar en sus miles de fábricas, inventaron nuevas máquinas, nuevos medios de transporte ferroviario, nuevas mercancías, y meramente por tener cierta seguridad, nuevos rifles y cañones. El rico se apartó del pobre, los destituidos trabajadores se vieron olvidados, y también ellos dejaron de pensar en la gente —de la cual eran parte integrante— y sólo se ocupaban desí mismos, de sus necesidades y deseos. Los ricos y poderosos, que se habían

provisto de tantos cañones y fusiles como precaución contra enemigos externos, se congratularon por su perspicacia, porque ahora tenían enemigos internos que quizás fueran más peligrosos.

Todo esto culminó con la Gran Guerra que durante años devastó al mundo. Hoy en día, caminamos entre sus ruinas, todavía ensordecidos por el fragor del combate, amargados por algo tan absurdo, y con náusea por el torrente de sangre derramada que nos persigue en los sueños.

Y el resultado de la guerra, en la que se segó la juventud del Reich que con tanto entusiasmo se lanzó a la contienda, fue un colapso. Fue una derrota, una derrota total. Aún antes de que se discutieran los términos de la paz, los victoriosos exigieron tremendos y grandes tributos de los vencidos. Durante días interminables, cuando el ejército humillado regresaba penosamente a su país, los símbolos de la gloria precedente se trasladaron en la dirección opuesta, para rendirse ante el ejército vencedor. La maquinaria y la riqueza del país subyugado pasaron a manos del enemigo.

Pero por fortuna, en el momento de la mayor angustia, la gente derrotada recobró sus sentidos. Ha expulsado a sus caudillos y a sus príncipes y se ha declarado ser ya de mayor edad. Ha instituido concejos entre sus propios miembros y proclamado que se enfrentará a su infortunio por sus propios medios y energías.

La gente que ha llegado a la edad adulta en medio de pruebas tan amargas, todavía no sabe cuál es el camino y tampoco dónde buscar ayuda y guía. Pero los dioses lo saben y saben también por qué mandaron estas miserias de la guerra sobre esta gente y sobre todo el mundo.

Por entre la penumbra de estos días tan aciagos, hay un rayo de luz que señala la senda que esta gente debe seguir.

Ya no volverá a la época de la niñez. Nadie puede hacerlo. No puede simplemente deshacerse de sus cañones, su maquinaria, y su dinero, para regresar a escribir poemas y ejecutar sonatas en pequeños lugares pacíficos. Pero sí puede seguir la senda que el individuo debe tomar cuando ha incurrido en el error y sufrido un cruel tormento. Puede recordar su pasado, su origen y su niñez, sus grandezas, sus glorias y sus derrotas, y bajo estos mismos recuerdos recobrar la fuerza de su estirpe que nunca debe perder. Como dicen los piadosos «mirar hacia el interior», donde en sus íntimos pliegues se volverá a encontrar, sin tratar de evadir su destino sino abrazarlo, y seguir edificando sobre lo mejor y más esencial de su vida, y comenzar de nuevo...

Si esto sucede y si ésta tan presionada nación voluntariamente viaja por este sendero, con honestidad, volverá a renacer. Y una vez más brindará al mundo sus conceptos y sus antiguos enemigos los escucharán con emoción y esperanza.

LA SENDA DEL AMOR

Diciembre de 1918

Mientras el hombre está en buenas condiciones económicas, puede hacer frente a lo superfluo y atender a sus caprichos. Cuando el bienestar cede el paso a la aflicción, la vida comienza a educarnos. Cuando un chico travieso se resiste al castigo y a las reprensiones alegando que hay otros muchachos tan majaderos como él, sonreímos y sabemos la respuesta. Pero nosotros los alemanes nos hemos comportado justamente así. Durante toda la guerra insistimos en alegar que nuestros enemigos no eran mejor que nosotros. Cuando se nos acusó de expansionistas, señalamos las colonias inglesas. En respuesta a las críticas sobre nuestro Estado autócrata, indicamos que el Presidente Wilson tenía más poder absoluto que cualquier príncipe alemán. Y así sucesivamente.

Los días de tribulaciones han llegado. ¡Ojalá que traigan consigo principios de educación! Nosotros, los alemanes estamos en malas circunstancias, no sabemos cómo viviremos el día de mañana, si sobrevivimos. Ahora más que nunca tenemos la tentación de dejarnos llevar por inútiles gestos y sentimientos. Leemos cartas y poemas, artículos y comentarios que especulan sobre los malos instintos de un chico castigado. En uno y otro lado los alemanes vuelven a pensar «históricamente» (es decir, inhumanamente). Nuestra situación presente se compara a la que sometimos a Francia en 1870, y se infiere lo mismo que en Francia en aquella ocasión: hay que apretar los dientes, aguantar lo que se tenga que aguantar, pero en el fondo del corazón alentar la venganza que algún día compensará el desastre...

Cuando cuatro años atrás, en los primeros destellos de la guerra, los soldados alemanes escribían a la entrada de sus cuarteles: «Todavía se aceptan declaraciones de guerra...», todos los que pensábamos en forma diferente no teníamos forma de hablar. Por cada palabra de humanidad, de advertencia, cualquier concepto serio sobre el futuro, cada uno de nosotros fue blanco de difamación y sospecha, de persecución, además de perder los amigos.

No queremos que eso vuelva a suceder. Ahora sabemos que nuestra psicología estaba equivocada, que al principio de la guerra, gesticulamos y gritamos palabras cuya razón no era por auténtica voluntad, sino engendradas por la histeria. Es verdad que los «otros» hicieron lo mismo; los insultos llovían sobre el enemigo incluso acerca de sus más nobles cualidades y realizaciones supranacionales, y eran tan indignantes en uno y otro campo; en ambos lados había malignos demagogos que hablaban histérica e irresponsablemente.

Una de las cosas que no debemos hacer es tratar de justificarnos bajo el argumento de que el enemigo no se comportó mejor. Si en la actualidad el General Foch sigue tan implacable como nuestro hábil General Hoffman en Brest-Litovsk, no es para que nosotros le chillemos. Él se comporta como vencedor, tal y como nosotros lo hicimos cuando salimos victoriosos.

Pero ahora no lo somos. Los papeles han cambiado. Y si pretendemos seguir viviendo en este mundo y prosperar, todo depende de nuestra habilidad para reconocer nuestra situación, de nuestra sincera disposición para sobrellevar las consecuencias del caso.

La desgracia ha movido a nuestra gente para deshacerse de los viejos caudillos y a declarar

nuestra soberanía. Como todos los hechos auténticos, esta moción manó del fondo fértil de la inconsciencia. Fue el despertar de una profunda ilusión. Un rompimiento con la tradición esclerótica. La primera visión de un discernimiento: ¿Si vemos que los ideales nacionalistas de nuestros viejos caudillos eran un fraude, no será mejor el camino del humanismo, la razón y la benevolencia?

Nuestros corazones dicen que sí. Un día tras otro perdemos nuestros «tesoros más sagrados» de antaño; los desechamos porque hemos visto que no son otra cosa que oropel.

Debemos mantener este espíritu. Hemos escogido el camino más duro que el hombre y que un pueblo puedan negociar: la senda de la sinceridad, la senda del amor. Si lo seguimos hasta el fin, habremos ganado. Entonces, esta larga guerra y penosa derrota dejarán de ser una herida ulcerosa y se convertirán en nuestra buena fortuna, en un futuro mejor, en nuestro orgullo y posesión.

La senda del amor es tan difícil de seguir porque hay muy poca fe en el amor, porque se enfrenta a la desconfianza a cada paso. En esto, estamos al tanto desde el inicio en el nuevo sendero. Nuestros enemigos dicen: ¡Habéis tomado refugio bajo la bandera roja con el fin de eludir las consecuencias de vuestros actos! Pero no bastan las palabras para convencer al enemigo de nuestra sinceridad. Tenemos que convencerlo lenta e irresistiblemente con la verdad y el amor. Las buenas ideas pueblan el aire —hermandad entre los hombres, la Liga de las Naciones, amistosa cooperación entre los pueblos, desarme— y se habla mucho sobre ellas tanto aquí como en las naciones enemigas, en algunos casos con poca seriedad. Tenemos que tomarlas muy en serio y hacer todo lo posible por ponerlas en práctica.

A nosotros nos toca el papel del vencido. La tarea es la tarea sagrada e inmemorial de los infortunados de la tierra; no solamente para aguantar nuestra situación sino para asumirla por completo, de unificarnos en ella, de comprenderla, hasta que ya no sintamos que nuestro infortunio es un destino ajeno, un destino que nos hubiera llovido de las nubes, sino uña y carne de nosotros, que se filtra en nuestro ser y guía nuestros pensamientos.

Muchos de nosotros resistimos aceptar por completo nuestro destino (única forma de superarlo) por falsa vergüenza. Estamos acostumbrados a exigir algo de nosotros mismos que ningún hombre tiene en sí por naturaleza: el heroísmo. Mientras se lleva la de ganar, el heroísmo parece muy atractivo; pero una vez que se sufre la derrota y se requiere de fuerza para enfrentarse a la situación y dominarla, entonces se quita la careta y aparece el Moloch. Este Moloch que nos ha costado la vida de tantos hermanos, este dios loco que ha gobernado el mundo tantos años, y que ya no debe ser nuestro ideal ni nuestro caudillo...

No hay otra forma, debemos caminar por la senda que hemos iniciado, la dura y solitaria senda de la sinceridad y del amor, hasta su fin. Por ningún concepto debemos volver a lo que éramos: un pueblo poderoso con gran cantidad de dinero y muchos cañones, gobernado por el dinero y los cañones. Aun cuando se presentara la oportunidad de recobrar nuestro viejo poderío y para establecer la hegemonía mundial, no debemos volver a tomar ese camino, ni siquiera coquetear un poco con esa idea. Si lo hiciéramos, equivaldría a renunciar a todo lo que, instados por la desgracia y profunda desesperación, hemos hecho y lo que hemos iniciado en estas últimas semanas. Si nuestra revolución ha sido un mero intento de salir del paso con facilidad, de evadir en parte nuestro destino, entonces la revolución resultaría inútil.

¡Eso no debe suceder! No... este movimiento magnífico, involuntario, repentino y poderoso no

nació de un cálculo sagaz, sino que proviene del corazón, de millones de corazones... y hay que dejar que lo que viene del corazón se ejecute cordialmente. Resistamos la tentación de heroísmos teatrales e histéricos; no nos revistamos con el manto de la amargura de la víctima injustamente castigada, y particularmente no persistamos en negar el derecho de los que se han constituido como nuestros jueces para que nos juzguen. El hecho de que nuestros enemigos sean dignos de este tremendo derecho o no lo sean, es cosa aparte. El destino viene de Dios, y a menos que lo reconozcamos como sagrado y sabio, a menos que aprendamos a amarlo y completarlo, habremos de quedar irremediabilmente derrotados. Entonces jamás volveremos a ser el noble vencido, el vencido capaz de resistir lo inevitable, sino un vergonzoso fracaso.

La sinceridad es algo bueno, pero carece de valor sin el amor. El amor es autodominante, es el poder de comprender, la habilidad de sonreír ante la desgracia. Nuestra meta es el amor entre nosotros, la aceptación ferviente de lo que el Inescrutable nos tenga reservado, aun cuando no lo podamos siquiera vislumbrar. Quizás más tarde, la gente de Rusia y de Austria se nos una en la senda; por ahora, sólo necesitamos la voluntad y decisión de proseguir lo que hemos iniciado.

Y al margen de nuestra disposición para cumplir con nuestro destino, de estar prontos y confiados en esta nueva y sencilla elocuencia de nuestra pesadumbre, de nuestra sufriente humanidad, nacerán cientos de nuevas energías. Una vez que se ha asumido en su totalidad el destino, los ojos se abren a los detalles intrínsecos del mismo. La benevolencia de la promesa de antaño ayudará a nuestros pobres a soportar su pobreza, ayudará a nuestros industriales a la conversión del egoísmo del capitalismo a la administración desinteresada del esfuerzo humano. Esa benevolencia permitirá a nuestros embajadores en el extranjero a sustituir la vieja hipocresía e intromisiones por una razonable defensa de nuestros intereses y de nuestra gente en su totalidad. Hablará por boca de nuestros poetas y artistas y por todo nuestro espíritu de empresa; lenta y calladamente, pero profundamente también, ganará para nosotros lo que hemos perdido en nuestro trato con el mundo: la confianza y el amor.

OBSTINACIÓN

1919

Hay una virtud que aprecio, solamente una. Yo la llamo obstinación o porfía, no puedo dejarme llevar por la idea de rendir alabanza a todas las virtudes sobre las que leemos en los libros y que nos enseñan nuestros maestros. A decir verdad, todas las virtudes que el hombre ha confeccionado para sí mismo se pueden resumir en una sola: la obediencia. Pero la cuestión es: *¿a quién obedecer?* Porque la obstinación también es obediencia. Pero todas las demás virtudes tan altamente estimadas y loadas consisten en la obediencia de las leyes hechas por el hombre. La obstinación es la única virtud que se desentiende de estas leyes. Un hombre porfiado obedece una ley diferente, la única ley que considero absolutamente sagrada, la ley dentro de sí mismo, su propia «voluntad».

¡Es una lástima que la obstinación se tenga en tan baja estima! ¿Piensan los hombres favorablemente de ella? Por supuesto que no, la califican de vicio o en última instancia de una aberración deplorable. La llaman solamente por su elocuente nombre cuando genera antagonismo o el odio (digamos de paso que las verdaderas virtudes despiertan el odio y el antagonismo. Testigos: Jesús, Sócrates, Giordano Bruno y todos los demás hombres obstinados). Cuando de alguna manera tal o cual persona se inclina a valorizar la obstinación como una virtud o por lo menos como una cualidad estimable, le da un título más aceptable, tal como «carácter» o «personalidad», lo cual no suena tan crudo, aparte de pecaminoso; en casos extremos, «originalidad» es aceptable, pero solamente cuando se refiere a excéntricos tolerables, artistas y gente por el estilo. Dentro del arte, en el que la obstinación no constituye una amenaza apreciable al capital o a la sociedad, se le da un sitio preferente y se le llama originalidad; indudablemente, un cierto grado de obstinación se considera positivamente deseable en los artistas y se le premia de acuerdo. Sin embargo, en otros contextos, el lenguaje de la actualidad utiliza las palabras «carácter» o «personalidad» para un fenómeno muy raro, es decir, como algo que puede ser exhibido y adornado, pero que en todos los casos de alguna importancia, se inclina y reverencia a las leyes de la sociedad. El individuo que tiene ciertas ideas y opiniones propias, pero que no vive de acuerdo con las mismas, se dice de él que tiene carácter. Con cierta sutileza sugiere que piensa en forma diferente, que tiene sus propios conceptos. Bajo esta forma tan moderada, difícilmente separable de la vanidad, el carácter se conceptúa como una virtud incluso durante el término de su vida. Pero si el sujeto tiene ideas propias y realmente vive bajo las mismas, pierde su certificado favorable de «hombre de carácter» y se le tacha de «obstinado». Pero veamos, ¿si tomamos el vocablo ligeramente, qué significa obstinación? Implica que se tiene una voluntad propia.

Toda cosa sobre la tierra, por pequeña que sea, tiene su propio albedrío. Cada piedra, hoja de árbol, cada flor, arbusto, todo animal, crece, vive, se mueve o siente de acuerdo con su propia naturaleza y por eso es el mundo tan admirable, tan rico y tan hermoso. Si existen flores y frutos, robles y olmos, caballos y gallinas, estaño y hierro, oro y carbón, es porque todo lo que sea grande o pequeño, lleva en sí su propia naturaleza, su propia ley que sigue sin desvíos y con toda seguridad.

Hay solamente dos pobres seres desventurados sobre la tierra, exentos para seguir esta ley

eternal de ser, crecer, vegetar y morir bajo el signo de un mandato supremo e innato en su conformación terrenal. Sólo el hombre y los animales domésticos que el primero ha domado y obligado a obedecer, no por la ley de la vida y el crecimiento, sino por otras leyes hechas por el hombre, las que de cuando en cuando se rompen y se cambian. Y lo más extraño de todo esto es que los pocos que han descartado estas leyes arbitrarias para seguir la ley natural, han sido objeto de veneración considerados héroes y libertadores, aun cuando la mayoría de ellos sufrieron persecuciones durante su vida. La misma humanidad que rinde pleitesía a la obediencia a sus leyes arbitrarias, como una virtud suprema de los seres vivientes, reserva su eterno panteón para aquellos que han desafiado esas leyes y prefirieron morir antes que traicionar su «obstinación».

La «tragedia», esa palabra tan sublime, mística y sagrada, derivada de la mítica juventud del hombre y tan monstruosamente abusada por los periodistas, significa el destino del héroe que se enfrenta a su propio destino por seguir el curso de su estrella en contradicción de las leyes tradicionales. Al través de estos héroes trágicos y solamente por ellos, el hombre ha podido de cuando en cuando lograr penetrar a su fuero interno, a su albedrío o a su obstinación. Repetidamente, el héroe trágico, bajo su propio albedrío, ha mostrado a millones de hombres ordinarios, de cobardes, que la desobediencia a los dictados del hombre no es un desacato ni una irresponsabilidad, sino plegarse a una ley muy superior y sagrada. En otras palabras: el instinto del rebaño humano exige adaptación y subordinación, pero para los puestos más honorables, el hombre escoge, no a los humildes, a los pusilánimes, ni a los indolentes, sino precisamente a los obstinados, a los héroes.

Del mismo modo que los periodistas abusan del idioma cuando califican tal o cual accidente como «trágico» (que para algunos bufones es sinónimo de «deplorable»), es también un abuso del lenguaje decir —como se ha puesto de moda, especialmente entre los que opinan detrás del escritorio— que nuestros pobres soldados, destrozados en el frente de batalla, han muerto «heroicamente». Eso es puro sentimentalismo. Es indiscutible que los soldados que perecieron son dignos de nuestra simpatía y reconocimiento. Muchos de ellos hicieron grandes hazañas y sufrieron intensamente, y al final pagaron con sus vidas. Pero eso no los convierte en héroes. El soldado raso que recibe los ríspidos gritos y órdenes de uno de los oficiales, como un perro, no se transforma en un héroe al recibir el disparo que lo mata. En ese caso, alabaríamos a millones de héroes, lo cual en sí es un absurdo.

El ciudadano obediente y bien portado que cumple con su deber no es un héroe. Solamente un tipo individualista que ha conformado su propio albedrío, su noble y natural ley interior dentro de su destino puede ser un héroe. El destino y la proyección mental (en cuanto a la vida) son palabras que dicen lo mismo, según expresó Novalis, uno de los pensadores más profundos y menos conocidos de Alemania. Pero solamente el héroe tiene el valor de cumplir con su destino.

Si la mayoría de los hombres poseyera este valor y determinación, la tierra sería un lugar diferente. Digamos también nuestros maestros bajo sueldo (los mismos tan inclinados a elogiar a los héroes y a los hombres obstinados de antaño) lo cual sería un trastorno general. Pero en realidad, la vida sería mejor y más agradable si cada hombre independientemente siguiera su propia ley y voluntad. En un mundo semejante, en verdad, algunos de los insultos y ataques irreflexivos que tienen tan ocupados a nuestros jueces hoy en día podrían quedar sin castigo. De vez en cuando, algún asesino saldría libre, ¿pero acaso no sucede así a pesar de nuestras leyes y códigos penales? Pero

por otra parte, muchas de las cosas terribles, indescriptibles, cosas de locura de las que somos testigos ahora en nuestro bien ordenado mundo serían desconocidas e imposibles. Tales como la guerra entre las naciones.

En esto, escucho a las autoridades señalar: «Tú predicas la revolución...».

Nuevamente es un error. Una equivocación semejante solamente es posible entre un rebaño de hombres. Yo proclamo el libre albedrío, no la revolución. ¿Cómo podría desear una revolución? La revolución es la guerra; guerra como otra cualquiera, es «la prolongación de una política por otros medios». Pero el hombre que una vez tuvo el valor de ser él mismo, el que ha escuchado la voz de su propio destino, no le importa la política, ya sea monárquica, democrática, revolucionaria o conservadora. Se preocupa de algo distinto. Su obstinación, como el albedrío dado por Dios y que existe profundo y magnífico en cada hoja de árbol, no tiene otro objetivo sino el de su propio desarrollo. «Egoísmo», si se quiere; pero un egoísmo muy diferente de los que codician el dinero o el poder...

El hombre dotado con la obstinación, que yo tengo en mente, no busca el dinero ni el poder. Los desprecia, pero no porque sea un modelo de virtudes o un altruista resignado. ¡Nada de eso! La verdad, simplemente, es que el dinero, el poder y todas las demás posesiones por las cuales el hombre se atormenta y finalmente se resuelve en lucha con sus semejantes, significa muy poco para el hombre porfiado y dueño de sí mismo. Valoriza sólo una cosa, el misterioso poder interior que lo estimula a vivir y lo ayuda a desarrollarse. Este poder no puede ser conservado ni aumentado por medio del dinero ni el poderío, porque estos dos elementos son un invento de la desconfianza. Los que desconfían de la fuerza vital dentro de ellos mismos, o que carecen de ella, buscan la compensación por sustitutos como el dinero. Cuando un hombre tiene confianza en sí mismo, cuando todo lo que pretende en el mundo es seguir su propio destino en libertad y pureza, llega a considerar, a conceptuar todas éstas tan costosas posesiones como meros accesorios, agradables de tener y disfrutar, pero que no son esenciales.

¡Cómo admiro yo la virtud de la obstinación! Una vez que se aprende a conservarla como un tesoro, si se tiene un rasgo de ella en lo personal, todas las virtudes tan altamente veneradas se convierten en algo extrañamente dudoso.

El patriotismo es una de ellas, y yo no tengo nada en contra del mismo. Para el individuo es un sustituto de un complejo mayor. Pero se le tiene en máxima estima como virtud sólo en tiempos de guerra, un medio ingenuo y absurdo de «prolongar la política». El soldado que mata enemigos es considerado mejor patriota que el campesino que cultiva su tierra lo mejor que puede. Porque el granjero obtiene un beneficio por lo que hace, y en nuestro extraño sistema de moralidad, una virtud utilitaria para alguien siempre se considera sospechosa.

¿Por qué? Porque estamos acostumbrados a buscar una ganancia a costa de otros. Porque, desconfiados como somos, siempre nos vemos obligados a codiciar lo que tiene alguna otra persona.

El salvaje cree que la fuerza vital del enemigo que mata pasa a su ser. Todas las guerras, competencias y desconfianzas entre los hombres parecen surgir de esta creencia primitiva. Deberíamos sentirnos más felices si por lo menos consideráramos al campesino en un nivel igual al del soldado. ¡Si pudiéramos vencer nuestra creencia supersticiosa de que el gozo o la vida adquirida por cualquier persona o gente del pueblo, tiene que quitársele por la fuerza...!

Ahora escucho a nuestro amigo el maestro: «Esto parece estar bien, pero debo preguntarte si has considerado el asunto objetivamente, desde el punto de vista económico... la producción mundial es...».

A lo cual replicaría: «No, mil gracias. El punto de vista económico no tiene nada de objetivo, es un cristal por el que uno puede ver toda clase de cosas». Por ejemplo, antes de la guerra, las consideraciones económicas fueron invocadas para probar que una guerra mundial era imposible o que si se desataba no habría de durar mucho tiempo. En la actualidad, también en el campo económico, puedo comprobar lo contrario. ¡No, dejemos aparte tales fantasías de una vez y pensemos en términos de la realidad!

Ninguno de estos «puntos de vista», sea cual fuere la denominación y amplitud que le dé su postulante, no nos llevará a ninguna parte. Todos ellos sugieren bases inciertas. Nosotros no somos máquinas calculadoras, ni máquinas de alguna otra clase. Para el hombre, solamente hay *un* solo punto de vista, solamente *un* criterio natural. Y ése es su albedrío. El destino de un hombre obstinado no puede ser ni el capitalismo ni el socialismo, ni Inglaterra ni América; su único destino vital es la silenciosa ley de su propio corazón, cuyos cómodos hábitos resultan tan difíciles de obedecer, pero por los cuales sigue su destino y propia determinación.

EL REGRESO DE ZARATHUSTRA

UNAS PALABRAS A LA JUVENTUD ALEMANA

1919

Hubo una vez un espíritu alemán, un valor alemán, una virilidad alemana que no se hicieron sentir entre la confusión del rebaño o del entusiasmo de las masas. El último gran vehículo de ese espíritu fue Nietzsche, quien, en medio del auge comercial y pusilánime conformismo que fueron característicos del principio del Imperio Germano, se convirtió en antipatriota y antialemán. En este pequeño ensayo quiero recordar a los jóvenes intelectuales alemanes algo sobre este hombre, sobre su valor y soledad, y de esta manera, que aparten su mente del clamor del rebaño (cuyo tono ríspido actual no es una pizca más agradable que el del brutal e imperioso sonido de aquellos «grandes días») y consideren unos cuantos hechos simples y experiencias del alma. Respecto a la nación y a la colectividad, que cada individuo actúe según sus necesidades y como se lo dicte su conciencia, pero si en el proceso pierde su propia personalidad, su propia alma, cualquier cosa que haga carecerá de valor. Solamente unos cuantos hombres en nuestra empobrecida y derrotada Alemania, han comenzado a reconocer que las lágrimas y quejas son inútiles, y que hay que actuar como hombres para enfrentarse al futuro. Sólo unos cuantos sospechan el profundo grado de degeneración de la mente alemana desde mucho tiempo antes de la guerra. Si deseamos contar una vez más con mentalidades y gente capaces de asegurarnos el porvenir, no debemos comenzar por la parte posterior, con métodos políticos y formas de gobierno, sino desde el principio, conformando y forjando nuestra personalidad. Éste es el tema de mi pequeña obra. Apareció por primera vez, anónimamente, en Suiza (donde se hicieron varias ediciones), porque no quise despertar la desconfianza de la juventud bajo un nombre conocido. Pretendí que lo vieran sin prejuicios, y así lo hicieron. Por lo tanto, no veo la razón para permanecer anónimo.

Hermann Hesse.
(Prefacio a la primera edición firmada).

Cuando corrió el rumor entre los jóvenes de la capital que Zarathustra había reaparecido y había sido visto en diversos lugares, en las calles y plazas, varios jóvenes salieron en su busca. Éstos eran jóvenes que habían regresado a casa de la guerra y que fueron presa de la angustia por los cambios y trastornos de su madre patria, se dieron cuenta de que ocurrían grandes cosas, pero que el significado de las mismas era algo oscuro y que muchas de ellas carecían de ritmo o de razón de ser. En los años ya pasados, estos jóvenes habían considerado a Zarathustra como su profeta y como su guía; habían leído lo escrito sobre él con el entusiasmo de la juventud; habían hablado y pensado sobre sus peregrinaciones por entre setos y montañas, por las noches a la luz de sus linternas y en la quietud de sus cuartos. Y porque la voz que por primera vez y con inusitada fuerza vuelve los propios pensamientos hacia nuestro interior y esboza nuestro propio destino, se consagraron a Zarathustra.

Los jóvenes encontraron a Zarathustra en una calle ancha y llena de gente. Estaba de pie, oprimido contra un muro, y escuchaba a un demagogo que arengaba a la multitud desde un vehículo. Zarathustra escuchaba, sonreía y observaba los rostros de la gente. Miraba esas caras como un viejo ermitaño contempla las olas del mar o las nubes matinales. Notó su temor, su impaciencia y perplejidad, la penosa ansiedad casi infantil; observó el valor y el odio en los ojos de los más resueltos y desesperados. Y no se cansó de observar sin dejar de escuchar al orador. Los jóvenes lo reconocieron por su sonrisa. No era joven ni viejo, no parecía un maestro ni un soldado, era simplemente un hombre, como el primer hombre que salió de la oscuridad en un principio, el primero de su clase.

Sin embargo, a pesar de sus primeras dudas sobre él, lo reconocieron por su sonrisa. Su sonrisa era abierta, pero no era amable; era sincera, pero no benévola. Era la sonrisa del luchador, pero más aún la de un hombre anciano que ha visto muchas cosas y que ha ahorrado sus lágrimas.

Cuando la perorata estaba a punto de terminar y la gente comenzó a dispersarse en medio de un gran clamor, los jóvenes se acercaron a Zarathustra y lo saludaron con reverencia.

—¡Maestro, estás aquí —tartamudearon—, finalmente has regresado entre nosotros en este día de tan gran aflicción. Bienvenido seas Zarathustra! Tú, nos dirás lo que debemos hacer, serás nuestro guía. Nos salvarás del más grande de nuestros peligros...

Con una sonrisa les pidió que lo acompañaran, y cuando iban de camino les dijo:

—Amigos míos, me siento complacido. He regresado quizás por un día o por unas horas, y veo que están ustedes desempeñando un papel. Siempre he tenido gran placer al ver actuar a la gente. Nunca se manifiestan con mayor sinceridad.

Los jóvenes lo escuchaban y se miraban entre sí; pensaron que había un tinte de burla, excesivo desenfado, gran despreocupación en sus palabras. ¿Cómo podía aludir a representaciones teatrales cuando la gente sufría en la miseria? ¿Cómo podía hablar con tanta ligereza cuando su país había sido derrotado y estaba al borde de la ruina? ¿Cómo concebir que todo esto, que la gente, el espectáculo, la gravedad del momento, su propia solemnidad y veneración, fuera simplemente una escena teatral? ¿No sería el momento en que se derramaran lágrimas amargas, y se rasgaran las vestiduras? ¿No sería, sobre todo, la oportunidad y muy a tiempo de actuar? ¿Emprender grandes acciones? ¿Poner un ejemplo? ¿De salvar al país y a su gente de una inevitable catástrofe?

—Os comprendo, mis fieles amigos —dijo Zarathustra al adivinar sus pensamientos—. Entiendo vuestro descontento. Lo esperaba y sin embargo no me sorprende particularmente. Todas esas expectativas siempre van de la mano con lo adverso; parte de nuestro ser anhela algo, pero la otra espera lo contrario. Amigos míos, éstos son mis sentimientos por ahora, ¿pero hablemos un poco, deseáis hablar con Zarathustra, no es así?

—Sí... así es —gritaron todos en coro. El profeta sonrió y les dijo:

—Pues bien, amigos míos, hablad con Zarathustra, escuchadlo. El hombre ante vuestros ojos no es un demagogo, un soldado, un monarca o un general; es simplemente Zarathustra, el viejo ermitaño y bufón, el que hace reír al último, el instigador de muchas otras cosas tristes. Por mi parte, amigos míos, nunca aprenderéis a gobernar naciones ni a recuperar vuestras derrotas. No os puedo enseñar a conducir rebaños ni a calmar el hambre de la gente. Ésas no son artes de Zarathustra, ni son sus preocupaciones...

Los jóvenes quedaron silenciosos y una nube de desconcierto pasó por sus rostros. Abatidos y disgustados caminaron al lado del profeta y durante un buen rato no supieron qué replicarle. Finalmente, el más joven del grupo se atrevió, sus ojos brillaban al hablar y Zarathustra lo contempló con agrado.

—Entonces ilustranos, dinos lo que tienes que decir. Porque si solamente has venido a mofarte de nosotros y de tu gente, tenemos otras cosas que atender en vez de caminar contigo y escuchar tus excelentes bromas. Escúchanos, Zarathustra, todos nosotros, jóvenes como somos hemos luchado en la guerra y hemos visto a la muerte cara a cara; no tenemos tiempo que perder en juegos y pasatiempos. Maestro, te reverenciamos y amamos, pero es más grande el amor que tenemos por nuestra gente. Queremos que lo sepas.

Al oír estas palabras del joven, el semblante de Zarathustra se iluminó y miró con amabilidad, con ternura a sus ojos indignados.

—Amigo mío —le dijo con su mejor sonrisa—, tienes toda la razón en no aceptar al viejo Zarathustra sólo porque sí, sin sondearlo y antes bien hostigarlo con lo que tú supones que es su punto vulnerable. ¡Tienes tanta razón al ser desconfiado! Más aún, debo decir que has expresado lo que sientes en excelentes palabras, la clase de palabras que me gusta escuchar. Tú dijiste: «nos amamos más que lo que amamos a Zarathustra...». Eso me llega al corazón. Con esas palabras me has hecho tragar el anzuelo, a pesar de ser un pez escurridizo; pronto me tendrás colgado de tu sedal...

En ese momento se escucharon gritos, fuertes voces y clamor tumultuoso a la distancia; algo extraño y absurdo en ese callado atardecer. Y cuando Zarathustra vio los ojos y pensamientos de sus jóvenes compañeros fijarse intensamente en esa dirección su tono cambió. De repente, su voz se escuchó como si viniera de un lugar remoto y extraño, se oía como la primera vez en que los jóvenes lo habían conocido, como una voz que surge no de un hombre, sino de las estrellas o de los dioses, más aún, como la voz que cada hombre oye en secreto dentro de su corazón, cuando Dios está con él.

Los jóvenes pusieron atención, sus pensamientos y sentidos volvieron a Zarathustra, porque ahora reconocieron la voz que una vez escucharan en su tierna juventud, como la voz de un dios desconocido.

—Escuchadme, hijos míos —dijo con fervor, dirigiéndose especialmente a los más jóvenes—, si queréis escuchar el sonido de la campana no hay que golpear sobre hojalata. Si pretendéis tocar la flauta no hay que apoyar los labios en un odre de vino. ¿Me comprendéis amigos? Recordad, recordad, amigos míos, recordad lo que aprendisteis de Zarathustra en aquellas horas de entusiasmo. ¿De qué trataba? ¿Eran consejos sabios sobre casas de cambio, sobre las calles, sobre el campo de batalla? ¿Os di consejos sobre reyes, os hablé como rey, como ciudadano, político o mercader? No, si recordáis, hablé como Zarathustra, hablé en mi idioma, estuve frente a vosotros como un espejo para que os vierais. ¿Alguna vez aprendieron algo de mí? ¿Fui alguna vez un profesor de lenguas o maestro de alguna materia? No, Zarathustra no es un maestro, no podéis interrogarlo y aprender de él, ni anotar pequeñas o grandes fórmulas para usarlas después. Zarathustra es un hombre, es como vos. Zarathustra es el hombre que buscáis en vosotros mismos, el hombre recto y genuino, ¿cómo podría seduciros? Zarathustra ha visto mucho y ha sufrido mucho también, ha desgranado muchas frutas y ha sido mordido por muchas víboras. Pero ha aprendido sólo una cosa, se enorgullece de un poco de

sabiduría al saber *ser* Zarathustra. Y eso es lo que debéis aprender de él, pero que con frecuencia os falta valor para ello. Debéis aprender a ser vosotros mismos, así como yo he aprendido a ser Zarathustra. Debéis olvidar el hábito de ser alguna otra persona, dejar de imitar voces de otros y de equivocarse otros rostros por los vuestros. Por tanto, amigos míos, cuando Zarathustra os habla, no busquéis sabiduría, artes o fórmulas, ni tretas de magia, sino que debéis buscar al hombre mismo. De una piedra se puede saber lo que es la dureza, de un pájaro lo que es el cantar. De mí podéis aprender lo que es el hombre y su destino.

Conversando de tal manera llegaron a los límites de la ciudad y durante largo rato siguieron caminando al atardecer, bajo la sombra y murmullo de los árboles. Le preguntaron muchas cosas, a menudo reían con él y a veces se desesperaban. Uno de ellos, escribió lo que Zarathustra les dijo esa tarde, o por lo menos parte de su conversación, que conservó para sus amigos.

A continuación transcribimos lo que recordó de las palabras de Zarathustra:

SOBRE EL DESTINO

Así hablaba Zarathustra:

Hay un don que se le da al hombre y lo transforma en dios, que le recuerda que es un dios: el conocimiento de su destino.

El que yo sea Zarathustra es porque he logrado saber el destino de Zarathustra. Que yo he vivido su vida. Pocos hombres conocen su destino. Pocos hombres viven sus vidas. ¡Aprended a vivir vuestras vidas! ¡Aprended a conocer vuestro destino!

Os habéis lamentado tanto sobre el destino de vuestra gente. Pero el destino por el cual nos lamentamos no es todavía nuestro; es un destino ajeno, hostil, un dios extraño, un ídolo maligno, un destino que se nos arroja como un dardo envenenado desde la oscuridad.

Hay que aprender que el destino no proviene de ídolos; así se puede saber que no hay ídolos o dioses. Así como el infante crece en la matriz de la madre, así se desarrolla el destino en el cuerpo del hombre, o si así se desea, en su mente o en su alma, que son la misma cosa.

Así como la mujer y su hijo son una sola entidad y ama a su criatura sobre todas las cosas, así se debe aprender a amar vuestro destino sobre todas las cosas. Debe ser vuestro dios, porque vosotros mismos debéis ser vuestros propios dioses.

Cuando el destino le llega al hombre de lo externo, lo desploma, justo como la flecha hace desplomar al venado. Cuando el destino le llega al hombre de su interior, lo fortalece, lo convierte en dios. Hizo a Zarathustra como Zarathustra, así que debe convertirlos en vosotros mismos.

El hombre que ha reconocido su destino nunca trata de cambiarlo. El empeño para cambiar el destino es una ocupación infantil que hace que los hombres disputen y se maten entre sí. Vuestro Emperador y generales trataron de cambiar el destino, igual que vosotros. Ahora que se ha fracasado en el cambio de destino, permanece un sabor amargo y lo veis como a un veneno. ¡Si no hubierais tratado de cambiarlo, si lo hubierais llevado dentro del corazón como a un niño, si lo hubierais convertido en vosotros mismos, el sabor sería tan dulce! Toda desgracia, veneno y la muerte son destinos ajenos e impuestos. Pero todo acto genuino, todo aquello que es bueno y festivo y fructífero sobre la tierra, es destino viviente, destino que proviene del propio ser.

Antes de la larga guerra, amigos míos, erais muy ricos, vosotros y vuestros padres, muy ricos,

obesos y glotones, y cuando el dolor invadió vuestro cuerpo, vuestro vientre, debíais haber reconocido el destino en el dolor y atendido a la buena palabra. Pero como niños que sois, el dolor de vientre indignó e inventasteis la idea de que el hambre y la necesidad eran el origen del dolor. Y la reacción fue golpear: conquistar, extender las fronteras, adquirir más alimento para vuestro vientre. Ahora que habéis regresado a casa y no habéis ganado lo que os proponíais, volvéis a quejaros contra toda clase de dolores y penalidades; una vez más buscáis al malvado, al malvado enemigo responsable del sufrimiento, y estáis prontos a dispararle, incluso si fuera vuestro hermano.

Amigos míos, ¿no es hora de reconsiderar? ¿Acaso no debéis, por esta sola vez, tratar vuestra pena con mayor respeto, más curiosidad, más hombría, con menos infantilismo y temor infantil? ¿Acaso sea vuestra amarga pena la voz del destino, voz que se transforme en dulce voz que una vez comprendisteis ...

Además, amigos míos, escucho vuestras perpetuas lamentaciones y gritos sobre la amarga desgracia y amargo destino que han recaído sobre vuestro pueblo y vuestra patria. Perdonadme, amigos míos, si siento un poco de desconfianza por tal dolor, si tengo algo de renuencia por ello... me resisto a creer que vosotros, vosotros todos estéis sufriendo por vuestra gente y vuestra patria. ¿Dónde está vuestra madre patria? ¿Dónde está la cabeza visible? ¿Dónde está su corazón? ¿Cómo comenzará la curación y cuando? ¡Decídmelo! Ayer, vuestro temor era por el Kaiser, por el imperio del que estabais tan orgullosos, que os era tan sagrado. ¿Dónde está todo eso en la actualidad? Vuestra pena no viene sólo del Kaiser, porque si así fuera, ¿persistiría la amargura ahora que el Kaiser ha desaparecido? No proviene del ejército o de la armada o de alguna provincia conquistada, de alguna posesión, eso bien lo comprendéis. Pero veamos, ¿si hay tanto dolor, habrá que seguir hablando sobre la nación, la madre patria, sobre todos esos temas tan fáciles de discutir, pero con la misma facilidad de los lleva el viento? ¿Quién es el pueblo? ¿El orador callejero o los que lo escuchan; los que están de acuerdo con sus corifeos o los que los hacen callar? ¿Escucháis los disparos por ahí? ¿Dónde está el pueblo, vuestro pueblo? ¿Dispara o le disparan? ¿Lo atacan o resulta atacado?

Como podéis ver, es difícil que los hombres se entiendan entre sí, y más difícil aún si recurrimos a la oratoria. Si todos vosotros sufrís por el dolor, si estáis enfermos de cuerpo y alma, si tenéis miedo y anticipáis el peligro, ¿por qué no, por mera curiosidad o esparcimiento, por una curiosidad sana, tratáis de ver las cosas en forma diferente? ¿Por qué no preguntar si la causa de vuestra desgracia proviene de vosotros mismos? Durante un breve período en días pasados estabais convencidos de que los rusos eran vuestros enemigos y la causa de todos los males. Poco después, fueron los ingleses, luego los franceses, enseguida otros, y en cada ocasión estabais seguros, y cada vez era una lúgubre comedia, que acababa en miseria. Pero ahora que veis que la fuente de todo está en vosotros, que no se puede cicatrizar la herida culpando al enemigo, ¿por qué no reconocer que el origen de la desgracia reside en vosotros mismos? ¿Por qué no considerar que lo que os duele no es el pueblo, ni la madre patria, ni la hegemonía mundial, incluso ni la democracia, sino vuestro propio estómago o hígado, una úlcera o cáncer interno, y que sólo un temor infantil a la verdad y porque el médico os hace imaginar que estáis en perfecta salud, pero por desgracia os quejáis por un malestar de vuestra gente? ¿No será algo así? ¿No despierta esto vuestra curiosidad? ¿No sería un saludable ejercicio proceder a examinar lo que os afecta y determinar el origen?

Posiblemente podéis descubrir que un tercio o la mitad del sufrimiento se origina en vosotros mismos, y que sería buena idea tomar un baño frío o beber menos licor; recurrid a otros medios en vez de culpar a la madre patria. Eso sería muy factible. Valdría la pena de hacerlo. Quizás fuera una esperanza para el futuro. Un método de transformar la desgracia en algo ventajoso, el veneno en el destino...

Quizás os parezca despreciable y egoísta olvidar a la madre patria y proceder a curaros, pero hay que recordar que probablemente no tenéis toda la razón. ¿No se podría decir que una patria en la que cada ciudadano deja de proyectar sus propios dolores, en la que cientos de pacientes no tratan de curarse, pudiera en alguna forma llegar a prosperar?

Mis jóvenes amigos, habéis aprendido tanto en vuestras vidas; habéis sido soldados, habéis visto la muerte cara a cara cientos de veces. Sois héroes. Pilares de vuestra patria. Pero yo os imploro: no os conforméis con eso... buscad más arriba... y recordad lo grande que es la integridad...

ACCIÓN Y SUFRIMIENTO

¿Qué debemos hacer?, preguntáis. Repetidamente lo hacéis, y con insistencia sobre actuar, proceder, cosa importante, muy importante para vosotros. Eso está bien, amigos míos, es decir, sería bueno si realmente comprendierais el valor de la acción...

Pero la respuesta reside precisamente en lo que se debe hacer, en lo que es necesario desarrollar, en la pregunta del niño que ansia la forma de actuar...

Lo que vosotros consideráis como acción, yo, el viejo ermitaño de las montañas, definiría de otro modo. Podría pensar en otras festivas denominaciones relativas a vuestra actividad. No tengo por qué pensar en algo contrario a vuestra pretensión, aunque en el fondo es todo lo contrario a lo que yo considero como «acción».

Amigos míos, escuchad con atención a lo que os digo: no hay un desempeño genuinamente valedero si el primero que lo pretende pregunta: ¿Qué es lo que debo hacer? La acción positiva es la que proviene de la luz de un sol favorable. Si este sol no es benigno, si su influencia no ha sido comprobada muchas veces, si es la clase de astro que duda de su propio fulgor, jamás proyectará su luz. La actuación verdadera no es lo mismo que «hacer algo», no estriba en meditar en lo que se pueda urdir conforme. Ahora bien, os diré lo que la verdadera acción significa; pero antes, amigos míos, dejadme exponer lo que yo interpreto por vuestra acción. Así nos comprenderemos mutuamente.

Este plan de acción que pretendéis ejecutar, que se supone proviene de una búsqueda, de una duda en un tortuoso laberinto, es una actividad, amigos míos, contraria y un enemigo mortal del genuino propósito. Porque ese comportamiento en la acción, si me perdonáis, es mera cobardía. Observo vuestro enojo, lo veo en vuestros ojos, en vuestra mirada que tanto aprecio, pero esperad un poco, escuchadme...

Mis jóvenes amigos, vosotros sois soldados, y antes de vosotros hubo otros soldados, otros antepasados que fueron mercaderes o fabricantes, todos educados en una escuela deplorable, creyentes de ciertas antítesis que existieron desde el principio del mundo y que fueron creadas por los dioses. Antítesis que fueron vuestros dioses. De una de ellas, la antítesis entre el hombre y Dios, se infiere que el hombre no puede ser un dios, ni viceversa. Zarathustra no puede encontrar una forma

más sencilla de mostraros el carácter dudoso y despreciable de esas antítesis sacrosantas, en las que vosotros tan firmemente creéis, si se distingue y diferencia la acción y el sufrimiento.

Porque la reunión de la acción y el sufrimiento constituyen nuestras vidas: son una entidad. El niño sufre al ser engendrado, sufre al nacer, sufre al ser destetado; sufre a todas horas hasta morir. Pero todo lo bueno en el hombre, por lo que es querido y elogiado, es por el buen sufrimiento, el de buena índole, el sufrimiento que va con la vida y se resiste en su totalidad. La facultad de saber sufrir es más que la mitad de la vida, y de hecho, es toda la vida. Se sufre al nacer, se sufre al crecer; la semilla sufre la tierra, la raíz sufre la lluvia, el capullo sufre el florecimiento.

Y del mismo modo, amigos míos, el hombre sufre su destino. El destino es tierra, lluvia y crecimiento. El destino duele.

Lo que se considera como acción es huir del dolor, es el no querer nacer, escapar del sufrimiento. Vosotros o vuestros padres llaman «actividad» a ocuparse día y noche en talleres y fábricas, al escuchar muchos martillos golpeando, al dejar escapar el hollín y contaminar el aire. Pero no me mal interpretéis, yo no tengo nada en contra de martillos, del hollín o de vuestros padres; aunque no puedo menos que sonreír cuando se habla de ese bullicio como «actividad». No es tal cosa, es simplemente huir del sufrimiento. Era doloroso estar solo y entonces los hombres establecieron la sociedad. Era doloroso escuchar toda clase de voces interiores, exigiendo vivir vuestras propias vidas, buscar vuestro propio destino, morir vuestra propia muerte, sí, era doloroso y por eso se huye y se hace ruido con martillos y máquinas, hasta que las voces se acallan y quedan en silencio. Eso es lo que hicieron vuestros padres, lo que hicieron vuestros maestros y lo que vosotros mismos habéis hecho. Se os exigía el sufrimiento y os indignasteis, huir del sufrimiento y «actuar». ¿Y qué lograsteis? En primer término, dentro de extrañas ocupaciones, os sacrificasteis al ruido ensordecedor. Dentro de tanta actividad no había tiempo para sufrir, escuchar, respirar, beber el elixir de la vida y mirar la luz del cielo. No, había que estar activo, perpetuamente ocupado, siempre haciendo algo. Y cuando todo este bullicio resultó vano, cuando vuestro destino interior, en vez de madurar con dulzura, declinó y se tornó en veneno, se multiplicó la actividad, se crearon enemigos, primero en la imaginación y luego en la realidad; fuisteis a la guerra, os convertisteis en soldados y en héroes. Se han logrado conquistas, habéis resistido penalidades sin cuento y realizado grandes eventos. ¿Y ahora? ¿Estáis satisfechos? ¿Vuestro corazón está feliz y sereno? ¿Es vuestro destino agradable? No, es más amargo que nunca, y es por eso que clamáis por mas actividad, por correr desenfrenadamente, por atropellar y gritar, elegir concejales, y volver a cargar vuestras armas. ¡Y todo por querer huir para siempre del sufrimiento! Que es tanto como huir de vosotros mismos, de vuestras almas...

Escucho vuestra réplica. Preguntáis si lo que habéis sufrido no fue sufrimiento; si no lo fue cuando vuestros hermanos murieron en vuestros brazos, cuando vuestros cuerpos se congelaron o se estremecieron bajo el bisturí del cirujano. Es verdad, eso fue sufrimiento, pero sufrimiento por vuestra propia culpa, por vuestra obstinación, sufrimiento impaciente, por un esfuerzo para cambiar el destino. Fue heroico, por cuanto el hombre que huye del destino, que pretende cambiarlo, puede ser heroico.

Es difícil aprender a sufrir. La mujer frecuentemente lo logra y más noblemente que el hombre. ¡Aprended de ellas! ¡Aprended a escuchar cuando habla la voz de la vida! ¡Aprended a mirar cuando

el sol del destino juega con vuestras sombras! ¡Aprended a respetar la vida! ¡Aprended a respetaros vosotros mismos!

Del sufrimiento proviene la fuerza, del sufrimiento mana la salud. Es siempre el hombre «sano» el que repentinamente se desploma, el que cae abatido por un soplo del aire. Ésos son los que no aprendieron a sufrir. El sufrimiento endurece y fortalece al hombre, el que le da temple. ¡Los que huyen del sufrimiento son como niños! Yo amo a los niños, ¿pero cómo querer a los que pretenden serlo durante toda su vida? Y eso es lo que pasa con todos vosotros, que por un tenebroso temor infantil al dolor y a la oscuridad, huís del sufrimiento y buscáis la actividad...

Ved lo que habéis logrado con todo ese ajetreo y densas ocupaciones. ¿Qué os ha quedado? Vuestro dinero ha desaparecido y con el todo el oropel de esa cobarde actividad. ¿Cuál es el verdadero fruto engendrado por esta actividad? ¿Dónde está el gran hombre, el héroe resplandeciente, el hombre de acción? ¿Dónde está vuestro Kaiser? ¿Quién tomará su lugar? ¿Y dónde está vuestro arte, todas las obras que justificarían vuestra época? ¿Dónde están vuestras grandes ideas? ¡Ah!, habéis sufrido muy poco y no lo suficiente para producir algo bueno y esplendoroso...

Porque los hechos genuinos, los buenos y destacados, no surgen de la actividad, de la ferviente ocupación con martillos y laboriosidad. Brota de la soledad en las montañas, en las cimas donde mora el silencio y el peligro. Nace del sufrimiento que todavía no habéis llegado a sentir.

SOBRE LA SOLEDAD

Mis jóvenes amigos, me preguntáis sobre la escuela del sufrimiento, la fragua del destino. ¿No lo sabéis? No, no vosotros que constantemente habláis con la gente y tratáis con las masas, que anheláis solo sufrir con ellas y por ellas; no, no lo sabéis. Os hablo de la soledad.

La soledad es la senda por la que el destino se esfuerza para llevar al hombre a sí mismo. Es la senda que el hombre más teme. Está llena de terrores, donde hay víboras y sapos en acecho. Los hombres que han caminado solos, que han transitado por el desierto de la soledad, ¿no puede decirse de ellos que se han perdido, que eran malignos o enfermos? Y en cuanto a los hechos heroicos: ¿acaso los hombres no hablan de ellos como si hubiera sido obra de criminales, porque piensan que es mejor autodesconsolarse para no tomar la senda de tales hechos?

¿Y el propio Zarathustra, no se ha dicho que murió enajenado y que en el fondo todo lo que dijo y hecho eran locuras? ¿Cuando escucháis esos comentarios no os sonrojáis? ¿Como si hubiera sido más noble y valioso haberse convertido en uno de esos locos, como si os avergonzarais de vuestra falta de valor?

Amigos míos, dejadme que os cante la canción de la soledad. Sin ella no hay sufrimiento, sin ella no hay heroísmo. Pero la soledad a que me refiero no es la soledad de los poetas gozosos o la del teatro, en la que la fuente burbujea dulcemente a la puerta de la cueva del ermitaño.

De la niñez a la madurez hay sólo un paso. Uno solo. Al darlo, os segregáis de vuestro padre y madre, os convertís en vosotros mismos; es un paso a la soledad. Nadie lo da por completo. Incluso el más santo de los ermitaños, el viejo oso gruñón de las montañas llevan con ellos o arrastran un delgado hilo que los vincula con su padre y madre, con un cálido lazo del parentesco y amistad. Amigos míos, cuando habláis con tanto fervor de la gente y de la patria, puedo descubrir el hilo de la

vinculación y sonrío. Cuando vuestros grandes hombres hablan de su «tarea» y responsabilidad, esa hebra cuelga de sus bocas. Vuestros grandes hombres, caudillos y oradores nunca se refieren a tareas dirigidas en su contra, nunca hablan de responsabilidad hacia el destino. Siguen atados por esa delgada hebra a sus madres y a todo ese amable calor que los poetas recuerdan cuando cantan a la niñez y a los placeres puros. Nadie corta por completo esa hebra, excepto a su muerte y eso solamente si tiene éxito para morir su propia muerte.

La mayoría de los hombres, el rebaño, nunca han probado la soledad. Abandonan a su padre y madre, pero se acogen a una mujer y calladamente sucumben al nuevo calor, al nuevo vínculo. Nunca están solos, nunca intiman consigo mismos, y cuando un hombre solitario se cruza en su camino, les causa temor y lo detestan como a la plaga; le arrojan piedras y no están tranquilos hasta que se alejan de él. El aire alrededor de estos seres tiene aroma de estrellas, de fríos espacios estelares; carece del calor y la fragancia del hogar y de la incubadora.

Zarathustra tiene un cierto olor estelar, ese frío antagonismo. Zarathustra ha caminado largamente por esa senda de la soledad. Ha asistido a la escuela del sufrimiento. Ha visto la fragua del destino y ahí ha sido moldeado.

¡Ah!, mis amigos, no sé si deba contar algo más sobre la soledad. Con gusto os incitaría a que tomarais esa vereda. Con placer os cantaríais una canción con el gélido embeleso del espacio cósmico. Sólo sé que pocos hombres pueden recorrerla sin lastimarse. Amigos míos, es duro vivir sin la madre, vivir sin hogar y sin la gente, sin patria y sin la fama, sin los placeres de la vida en comunidad. Es duro vivir en el frío y muchos de los que han tomado esa senda han tropezado. El hombre debe ser indiferente a la posibilidad de tropezar si quiere probar la soledad o enfrentarse a su propio destino. Es más fácil y agradable caminar junto a la gente, entre una multitud, incluso en la miseria. Es más fácil y cómodo dedicarse a las «tareas» del día, las tareas ideadas por la comunidad. ¡Ved la felicidad de la gente en las calles! Se escuchan disparos, su vida peligra, y sin embargo, todos ellos prefieren morir entre las masas que caminar solos en el frío de la noche.

¿Pero cómo podría incitaros o dirigiros? La soledad no se escoge, como tampoco el destino. La soledad nos llega si tenemos en nuestro fuero interno la piedra mágica que atrae el destino. Muchos, quizás demasiados se han internado en el desierto y han llevado la vida de los pastores cerca de una agradable ermita junto a una adorable cascada. Mientras que otros permanecen en medio de la multitud, aunque el aire estelar flota a su alrededor.

Pero bendito sea el que ha encontrado su soledad, no la soledad ilustrada en cuadros o en poesías, sino su propia soledad, exclusiva, la soledad predestinada. ¡Bienaventurado sea el que sabe cómo sufrir! Bienaventurado el que lleva consigo la piedra mágica en su corazón. A él le llega el destino, de él proviene la genuina actividad.

ESPARTACO

Habéis preguntado lo que pienso de los que toman el nombre de Espartaco.

Entre todos los que en vuestra patria se esfuerzan en la búsqueda de un futuro mejor, esos esclavos rebeldes son los que prefiero. ¡Son tan resueltos, firmes y honestos! A decir verdad, si junto con sus otros talentos vuestros burgueses tuvieran siquiera una pizca de su fuerza interior, vuestro país se salvaría.

Pero no será destruido por los espartaquistas. ¿No es extraño, si no el destino, que deban llevar este nombre? Ellos, los que carecen de enseñanza, los que tienen las manos rajadas, los que desdeñan a los latinistas y a los ilustrados, han permitido a uno de sus caudillos que los pintara con un nombre odioso para la historia y la erudición, y sin embargo, ¿no es el destino escoger un nombre desenterrado de la historia en épocas tan remotas?

Pero hay algo bueno en este nuevo apelativo, no es un nombre arcaico para aquellos que lo comprenden, que les recuerda un momento crítico, el principio del fin. Así como ese mundo antiguo tuvo su fin, así sucederá con nuestro mundo presente. Eso es lo que el nombre nos dice, y es lo correcto. Debe morir junto con todas las cosas bellas y amadas que lo integran. ¿Pero fue Espartaco el que destruyó el mundo antiguo? ¿O fue Jesús de Nazaret, los bárbaros o las hordas de los rubios mercenarios? No, Espartaco fue un soberbio héroe histórico; se superó sobre sus cadenas y blandió su alfanje con bravura. Pero no transformó los esclavos en hombres, y sólo en un plan secundario contribuyó a la caída de la clase reinante de su época.

¡Pero no veáis con desprecio a esos hombres de manos rajadas y título escolástico! Están preparados, se les ha insinuado su destino, están prontos para enfrentarse a su desenlace. ¡Respetad el espíritu que se mueve entre esos hombres resueltos! La desesperación no es heroísmo, vosotros lo habéis descubierto en la guerra. Pero la desesperación es mejor que el sórdido temor del burgués, que recurre al heroísmo solamente cuando amenazan a su bolsillo...

Lo que ellos llaman «comunismo» nos es bien conocido; es una vieja receta, tan antigua que resulta un tanto cómica, y sacada del taller del alquimista. ¡No deis atención a lo que dicen! ¡Pero estad atentos a lo que hacen! Esos hombres son capaces de actuar de verdad, aunque siguiendo una senda tortuosa, porque se han acercado al punto donde retoña el destino. Vosotros tenéis mayores y más nobles posibilidades que ellos, pero estáis apenas al principio de la senda. Ellos están al final, y ellos, amigos míos, son superiores a vosotros por el concepto importante de que los que están preparados al destino son superiores a los titubeantes recién llegados.

LA MADRE PATRIA Y SUS ENEMIGOS

Amigos míos, os lamentáis demasiado sobre el desplome de vuestra patria. Si vuestra patria ha de caer, sería más digno y más varonil que muera en silencio, y sin quejidos. ¿Pero dónde veis esta caída? ¿O acaso vuestra patria no significa algo más que vuestro dinero y vuestras naves? ¿O vuestro Kaiser? ¿O todo ese esplendor de ópera?

Si por patria se implica todo lo mejor que habéis amado como lo mejor en vuestra gente, los dones que una vez enriquecieron y dieron placer al mundo, entonces no alcanza a ver lo que señaláis como desplome y destino. Habéis perdido mucho en oro y provincias en barcos y poderío mundial. Si esto es demasiado soportar para vosotros, entonces habría que inmolarse al pie de la estatua del Kaiser, y yo cantaré un réquiem por vosotros. Pero no permanezcáis ahí quejumbrosos, implorando a la historia que tenga piedad. Vosotros que hace un corto tiempo cantabais el himno del espíritu germano que cicatrizaría el mundo, no os quedéis a la vera del camino como niños castigados, invocando misericordia... ¡Si no podéis soportar la pobreza, entonces morid! ¡Si no podéis gobernaros sin un Kaiser y generales victoriosos, dejad que los extranjeros os gobiernen! ¡Pero, os imploro, no perdáis vuestro sentido de la vergüenza!

Sin embargo, protestáis porque vuestros enemigos son crueles. ¿No son arteros y crueles en su victoria, que fue la victoria de un poder muy superior? ¿No hablan de razón y practican el poderío? ¿No hablan de justicia cuando implican pillaje y rapiña?

Tenéis razón. No estoy defendiendo a vuestros enemigos. No tengo amor por ellos. Ellos también, como vosotros, son ruines en su victoria, llenos de artimañas y subterfugios. ¿Pero decidme, alguna vez ha sido diferente? ¿Es nuestra misión seguir lamentándose a voz en cuello por lo que no tiene remedio?

Nuestra misión, en mi concepto, es morir como hombres o seguir viviendo como tales. No lloriquear como infantes, sino reconocer nuestro destino, abrazar nuestro sufrimiento, transformar su amargura en dulzura, madurar a través del sufrimiento. Nuestra meta no debe ser desarrollar grandezas, riquezas y poderío nuevamente, volver a tener barcos y ejércitos lo más pronto posible. Nuestra meta no puede ser una ilusión infantil, ¿acaso no hemos visto lo que les sucede a los barcos y a los ejércitos, al poder y al dinero? ¿Ya lo habremos olvidado?

Jóvenes de Alemania, nuestra meta no se debe descartar con nombres y cifras. Nuestra meta, como la de todo ser humano, es unificarnos con nuestro destino. Si no lo logramos, no importará si somos grandes o pequeños, ricos o pobres, temidos o ridiculizados. Dejad que las juntas de los soldados o los mercenarios de la pluma peroren sobre esas cosas. Si no os habéis encontrado a través de la guerra y el sufrimiento, si seguís en la determinación de cambiar el destino y huir del sufrimiento, si rehusáis crecer, entonces pereced...

Pero me comprendéis, lo veo en vuestros ojos. Emitís consuelo con las amargas palabras del Viejo de la Montaña, del Maligno Viejo de la Montaña. Recordáis lo que os ha dicho acerca de sufrimiento, el destino, la soledad. ¿No sentís acaso un soplo de soledad en el sufrimiento que acarrea vuestro destino? ¿No se aguzan vuestros oídos a la tersa voz del destino? ¿No sentís que vuestra pena pueda dar frutos? ¿Qué vuestro sufrimiento se convierta en un privilegio, un llamado a cosas más grandes?

Sólo os pido una cosa: no finquéis anhelos en una hora en que lo infinito esté ante vosotros. No os aferréis a propósitos ahora que el destino ha hecho astillas vuestros anhelos de ayer. Dios os ha hablado, y os lo ruego, no os avergonzáis. Considerad que sois los elegidos, los llamados, los escogidos; pero no escogidos para eso o aquello, para el poderío mundial o el comercio, para la democracia o el socialismo. Habéis sido escogidos para que os encontréis vosotros mismos en el sufrimiento, para recobrar en el dolor vuestra respiración y el latir de vuestros corazones, que habéis perdido. Habéis sido escogidos para respirar el aire del ámbito estelar, para que de niños os convirtáis en hombres.

Dejad las lamentaciones, amigos míos. Dejad de llorar como niños por haber abandonado a vuestra madre y padre y el pan del hogar. Aprended a comer el pan amargo, el pan de los hombres, el pan del destino...

Y entonces, la patria que vuestros mejores antepasados visualizaron y amaron, volverá a reaparecer. Entonces retornaréis de vuestra soledad a una comunidad que ya no es un establo o una incubadora, sino a una comunidad de hombres, un reino sin fronteras, al reino de Dios como lo llamaban vuestros antecesores. Ahí encontraréis lugar para cada virtud, aun cuando vuestras fronteras sean estrechas. Ahí habrá lugar para toda clase de valentías, incluso sin generales...

¡Infantes como sois, Zarathustra no puede menos que reír por tener que confortaros de esta manera!

UN MUNDO MEJOR

Jóvenes amigos, hay una expresión que me consterna al escucharla en vuestros labios, y que no me hace reír. Me refiero a la de «un mundo mejor». Acostumbrabais cantar éste son en conjunción con los rebaños; vuestro Kaiser y profetas gustaban especialmente de dicha canción; el estribillo decía que el alma germana, unificaría al mundo.

Amigos míos, debemos aprender a no juzgar si el mundo es bueno o malo y olvidar la pretensión que nosotros lo mejoraremos.

Frecuentemente, el mundo se denuncia como algo malo, porque el denunciante ha pasado una mala noche o ha comido demasiado. El mundo ha sido elogiado como un paraíso, porque el que lo elogia acaba de besar a una muchacha.

El mundo no fue hecho para ser mejorado. Ni vosotros para lograrlo. Habéis sido hechos para enriquecer el mundo con una voz, una tonalidad, una sombra. ¡Sed vosotros mismos y el mundo será rico y hermoso! Si sois otra cosa que vosotros mismos, mentirosos y cobardes, entonces el mundo será pobre y necesitará que lo mejoren.

Particularmente ahora, en estos tiempos tan extraños, la canción de la mejoría del mundo se vuelve a cantar con determinación que se grita desde los tejados. ¿Podéis escuchar su fealdad y embriaguez? ¿Su falta de sensibilidad, felicidad y su imprudencia? Y esta canción es como un marco en el que se pueden colocar diversos cuadros. Se ajustaba a vuestro Kaiser y sus policías; a vuestros famosos profesores germanos, antiguos amigos de Zarathustra. Este amorfo soneto se ajusta a la democracia y al socialismo, y al nuevo nacionalismo también. Vuestros enemigos también la cantan; es como si dos coros trataran de acallarse entre sí. ¿No habéis notado que al escuchar esta canción los hombres meten la mano en su bolsillo?, es un son interesado y en cierto modo autónomo, pero no de una noble autonomía que eleve, sino de la mezquina que se aferra al dinero, a la vanidad y a los engaños. Cuando el hombre se avergüenza de su actuación, habla de mejorar el mundo y se escuda detrás de esas palabras.

Amigos míos, no sé si el mundo haya sido mejorado alguna vez. Quizás siempre haya sido tan bueno y malo como es. No lo sé. No soy un filósofo; tengo poca curiosidad en ese sentido. Pero lo que sí sé es que si el mundo fue enriquecido alguna vez, más activo, feliz, más peligroso y más divertido, no fue por obra de los reformadores o los que pretendieron mejorarlo, sino de los genuinos buscadores de la verdad, entre los cuales quisiera incluíros a vosotros. Esa gente sufre mucho, pero lo hace voluntariamente. Está dispuesta a enfermarse, siempre y cuando tenga el privilegio de morir a su modo, bajo el manto que han adquirido, su propio manto mortal.

Posiblemente, bajo el influjo de esos hombres el mundo haya sido mejorado, así como un día de otoño se ve realzado por una pequeña nube, una sombra ligera, un rápido vuelo de los pajarillos. No hay razón para creer que el mundo requiera mejoría mayor de la que se pueda lograr con la presencia de unos cuantos hombres, no gente del rebaño, sino de unos cuantos hombres, hombres extraños que nos regocijen como el de un vuelo de aves o por la tranquilidad de un árbol cercano a la playa, por el simple hecho de que existen, de que hay esa estirpe de seres humanos. ¡Si sois ambiciosos, amigos

míos, si queréis luchar por este honor, habrá que esforzarse para ello! Sin embargo, este esfuerzo es peligroso, conduce a la soledad y puede incluso costaros vuestra vida.

SOBRE LOS GERMANOS

¿Os habéis preguntado el por qué los alemanes hayan sido tan profundamente odiados, tan fuertemente temidos y tan apasionadamente esquivados? ¿No os parece extraño que en esta última contienda, a la que se enviaron tantos soldados y en la que se tenían tan excelentes perspectivas, una nación tras otra, lenta pero seguramente, se pasaron al enemigo y renegaron de vosotros?

Sí, seguramente lo notasteis con profunda indignación, y os sentisteis orgullosos de haber sido abandonados, aislados e incomprensidos. Pues bien, escuchadme, no fue una incomprensión... fuisteis vosotros mismos los que no entendieron, los que estaban en error.

Vosotros, jóvenes alemanes, siempre os habéis enorgullecido de virtudes que no poseéis y culpado a vuestros enemigos por vicios que aprendieron de vosotros. Siempre habéis hablado de la virtud «germana» consistente en que el bien había sido ideado por vuestro Kaiser o por vuestra gente. Pero vosotros mismos no fuisteis leales, no fuisteis sinceros con vosotros mismos, y eso solo fue lo que os ganó el odio del mundo. Me replicáis que no, que fue vuestro dinero, vuestro éxito, y posiblemente los enemigos así lo pensaron al seguir la misma lógica mercantilista. Sin embargo, las causas son siempre un poco más profundas de lo que se piensa, especialmente cuando se trata de conceptos faltos de imaginación del hombre de negocios. Quizás el enemigo codiciaba vuestro dinero, y sentía envidia por vuestras riquezas; pero hay también otra clase de realizaciones que no originan envidia, que el mundo abraza con agrado. ¿Por qué no se brindaron esos éxitos, por qué siempre los logros de la otra clase?

Porque no fuisteis sinceros con vosotros mismos. Fue el desempeño de un papel ajeno a vosotros. Con la ayuda de vuestro Kaiser y de Ricardo Wagner se convirtieron las «virtudes germanas» en una ópera que nadie en el mundo tomó seriamente, a excepción de vosotros. Y detrás de todo ese oropel operático, dejasteis correr sin freno vuestros instintos serviles y megalomaniacos. Con el nombre de Dios en los labios manteníais las manos en el bolsillo. Se hablaba de orden, virtud y organización pero eso significaba una utilidad monetaria; pero os descubríais al atribuir las mismas artimañas a los enemigos. ¡Ved, ved lo que dicen y lo que hacen en realidad! Os guiñabais el ojo cuando un inglés o norteamericano pronunciaba discursos, porque era sabido lo que había detrás de tales alocuciones y bien lo sabíais en el fondo de vuestros corazones...

Ahora bien, podéis decirme si os lastimo. No tenéis costumbre de que se os incomode, sino de respaldaros los unos y los otros. Ahí estaba el enemigo a quién denigrar y descargar en él vuestra actitud agresiva; el enemigo siempre estaba equivocado y vosotros teníais la razón. Y yo os digo que podéis infligir dolor y sufrimiento, siempre y cuando os conforméis con la esencia de la vida y podáis escoger vuestra propia senda en la vida. El mundo es un ámbito frío, no es como el hogar o la incubadora para acogerse a su calor y al recuerdo de la niñez. Es cruel e incalculable, ama solamente al fuerte y al capacitado, a los que han logrado integrarse por sí mismos. Hay otros que pueden lograr éxitos temporales, como los que a pesar del desplome espiritual de Alemania, han logrado con vuestros logros y organizaciones. ¿Pero dónde está ese éxito? Es muy posible que haya llegado la hora, que ya sea necesario que se olviden las turbulencias y el ajeteo, que haya que olvidar otra

huida del significado de la existencia, que volver la cara a una nueva madurez, una fe en vosotros mismos, en la lealtad a vuestro espíritu.

Amigos míos, considero que a pesar de mis recriminaciones me habréis comprendido; entendido que os amo y que tengo cierta confianza en vosotros y en vuestro porvenir, y podéis creerme, que viejo ermitaño como soy, he podido percibir vuestro aliento y divagaciones. Sí, creo en vosotros, hay algo en vosotros, en el pueblo alemán en lo que creo y siempre he apreciado. Es quizás algo vago e imperceptible, posibilidades futuras, un *Quizás* incitante que brilla detrás de cientos de nubes. Creo en eso porque sois infantes, porque hacéis cosas infantiles, porque no podéis desprenderos de vuestra niñez por mucho tiempo. ¡Ojalá que dicha niñez se transforme en madurez! ¡Ojalá que esta credulidad se convierta algún día en confianza, esta sensibilidad en bondad, esta excentricidad en una característica de virilidad y libre albedrío!

Representáis a la gente más piadosa del mundo. ¡Pero qué dioses habéis creado con esa piedad! ¡Kaiseres y oficiales del ejército! Y ahora, tenemos estos nuevos profetas de buenas nuevas en el mundo...

¡Ojalá que aprendierais a buscar a Dios en vosotros mismos! Ojalá que algún día captéis este secreto *algo*, este pronóstico del futuro integrado en vosotros, como antes forjasteis príncipes y banderas... Ojalá que vuestra benevolencia cese algún día de ponerse de hinojos y que se incorpore sobre vuestra enjundia y fortaleza...

VOSOTROS Y VUESTRO PUEBLO

Amigos míos, noto que todavía tenéis desconfianza, que me veis con aire de duda; pero puedo comprender lo que os pasa: es el temor de que Zarathustra, el agorero, os aparte de la gente que amáis, de las que consideráis sagradas. ¿No es así? ¿Lo he adivinado?

Vuestros maestros y libros os enseñan dos doctrinas: una es que vuestro pueblo o nación lo es todo; la otra es lo contrario.

Pero Zarathustra nunca ha sido un maestro; para él, vuestras doctrinas son cosa de risa. Amigos míos, la selección de ser una nación o ser individualistas no os corresponde. Ningún hombre ha llegado a la cima de la soledad o a la madurez por haberlo leído en un libro y decidido seguir ese concepto.

Pero yo os pregunto: ¿Qué es lo que vuestro pueblo anhela? ¿Cuál es su necesidad?, y vos contestáis: ¡Nuestro pueblo necesita actividad, necesita hombres que no sólo hablen, sino que actúen!

De acuerdo, amigos míos, pero ya sea en vuestro favor o en el de vuestra gente, recordad lo que origina la acción, lo que origina la fría pero festiva obstinación, el espíritu temprano del que surgen las acciones como un relámpago entre una nube. ¿Lo habéis olvidado ya? ¿No lo recordáis?

Amigos míos, lo que vuestro pueblo y todos los pueblos necesitan es hombres que hayan aprendido a ser ellos mismos, que hayan reconocido su destino. Sólo ellos se convierten en el destino de la gente. Solamente ellos se rehúsan a quedar satisfechos con discursos y decretos y con una burocracia sin enjundia y sin sentido de responsabilidad. Sólo ellos tienen el valor, la vitalidad, la entereza, el júbilo y el buen humor que dan origen a las genuinas acciones.

Vosotros, los alemanes, más que cualquiera otra gente estáis acostumbrados a la obediencia. Vuestro pueblo ha obedecido con tal facilidad, con tal voluntad y alegría, y con la renuencia a dar un

solo paso que le quite la satisfacción de cumplir una orden o plegarse a un reglamento. Los carteles señalando lo que había que hacer y lo que no había que hacer, sobre todo, abundaban por doquier. ¡Qué obediente sería seguramente esa gente, si después de un lapso tan largo, de un período de agotante espera, volviera a escuchar las voces de los hombres! Si en lugar de decretos y reglamentos volvieran a escuchar el tono de la fuerza interna y de la convicción... si una vez más vieran acciones en la práctica, no ordenadas con condescendencia y humildemente acatadas, sino que brotaran con brillo y madurez de la cabeza de su padre, como de una diosa griega...

Amigos míos, hay que tener esto siempre en mente, nunca olvidar aquello por lo que la gente tiene sed y hambre. Nunca olvidar que la actividad y la madurez no se aprenden en libros o en discursos. Eso se encuentra en la cima de las montañas y el camino que conduce a ellas es por medio del sufrimiento y la soledad, del sufrimiento que se resiste con agrado, y con soledad voluntaria.

Y en contraposición de vuestros oradores, yo os digo: ¡No hay mucha prisa! Por todos lados escucháis el grito: ¡Corred! ¡Más aprisa! ¡Decidios en este instante! ¡El mundo está en llamas! ¡La patria está en peligro! Pero creedme, la patria no sufrirá daño si tomáis vuestro tiempo, si dejáis vuestro fuero, vuestro destino y voluntad que maduren. El apresuramiento, como la ciega obediencia, es una de las virtudes germanas, que no son virtudes...

Mis buenos amigos, no os amilanéis. No hagáis que el viejo Zarathustra se ría ...

¿Es acaso una calamidad haber nacido en tiempos frescos, borrascosos, difíciles? ¿No será esto vuestra buena fortuna?

LA DESPEDIDA

Y ahora, amigos míos, es la hora de decir adiós. Y bien sabéis que cuando Zarathustra se despide de sus oyentes, no les pide que le sigan siendo fieles, que sean buenos discípulos.

No debéis venerar a Zarathustra, ni tratar de convertirse en él. En cada uno de vosotros hay un ser oculto, todavía dormido con el profundo sueño de la niñez. ¡Dadle vida! En cada uno de vosotros hay un llamado, una voluntad, un impulso de la naturaleza, un impulso hacia el futuro, futuro nuevo y de mayor altura. Dejad que madure, que resuene, no dejéis de nutrirlo. Vuestro futuro no es esto o aquello, dinero o poder, no es sabiduría o éxito en vuestra empresa, vuestro futuro, vuestra senda dura y peligrosa es la de madurar y encontrar a Dios en vosotros mismos. Nada, jóvenes alemanes ha sido tan duro para vosotros. Siempre habéis buscado a Dios, pero no en vosotros mismos. No está en otro sitio. No hay otro Dios que el que está dentro de vosotros.

Si alguna vez regreso, amigos míos, hablaremos de otras cosas, de algo más agradable y festivo. Entonces, confío en que caminemos juntos o nos sentemos a conversar como hombres, lado a lado, pero cada uno con su propia fuerza y seguridad, confiando solamente en vosotros mismos y en la fortuna que premia al fuerte y audaz.

Volved ahora, regresad a vuestras calles y oradores. Olvidad lo que el ser extraño de las montañas os dijo. Zarathustra nunca ha sido un guía. Siempre ha sido un bromista y un vagabundo caprichoso.

No os dejéis influenciar por algún maestro, por cualquier orador, sea quien fuere. En cada uno de vosotros hay un fuero íntimo, propio, al que hay que escuchar.

Os digo lo siguiente antes de partir: escuchad ése fuero, a la voz que sale de vosotros mismos.

Cuando esa voz calla, sabed que algo anda mal, que algo está desquiciado, que vais por el camino equivocado...

Pero si escucháis esa voz, obedecedla, incluso hasta la más remota soledad, hasta el más negro y frío destino...

CARTA A UN JOVEN ALEMÁN

1919

Me escribes diciendo que estás desesperado y que no sabes en qué creer, en qué esperar. Que no sabes si hay o no un Dios. No sabes si la vida tiene o no un significado, si el amor a la patria lo tiene, si dentro de la desastrosa situación del mundo convendría luchar por los bienes espirituales o simplemente llenar las necesidades materiales, como comer, etc.

Yo creo que tu estado de ánimo es el correcto. No saber si hay un Dios, desconocer si hay lo bueno y lo malo, es mucho mejor que saberlo con certeza. Si lo recuerdas, hace cinco años, yo diría que estabas bien convencido de la existencia de Dios, y que sobre todo, no tenías dudas acerca de lo malo o lo bueno. Como era natural, hiciste lo que considerabas que era lo bueno y te marchaste a la guerra. Durante cinco años, los mejores años de tu juventud, has seguido haciendo lo «bueno»: has disparado tu fusil, atacado trincheras, has sufrido la vida del cuartel y vivido entre el lodo, enterrado a tus compañeros o curado sus heridas. Y poco a poco comenzaste a dudar sobre lo bueno y de que la gloriosa tarea en la que estabas empeñado era fundamentalmente maligna, o por lo menos estúpida y absurda.

Y así fue en efecto. Evidentemente, el concepto de lo bueno del que estabas tan seguro en ese tiempo, no era el genuino, lo bueno que es indestructible e independiente del tiempo; y obviamente, el Dios que conociste en esos días no era el verdadero. Es de suponer que fuera un dios nacional invocado por nuestras asambleas y poetas guerreros, el pavoroso dios cuyo dosel son los cañones y cuyos colores favoritos son el negro, el blanco y el rojo. Ciertamente que era un dios, un dios gigantesco y poderoso, más grande que cualquier Jehová; a su altar se ofrecieron cientos de miles de sacrificios, y en su honor se abrieron en canal cientos de miles de vientres humanos, de pulmones desgarrados. Estaba más ávido de sangre y era más brutal que cualquier ídolo, y al que mientras duraran los sacrificios sangrientos, los sacerdotes de la patria, los teólogos, elevaban sus bien pagadas alabanzas en su honor. El último vestigio de religión que anidaba en nuestras almas empobrecidas, en los templos carentes de espiritualidad, se había perdido. ¿Hay alguien que se detuviera a pensar, a considerar el hecho de que en esos cuatro años de guerra nuestros teólogos sepultaron su propia religión, su propia cristiandad? Obligados al servicio del amor, predicaron el odio. Obligados al servicio de la humanidad, equivocaron la humanidad por las autoridades que les pagaban. Hicieron patente (no todos, desde luego, sino los interlocutores oficiales) con dolo y elocuencia que la guerra y la cristiandad eran perfectamente compatibles, que un hombre podía ser el mejor de los cristianos y sin embargo podía disparar o apuñalar a la perfección. Pero eso no es cierto, y si nuestras iglesias nacionales no hubieran sido templos nacionales al servicio del Trono y del Ejército, sino iglesias de Dios, nos hubieran dado durante la guerra lo que tanto nos faltaba: un puerto humanitario, un santuario para nuestra alma huérfana, una advertencia perpetua para la moderación, sabiduría y amor fraternal. En concreto, nos hubiera brindado sus servicios divinos.

Te ruego que no me malinterpretes. No culpo a nadie, solamente trato de apuntar lo que fue, no es una acusación. Esto es algo poco común en nuestro país, todo lo que escuchamos son gritos

acusadores y de odio. En la actualidad, nosotros los alemanes, como todos los demás, hemos aprendido el arte falaz de culpar a los otros cuando estamos en dificultades. Yo ataco, acuso esta actitud y nada más. Todos somos igualmente culpables e inocentes por el hecho que nuestra fe era débil y nuestro dios oficialmente patentado era tan cruel, que no podíamos distinguir la guerra de la paz, el bien del mal. Tú y yo, el Kaiser y el sacerdote, todos fuimos actores en el drama; no tenemos razón para acusarnos unos a otros.

Si ahora te debates en busca de consuelo, dónde buscar un nuevo y mejor dios, una fe nueva y mejor, seguramente podrás ver —en medio de tu presente soledad y desesperación— que esta vez no hay que buscarlos en fuentes externas oficiales, en Biblias, púlpitos o tronos. Tampoco conmigo. Solamente los encontrarás en ti mismo. Y ahí está. Ahí es donde mora el dios más grande y más genuino que el dios de los patriotas de 1914. Los sabios de todos los tiempos lo han proclamado, pero no viene a nosotros de los libros, sino que vive dentro de nosotros mismos, y todo nuestro conocimiento de él carece de valor a menos que abramos los ojos del alma. Este dios está enti también. Está también con el abatido y desesperado. No es hombre inferior el que sufre la aflicción de los tiempos, o el que deja de sentir satisfacción con los dioses e ídolos del pasado.

Pero por más que busquemos, ningún profeta o maestro nos puede relevar de la necesidad de buscar dentro de nosotros mismos. En la actualidad, todo el pueblo alemán está en tu situación. Nuestro mundo se ha desplomado, nuestro orgullo humillado, hemos perdido el dinero y nuestros amigos han muerto. Y ahora, persistiendo en nuestro viejo y deplorable hábito, todos —o casi todos— buscamos al villano culpable de todo esto. Lo llamamos América, Clemenceau, lo llamamos Kaiser Guillermo o de muchas otras maneras, y con todas nuestras acusaciones sólo corremos dentro de un círculo y no llegamos a ningún lado. Es infantil y estúpido preguntar si éste o el otro es el culpable. Yo propongo que por una sola hora nos preguntemos: ¿No seré yo? ¿Cuál ha sido mi participación en esto? ¿Cuántas veces me he mostrado belicoso, arrogante, demasiado crédulo, demasiado jactancioso? ¿Qué es lo que hay en mí que haya ayudado a fomentar esas diatribas en la prensa, la religión degenerada del Jehová nacional, y de todas las ilusiones que se han desmoronado?

La hora de las confesiones no es muy agradable. Vemos que somos débiles, pequeños y maleados; que nos han humillado. Pero que no nos han deshecho. Porque vemos que en todo esto no hay crimen. Ni el perverso Kaiser, ni el malvado Clemenceau tienen la culpa; así como tampoco las victoriosas naciones democráticas ni los bárbaros sometidos tienen la razón. Delito e inocencia son simplificaciones infantiles, y al reconocerlo damos el primer paso en el templo del nuevo dios. No se nos enseñará la forma de evitar guerras futuras ni cómo hacernos ricos. Pero habremos aprendido una cosa: a dejar de someter los problemas cruciales de nuestra vida, nuestros conceptos de delito y conciencia, a un Jehová del viejo estilo, a un sargento gruñón o al editor de un periódico, para resolverlos en nuestro corazón. Debemos resolvernos a crecer, a convertirnos en hombres. Recordando la pérdida de nuestra flota, maquinaria y dinero, la posteridad podrá decir: «vuestros lindos juguetes os fueron quitados... pero luego, después de llorar y quejarse, el niño se pudo contener y se convirtió en hombre». Eso es lo que debemos hacer, no hay otro camino. Y cada uno de nosotros debe dar el primer paso por propio impulso y por mandato de su corazón.

Puesto que eres devoto de Nietzsche, vuelve a leer las últimas páginas de «Meditaciones Inoportunas» sobre las ventajas y desventajas de estudiar la historia. Lee palabra por palabra el

pasaje relativo a la joven generación destinada a demoler la tambaleante seudocultura y a comenzar de nuevo. ¡Qué duro y amargo es la suerte de tal generación, y qué grande y sagrada también! Tú eres de esa generación, tú y todos los jóvenes de hoy en esta Alemania derrotada. Sobre tus hombros llevas esta carga, en tu corazón esta tarea...

Pero no te atengas sólo a Nietzsche, o a cualquier otro profeta o guía. Nuestra misión no es la de instruir, de hacer las cosas más fáciles para ustedes, de mostrarles el camino. Nuestra misión es solamente la de recordarte que hay un Dios, un solo Dios; él vive en tu corazón, y ahí es donde debes buscarlo y hablar con él.

NO MATARÁS

1919

La doma del hombre, su desarrollo desde el gorila hasta el ser civilizado, representa un largo y lento proceso. Los adelantos hasta la fecha incorporados en la ley y la costumbre son frágiles: una y otra vez, lo que parecían logros definitivos resultan desechados por un atávico rechinar de dientes. Si vemos nuestra meta provisional, al cumplir con los imperativos espirituales, según la exposición de los líderes espirituales de la humanidad, desde Zoroastro y Lao-Tzu en adelante, nos vemos obligados a señalar que la humanidad del presente sigue más cerca del gorila que del hombre. Todavía no somos humanos, estamos en camino de serlo.

Hace unos cuantos miles de años, la ley religiosa de un pueblo superior estableció la máxima fundamental: No matarás. En la primavera de 1919, Baron Wrangel, al dirigirse a un pequeño grupo de idealistas en Berna, propuso que en lo futuro ningún hombre se vea obligado a matar a otro hombre, ni siquiera en servicio de su país. Se consideró esto como un paso de significación. Hasta aquí hemos llegado. Algunos miles de años después de Moisés al formular los mandamientos en el Monte Sinaí, se vuelven a exponer en forma cautelosa y con restricciones, por un pequeño grupo de hombres bien intencionados. No hay un solo pueblo civilizado que lo haya adoptado sin restricciones en su código legal. En todas partes, los hombres siguen discutiendo con timidez esto que es el más simple y ortodoxo de todos los imperativos. Todo estudiante de Lao-Tzu, cada uno de los discípulos de Jesús, cada seguidor de Francisco de Asís, estuvo a varios siglos de anticipación de la ley y razón del mundo civilizado de nuestros días.

Esto parece un argumento contra el valor de tan elevada demanda y para demostrar pura y simplemente que el hombre es incapaz de progresar. Para respaldar lo anterior se podrían citar cien o más ejemplos. En realidad, nuestra funesta experiencia no disminuye el valor de tales imperativos humanos y perspicacias. Durante miles de años la máxima «No Matarás» ha sido honrada y fielmente cumplida. Después del Viejo Testamento vino el Nuevo Testamento; Cristo fue posible, la emancipación parcial de los judíos fue posible, la humanidad produjo seres como Goethe, Mozart y Dostoyevski. En toda época han existido grupos de unos cuantos hombres de buena voluntad, creyentes en el futuro y que obedecían leyes no inscritas en un código legal secular. Y durante esta horrible guerra, miles de hombres actuaron según leyes superiores no escritas; los soldados trataron a sus enemigos con piedad y respeto, mientras que otros cayeron prisioneros y fueron torturados porque firmemente rehusaron cumplir el deber de matar y de odiar.

Con el fin de apreciar estos hombres y sus hechos en todo su valor, para superar nuestra duda en el progreso de animal a ser humano, tenemos que vivir en la fe. Debemos aprender a valorizar las ideas a la altura como lo hacemos con las balas y las piezas de oro, a amar las posibilidades y cultivarlas; debemos percibir el futuro, y sobre todo el futuro dentro de nuestro corazón.

El «hombre práctico» que siempre tiene la razón en las juntas de los comités, invariablemente está equivocado fuera de sus comités. Los ideales y la fe en el futuro siempre están en lo justo. Son la única fuente de la que el mundo extrae fuerzas. Y cualquiera que califique las ideas humanitarias

como temas sin importancia, conceptos de poca monta o como esfuerzos para el futuro en la literatura, sigue siendo un gorila y le falta mucho para convertirse en hombre.

Daremos un ejemplo, que incluso nuestros «hombres prácticos» podrán apreciar: en sus reminiscencias coloniales, Carl Peters nos relata que una vez ordenó a unos nativos africanos que plantaran palmas de coco. Los aborígenes se rehusaron a ese trabajo tan fatigoso y sin objeto. Peters les explicó que en ocho o diez años, los árboles plantados habrían llegado a su crecimiento y pagarían la tarea a cien por uno. En esto, los nativos estaban al tanto, porque no eran estúpidos; pero les pareció una soberana locura que un hombre prácticamente acabara con sus dedos por un premio que se lograría en diez años. ¡Los hombres blancos tienen ideas tan extravagantes!

Somos nosotros, los hombres de espíritu, los poetas, necios y soñadores los que plantamos árboles para después. Muchos de esos árboles no prosperarán, muchas de nuestras semillas resultarán estériles, muchos de nuestros sueños acabarán en errores, decepciones y falsas esperanzas. ¿Pero qué daño hay en ello?

No tiene caso tratar de convertir en seres prácticos a los poetas, calculadores de los creyentes, organizadores de los soñadores. Durante la guerra, los artistas, escritores e intelectuales fueron transformados en soldados y en labriegos. Ahora, se hacen esfuerzos por «politizarlos» y convertirlos en elementos del cambio material. Eso equivale a clavar un clavo con un barómetro. En vista de que los tiempos son duros, se piensa que todas las energías se orienten a las necesidades diarias, todo esfuerzo se destine a la tarea práctica del momento.

Pero aunque la necesidad clame a voz en cuello, todo ese bullicio y alboroto resultan inútiles. El mundo no progresará más aprisa si se convierte a los poetas en oradores de plaza pública y a los filósofos en ministros del gabinete. El mundo evolucionará cuando los hombres puedan realizar para lo cual están capacitados, lo que su naturaleza les exige, lo que pueden hacer de buen grado y bien. Y aún si los hombres prácticos consideran esas cosas como lujos, la preocupación por el futuro, la fe en el hombre como algún día llegará a ser y tentativa respecto a remotas posibilidades, siempre será tan importante como una organización política, la construcción de casas y hornear el pan.

Y nosotros, los creyentes en el futuro, jamás cesaremos de acatar el viejo mandamiento: «No matarás». Aún cuando si algún día todos los códigos del mundo prohíban matar (incluyendo matar en la guerra y matar por ejecuciones), ese imperativo nunca perderá su fuerza moral. Es la base de todo progreso, de todo el desarrollo humano. ¡Matamos tanto! No solamente en nuestras estúpidas batallas, en los necios motines callejeros de nuestra revolución, estúpidas ejecuciones, matamos a cada paso. Lo hacemos cuando las circunstancias nos obligan a forzar jóvenes de talento a desempeñar ocupaciones para las cuales no están preparados. Matamos cuando cerramos los ojos a la pobreza, a la desgracia o a la infamia. Lo hacemos también, porque resulta más fácil, cuando patrocinamos o incluso pretendemos aprobar instituciones sociales, políticas y religiosas atrofiadas, en vez de combatir las con resolución. Justamente como un socialista juzga la propiedad como un robo, los que nos mantenemos con firmeza en nuestra fe, consideramos todo desprecio de la vida humana, toda crueldad e indiferencia, como un crimen. Y no solamente las cosas de hoy pueden ser eliminadas, sino también las del futuro. Una gran parte del futuro de un joven puede ser liquidada por un poco de escepticismo mordaz. La vida nos espera en todas partes, todo en el futuro abriga una promesa, y nosotros percibimos tan poco de eso, pisoteamos tanta cosa. Matamos a cada paso.

Con respecto a la humanidad, todos nosotros tenemos una sola tarea que desempeñar. La de ayudar a la humanidad entera a que logre un pequeño adelanto, mejorar una determinada institución, eliminar con firmeza cualquier modo de matar, todo esto es muy recomendable, pero no son en el fondo tareas nuestras. Nuestra misión es que en nuestra exclusiva vida personal demos un pequeño o corto paso en el sendero del animal al del hombre.

REFLEXIONES SOBRE CHINA

1921

Los ojos del mundo están fijos con gran ansiedad en el resultado de un congreso que tiene lugar en Washington, con el fin de evitar una guerra entre los Estados Unidos de Norteamérica y el Japón, así como en la limitación de los armamentos de las grandes potencias. Los trabajos llevados a cabo han tenido un éxito parcial; algo se ha podido lograr. No habrá guerra entre los Estados Unidos de Norteamérica y Japón en un futuro previsible, y menos dinero y trabajo se malgastarán en barcos de guerra.

El mundo ha prestado menos atención a otro aspecto de las conversaciones en Washington. Las naciones poderosas han llegado a un cierto grado de acuerdo. Pero poca importancia se le dio a un país débil que también estuvo presente. Me refiero a China. El poder más antiguo del mundo en existencia, la vasta y antigua China, que no ha escogido el camino de la adaptación al mundo occidental y que Japón ha seguido sin interrupción durante varias décadas. China se ha debilitado; ha dejado de ser una fuerza independiente y virtualmente se la considera entre las grandes potencias como apenas «una esfera de influencia» que cautelosamente podría ser dividida entre los poderosos.

Hace algunos años, un chino devoto a sus viejas y venerables ideas, se refirió a estos desarrollos en términos que no tienen cabida en la política, pero que se ajustan al espíritu del Tao Te Ching. Dijo más o menos lo siguiente: dejemos a los japoneses y a otros países que nos conquisten, que se apoderen de nuestra nación, que nos gobiernen. ¡Dejémoslos! Se podrá ver que somos los más débiles, que podemos ser conquistados, absorbidos. ¡Dejemos que esto suceda, si ése es el destino de China! Pero luego que nos hayan devorado, veremos si son capaces de digerirnos. Podría ser que nuestro gobierno y ejército, administración y finanzas sean japonesas, norteamericanas, inglesas, pero los conquistadores se verán impotentes para cambiar a China, y por lo contrario, ellos serán los conquistados y cambiados por el espíritu de China. Porque China es débil en el arte de la guerra y en la organización política, pero rica en vida, en espíritu y en cultura ancestral.

Recordé a ese gentil chino cuando leí los últimos reportes de Washington. Entonces medité: incluso ahora, aunque China no haya sido subyugada y declina como potencia mundial, ha conquistado una gran parte del Occidente. En los últimos veinte años, la antigua cultura china, apenas conocida por unos cuantos eruditos, ha comenzado a conquistarnos a través de la traducción de sus antiguos libros por la influencia de su ancestral criterio. En los últimos diez años, Lao-Tzu se ha dado a conocer en sus obras traducidas a gran número de idiomas y ha logrado una enorme influencia por toda Europa. Anteriormente, hace veinte años, cuando hablábamos de la «cultura oriental», pensábamos exclusivamente en la India, en los Vedas, en Buda y Bhagavad-Gita. Ahora, cuando nos referimos a la cultura asiática, pensamos de igual modo y quizás más en China, en el arte chino, en Lao-Tzu, en Chuang-Tzu o en Li Po, y resulta que cuando nosotros los europeos pensamos en la vieja China, especialmente en el taoísmo primitivo, lejos de ser una exótica curiosidad nos facilita una corroboración significativa de nuestro propio modo de pensar, un medio muy valioso de ayuda y reflexiones. No es que de estos textos antiguos logremos un concepto nuevo y redentor de la vida, que

abandonemos nuestra cultura occidental y nos convirtamos en chinos, pero en los chinos antiguos, especialmente en Lao-Tzu, encontramos modelos del modo de pensar que hemos descartado, un reconocimiento y forma de cultivar energías, que por otras ocupaciones, hemos olvidado.

¡Cuando me dirijo al rincón de la biblioteca con obras chinas, lo encuentro tan ameno y tan pacífico! ¡Hay ahí tanta sabiduría y tantos conceptos tan oportunos! Durante los años de esta última guerra tan terrible, encontré ahí pensamientos consoladores y que revivieron mi espíritu...

En un libro de notas, encontré un mensaje de Yang Chu, que decía:

«La actitud del hombre hacia la vida, debe ser como la de un patrón a su sirviente, bajo las siguientes máximas de las Cuatro Dependencias:

La mayoría de los hombres dependen de cuatro cosas que anhelan con fervor: larga vida, fama, títulos o rango, dinero y posesiones.

Es por este incesante deseo de esas cuatro cosas que el hombre tiene temor a los demonios y entre uno y otro hombre, y así teme al poderoso y al castigo. Todo estado está edificado sobre estos cuatro temores y dependencias.

Los hombres que son presa de estas cuatro dependencias viven en estado de locura. Pueden ser asesinados o permitírseles que vivan; en cualquiera de los dos casos, el destino les llega del exterior.

Sin embargo, el hombre que ama su destino y vive por él, no le importa tener una larga vida, fama, títulos o rango...

Esos hombres llevan la paz dentro de ellos mismos. Nada en el mundo los arredra, o les puede ser hostil. Soportan su destino dentro de su propio ser...».

LA CRISIS MUNDIAL Y OBRAS AL RESPECTO

(Respuestas a un cuestionario)

1937

Por supuesto que hay cierto número de obras buenas y bellas que quisiera se leyeran ampliamente. Pero los libros de los que se espera que nos pinten un mundo mejor y un futuro más agradable no existen. Me temo que nuestra crisis actual, aunque no sea el fin de nuestra civilización, se caracterice de igual modo y que junto con muchas otras cosas hermosas que apreciamos, porque muchos libros habrán de desaparecer. Ideas que antes fueron conceptuadas como sagradas, que un pequeño número de seres espirituales todavía tienen en gran valía y viven al margen de sus conceptos, quizás mañana queden descartadas y olvidadas todas, menos un núcleo indestructible que debe servir como levadura de cualquier renovación. Mientras exista el hombre, ese núcleo jamás se perderá, es la eterna posesión del hombre...

Esta suprema propiedad de la humanidad ha dejado su huella en muchas formas e idiomas: La Biblia y los libros sagrados de la antigua China, la Vedanta de los indostanos y varios otros textos y colecciones de libros que encierran lo poco que el hombre ha podido aprender hasta nuestros días. Estas reflexiones no están exentas de ambigüedades; no son eternas, pero contienen la herencia espiritual de nuestra historia. Toda la demás literatura emana de esos textos y no existiría sin ellos: por ejemplo, toda la literatura cristiana hasta el Dante y nuestros días, proviene del Nuevo Testamento y si se perdiera el total de esta literatura, pero se preservara el Nuevo Testamento, de cuando en cuando brotarían obras literarias similares de esa fuente. Hay solamente unas cuantas «obras sagradas» de la humanidad que tengan este poder creador; son las únicas que sobreviven a los milenios y a las crisis. Lo consolador es que su dispersión no es de capital importancia. No se necesita que existan millones de seres que las tengan a mano, o que sean influenciados por ellas, basta con que unos cuantos posean esta clase de libros sagrados, sólo unos cuantos será suficiente.

PÁGINA DE UN LIBRO DE NOTAS

1940

En su diario, Julián Green escribe que no capta en forma alguna el ateísmo; tal parece que nunca ha dudado de la existencia de Dios. Entre todas sus reveladoras declaraciones incluidas en dicho diario, tan rico y extraordinario, yo creo que ésta es la más importante.

Hay algunos lectores de las obras de Julián Green que se desconciertan por esta fe absoluta en Dios, pero que sostienen que se contradice en sus novelas. Estos lectores encuentran sus novelas hermosas en cierto modo, o por lo menos interesantes, pero en el fondo las tachan de «negativas», es decir, destructivas, derrotistas, escépticas y enfermizas, porque el autor no deja de hacer trizas la realidad y dudar de todo, no solamente de lo convencional sino de la realidad de los fenómenos en general.

Yo no encuentro tal contradicción. Al contrario, la fe en Dios de Green y su incredulidad en el mundo son complementarias. Green cree en Dios; para él Dios es lo substancial y lo real en consecuencia. El mundo en que el creyente vegeta, la materialidad que lo rodea, es lo que lo separa de Dios. Es lo que lo aparta de Dios como una habitación que se cierra al paso del aire y del sol. Ésta es la razón por la cual el mundo no tiene nada que le interese, que lo fascine tanto como las fallas que se aprecian en la realidad. Estas fallas tienen intersticios o grietas por las cuales el ojo puede percibir a Dios. Cuando Green se apega a estas rendijas y fallas del mundo, lo que lo anima no son esos defectos, esos desechos, sino lo que hay detrás de ellos: Dios.

TOMADO DE UNA CARTA

Con la presente incluyo el último boceto de un nuevo poema. Excepto las tareas mecánicas rutinarias del día, no he hecho nada en las últimas semanas sino tratar de redondearlo. Ha pasado por ocho o nueve etapas intermedias, pero ahora lo dejaré tal como está. Es algo verdaderamente extraño: mientras la mitad del mundo se apresta con armas y trincheras, se activan los astilleros y las fábricas, con el fin de reducir al mundo en polvo y astillas, yo he pasado todos estos días tratando de corregir mi pequeño poema.

Primero, quisiera explicarlo. En un principio, el poema constaba de cuatro estrofas y ahora sólo quedan tres. Confío en que esto lo simplifique y debo advertir que nada se ha perdido. El Cuarto renglón de la primera estrofa me molestó desde un principio; obviamente era algo preliminar. Hice varias copias para mis amigos y nunca quedé satisfecho, me pareció inadecuado, no rimaba con el poema en sí. Finalmente, entre mis amigos que lo leyeron hubo uno cuya particular sensibilidad lo obligó a manifestar su inconformidad; me escribió sobre el particular y yo estuve de acuerdo. Entonces me propuse revisarlo línea por línea y palabra por palabra para excluir lo superfluo.

En estos casos uno se pregunta cuál es el premio a tan ardua labor. Nueve de diez de mis lectores, quizá más de las nueve décimas de los mismos no son capaces de distinguir entre una y otra versiones. Sin embargo, hace treinta años, recordé que uno de mis lectores inquirió sobre el texto de un corto poema. Lo había leído en una revista, cuyo nombre olvidaba, pero había memorizado casi

todo el poema, excepto uno de los renglones. Consulté el manuscrito, y ese renglón era el más flojo, al grado que yo le había puesto una interrogación al margen de la línea.

Sea como fuera, la mayoría de mis lectores no podrían darse cuenta del trabajo que me cuesta revisar mis versos, si es que lo notan. Independientemente de que el poema sea bueno o malo, la revista que lo publique me pagará lo, acostumbrado, una suma equivalente más o menos a un día de trabajo de un obrero especializado. Ante los ojos de la generalidad, mi empeño en mejorar este poema parecerá un absurdo, una pérdida de tiempo. Se podrá preguntar el lector, por qué invierte el poeta tanto tiempo y esfuerzo en unos cuantos versos.

Uno puede replicar como sigue: efectivamente, ese trabajo puede ser tiempo perdido, porque no se puede saber si alguno de los poemas escritos sobreviva al autor o a su época. Sin embargo, ese individuo, que no pretende que lo tomen muy en serio, ha hecho algo mejor, más apreciable y menos dañino de lo que la gente hace hoy en día. Es verdad que ha manipulado palabras y las ha puesto en verso, pero no se ha puesto a disparar un fusil o arrojar una bomba, ni ha soltado gases venenosos, ni fabricado armas o hundido naves.

Otra respuesta sería la de que al escoger palabras y dejarlas escritas para un mundo que podrá ser destruido mañana, el poeta hace lo mismo que las anémonas, velloritas y otras flores que florecen en nuestras praderas. Probablemente la pradera quedará hecha pedazos por la metralla o ahogada por gases deletéreos, o bien los soldados cavarán trincheras y pondrán alambre de púas por ahí. Pero las flores no se preocupan por tales eventualidades. Laboriosamente echan sus pétalos y forman su cáliz ordenadamente y con natural precisión. Ésa podía ser una respuesta, pero excepto por el poeta mismo, nadie se pregunta el por qué.

FIN DEL DIARIO

Agosto 1945

De vez en cuando el correo nos trae una grata sorpresa. Ayer tuve una: un paquete con cartas de Alemania. Alguna persona de Stuttgart llegó a Suiza y trajo consigo unas cartas para mí de varios amigos míos en Suabia. Las hizo llegar a mi casa y prometió llevar la respuesta a su regreso. No eran cartas ordinarias de tal o cual persona extraña, sino comunicaciones esperadas con ansiedad de mis amigos. No incluían nada nuevo sobre los asuntos que más me preocupaban en Alemania, pero en ellas encontré por primera vez que un grupo de intelectuales me refirió sus experiencias y opiniones desde el colapso. No necesito decir que ninguno de mis amigos llegó a respaldar o contribuir al Nacional Socialismo; habían advertido el peligro desde un principio y fueron testigos del crecimiento del poder de Hitler con profunda alarma. Muchos de ellos habían soportado sufrimientos y hecho grandes sacrificios; perdieron sus trabajos y fueron puestos en prisión. Durante muchos años había observado, con gran claridad pero con impotencia cómo el mal y la malignidad se hacían cada vez más monstruosos. Desde el principio de la contienda habían esperado con dolor de su corazón la derrota de su pueblo y muchas veces quisieron morir. La historia de este sector de la población alemana no ha sido escrita aún. Muy pocas personas fuera de Alemania reconocen siquiera su existencia. Varios de mis correspondientes eran con anterioridad liberales o demócratas del sur de Alemania, otros eran católicos y muchos de ellos eran socialistas.

Estos intelectuales, cuyo sufrimiento —en mi opinión— los ha convertido en la gente más madura y sabia de la Europa actual, se empeñaron, algunos consciente y deliberadamente, otros inconsciente pero instintivamente, en separarse de todo aquello relacionado con el Nacional Socialismo. En su indescriptible miseria, los combatientes de Francia e Italia, los hambrientos holandeses o griegos, los cruelmente castigados polacos, incluso los judíos que vieron a sus hermanos de raza ser torturados y asesinados por cientos de miles, todos estos pueblos tenían una ventaja: la solidaridad. Esto les fue negado a los oponentes y víctimas de Hitler en el interior de Alemania, con excepción de los que se habían organizado antes de 1933, y casi todos ellos fueron eliminados o reclusos en el infierno de las prisiones o campos de concentración. Quedó solamente una minoría no organizada de hombres razonables y bien intencionados. Este pequeño grupo fue hostigado cada vez más por los soplones e informadores; vivieron en una atmósfera envenenada por mentiras, rodeados de gente infectada —y para ellos incomprensible— de un maligno frenesí. Yo creo que la mayoría de los que lograron sobrevivir esa pesadilla de doce años quedó deshecha e incapaz de tomar parte activa en la reconstrucción de Alemania. Sin embargo, estimo que puede hacer una gran contribución en el despertar moral y espiritual de su gente, que hasta la fecha no han siquiera empezado a darse cuenta de lo que ha sucedido ni a su parte de responsabilidad en el desastre. Como fuerte contraste a ésta apatía de la gente en general, la conciencia de estos hombres, que nunca dejó de estar alerta, ha venido a ser como una llaga sensible; hombres como éstos son los que están preparados para dilucidar sobre la culpabilidad nacional.

Todas las comunicaciones de estos buenos y genuinos alemanes tienen algo en común: una viva

reacción contra el tono de los sermones moralizadores que ahora, aunque un poco tarde, se dirigen a los alemanes por parte de los pueblos democráticos. En forma compendiada con efectividad, algunos de estos artículos y panfletos, entre ellos el ensayo de C. G. Jung «Collective Guilt» (Culpa Colectiva), se distribuyen en Alemania por las fuerzas de ocupación. El único sector del pueblo alemán dispuesto a leer esos artículos en la actualidad, ha reaccionado con alarmante susceptibilidad. Es indudable que los sermones están bien, pero infortunadamente no llegan al pueblo alemán, sino sólo al sector mejor y más noble, cuya conciencia hace tiempo ha estado bien alerta.

No puedo defender estos artículos a mis amigos Suabios, a los que yo llamo sermones. No lo intentaré. En concreto, nada tengo que decirles. ¿Qué puede decirles un individuo que vive en una casa que no ha sido bombardeada y que come todos los días, que ha participado de las dificultades durante los últimos diez años, pero que no ha sido amenazado con violencia, a la gente que ha pasado por toda clase de sufrimientos? Sin embargo, hay un punto en el que creo poder aconsejar a mis amigos allende la frontera. Pueden ser muy superiores a mí en todo sentido, pero hay algo en que mi experiencia es anterior. Yo rompí con el nacionalismo, toda clase de nacionalismo, hace muchos años, no bajo Hitler ni bajo el impacto del bombardeo aéreo de los Aliados, sino de 1914 a 1918, y desde entonces, repetidamente he confirmado mi oposición al nacionalismo. Consecuentemente, puedo decir a mis amigos lo siguiente: La única cosa que no puedo entender en vuestra correspondencia es la indignación contra ciertos artículos que pretenden hacer ver a vuestra gente su culpabilidad. Esto me incita a decir en alta voz: no alienéis el pequeño bien que el colapso os ha traído... En 1918 se logró una República en lugar de una monarquía autócrata; y ahora en medio de esta miseria general se presenta otra oportunidad, oportunidad de participar en un nuevo episodio del progreso del hombre hacia el humanitarismo. En esto lleváis ventaja sobre los vencedores y neutrales; podéis ver a través de la locura de todo nacionalismo; en el fondo de vuestros corazones hace tiempo que lo odiáis, y estáis en condiciones de libertaros de él. Lo habéis logrado en buen grado, pero no en forma radical. Porque cuando completéis este proceso entre vosotros, tendréis cosas muy diferentes que decir acerca del pueblo alemán y sobre la culpabilidad colectiva. Estaréis en condiciones de leer o de escuchar cualquier declaración insultante o provocativa contra toda una nación sin sentir que vosotros hayáis sido insultados o provocados. Y vosotros, por pocos que seáis, seréis superiores en valor humano para vuestro pueblo y para todos los demás pueblos; estaréis a un paso más de Tao.

DISCURSO DESPUÉS DE MEDIA NOCHE

1946

Queridos amigos:

Comienza un nuevo año con promesas y peligros desconocidos para nosotros, y aun cuando esta hora de media noche no signifique algo más que cualquiera otra hora en nuestras vidas, la celebramos como ocasión festiva, solemnemente, y en esto hacemos bien, porque para nuestras vidas inquietas y empobrecidas, cualquier oportunidad, por breve que sea, de apartarnos un poco y meditar sobre la vida rutinaria, sobre el pasado y el futuro, hacer un balance y examinar la situación del mundo y la nuestra, es una bendición. Simplemente reflexionar, dentro de nuestra congoja o con brava alegría, sobre el curso del tiempo, lo trascendental de nuestra existencia y empresas, representa una especie de purificación y una prueba también. Es como tener en la mano una varilla de afinación dentro de la confusión reinante; su nota implacable y clara nos señala el grado en que nos hemos desviado interiormente de lo que debe ser, de nuestro propio sitio armónico en el mundo. Es siempre beneficioso dar este toque de afinación. Es adecuado incluso cuando hiere nuestro orgullo y nos causa vergüenza.

Esta bienvenida al Nuevo Año, sin mácula todavía, me parece que tiene un significado especial e importante. Después de años de carnicerías y destrucciones, este año es el primero sin el terror de la guerra, año libre ya de tormentos y muerte, en el que ya no escuchamos el ruido del cañón, de las máquinas de destrucción sobre nuestras cabezas para cumplir sus letales misiones. Es verdad que apenas podemos murmurar la palabra «paz»; es cierto que todavía desconfiamos de este silencio al que no estamos acostumbrados; pero nuestra desconfianza y angustia respecto a la fragilidad de esta paz y de toda clase de paz, nos ayudará a festejar esta hermosa y temible hora para echar una mirada retrospectiva al mundo y a nosotros mismos.

Estos últimos años no han sido años ordinarios para nosotros; una vez más nos acostumbramos a vivir no vida humana, sino la «historia», y una vez más, como después de los así llamados «grandes días», la historia nos deja con una sensación de horror y de disgusto. ¡Qué gloriosa y prometedora sonaba la palabra «historia» en nuestros oídos cuando éramos estudiantes, cuántas veces como niños anhelábamos ser testigos y participar en esa esplendorosa historia que conocíamos sólo en los libros y cuadros. La amarga experiencia nos ha enseñado que la verdadera historia no es la de los libros de la escuela, que no es una serie de grandes hazañas, sino un océano de penalidades. Qué cansados estamos de todos esos grandes hechos, de esa inundación diaria de despachos, de las grandes batallas marítimas, terrestres y aéreas de todos los tiempos, de la absurda competencia mundial por el terror!

Pero la historia es muy semejante a la vida humana en general. Así como hemos aprendido a considerar como la mejor esa época histórica en la cual la historia apenas aparece, así cada uno de nosotros en nuestra vida privada, gradualmente ha aprendido a preferir los tiempos callados y armoniosos a las épocas de tumulto, y valorizamos los tiempos sobre la base no sólo filosófica, sino simplemente por nuestro bienestar personal. Esta actitud es banal y antiheroica, pero hay que decir al

respecto: por lo menos es honesta.

¿Podríamos decir, entonces, que nuestra vida es más feliz mientras menos cosas suceden, que el mundo es mejor cuando no tiene historia, sino que meramente existe? Tal concepto nos es repelente, nos parece tan trivial y corriente; no, no podemos aceptarlo. Pero del fondo de pliegues internos que hace tanto tiempo no visitamos, nuestra memoria nos recuerda ciertos versos, ciertas máximas de sabiduría, tales como la observación de Goethe que nada es tan difícil de sobrellevar que una sucesión de días felices. Es algo triste cuando anhelamos fervientemente días agradables. Pero Goethe tenía razón: el hombre anhela la felicidad pero no la puede soportar por mucho tiempo. Así es la vida individual: la felicidad lo cansa y lo hace perezoso; después de un lapso, cesa de ser felicidad. La felicidad es una bella flor, pero se marchita rápidamente. Quizás eso también sea cierto en la historia, probablemente los pocos breves períodos que nos parecen bien armonizados y envidiables, tengan que ser pagados con miseria, sangre y lágrimas.

¿Qué es por tanto lo que debemos desear si la única alternativa está en el infierno de una vida heroica y la banalidad de una existencia sin historia?

¿Qué es lo que debemos anhelar? He ahí una cuestión que podemos ponderar por largo tiempo y no encontrar respuesta. Por otra parte, hay que pensar que la pregunta está mal formulada, o más bien que se trata de algo vano e infantil. La larga conmoción de la guerra parece habernos llevado a una niñez primitiva; hace tiempo que olvidamos lo que los grandes maestros de la humanidad descubrieron y nos enseñaron. Durante miles de años nos han enseñado la misma cosa, y cualquier teólogo o humanista nos puede explicar con palabras sencillas de lo que se trata, independientemente de si se inclina más a Sócrates o hacia Lao-Tzu, hacia el sonriente e insufrible Buda o a nuestro Salvador con su corona de espinas. Todos ellos, y de hecho todo hombre con perspicacia, todo individuo alerta e ilustrado, todo verdadero conocedor y maestro de la humanidad, nos han enseñado lo mismo. A saber: que el hombre no debe anhelar grandezas o felicidad, heroísmo o una dulce paz, que no debe desear otra cosa sino su pureza de alma, una mente despierta, un bravo corazón y una fiel y comprensible paciencia que lo ayuden a soportar la felicidad junto con el sufrimiento, la conmoción tanto como el silencio.

Procuremos desear estos buenos dones. Todos tienen la misma fuente. Todos vienen de Dios, y no son sino la chispa divina en cada uno de nosotros. No percibimos esa chispa todos los días, y pasa largo tiempo sin que la notemos; la olvidamos, pero un solo instante nos la vuelve a presentar, un momento de terror y desesperación o un instante de benigna quietud. Tal como atisbar en el misterio de una flor o en la pura mirada de un niño o el sonido de unos compases de música. En esos momentos, instantes de intensa pena o extrema quietud, cada uno de nosotros sabe, aun cuando no lo pueda expresar con palabras, el secreto del conocimiento y toda la felicidad, el secreto de la unidad. El único Dios vive en nosotros, toda parcela de tierra es nuestro hogar, todo hombre es nuestro hermano; ése es el conocimiento al que volvemos cuando nos invade la aflicción o el dulce embeleso, y mueve nuestro corazón al amor. Este conocimiento de divina unidad denuncia toda separación de razas, naciones, ricos y pobres, religiones y partidos como un engaño y una trampa.

Ojalá que esta paz interior llegue a todos los hombres: a los que a esta hora se meten en su lecho en una casa segura y a los que viven en la miseria sin casa ni abrigo. La deseamos para los vencedores para que su triunfo no los ciegue o los haga orgullosos, y para los vencidos para que no

se agiten contra el sufrimiento que les ha sido enviado y lo deseen para los otros, con el fin de que puedan aprender a soportarlo y escuchar la voz de Dios en su corazón.

Solamente unos cuantos santos entre los hombres son capaces de vivir largo tiempo en paz y bienaventuranza; el resto de nosotros no podemos hacerlo. Mas todo esto lo sabemos y con frecuencia nos hemos avergonzado de ello. Pero una vez que nos demos cuenta de que el único camino hacia una más digna y noble humanidad es el que nos conduce por medio de la unidad, a través de la siempre renovada perspicacia de que todos los hombres somos hermanos y que tenemos un origen divino, una vez que quedemos realmente heridos y despertemos a este relámpago de luz, jamás volveremos a dormir por completo, y sobre todo no volveremos a recaer en ese estado de ánimo de pesadilla que nos mueve a la guerra, persecución racial y lucha fratricida entre los hombres.

Año tras año hemos sido testigos de un insoportable horror, y otros, menos favorecidos que nosotros han sufrido, unos aquí, otros allá, y siguen sufriendo tormentos de alma y cuerpo. Entre sangre y lágrimas, muchos han propalado opiniones y clasificaciones por medio de las cuales el hombre común y corriente ordena su mundo en la buena época. Muchos han despertado, muchos han sido aguijoneados por su conciencia, muchos han jurado: si logro sobrevivir todo esto, me convertiré en un hombre diferente y mejor. Hoy como siempre, éstos son los *homines bonae voluntatis*, los hombres de buena voluntad; para ellos se les ha mostrado un fragmento de la historia del mundo, de su misterio; ellos solos y no cualesquiera naciones, clases, ligas u organizaciones, son los que tienen el poder secreto de la fe.

Una vez, durante una noche de insomnio por haber sabido las atrocidades perpetradas por Hitler, por primera vez, escribí un poema como desafío al horror y como profesión de mi fe. Leedlo a continuación:

*Es para nosotros, hermanos errantes
Que el amor sea posible en medio de la discordia.
Sin enjuiciar y sin odios
Sino un amor paciente,
Y la bondadosa paciencia
Nos acerca a nuestra meta...*

CARTA A ADELA

1946

Querida Adis:

Aquí me tienes otra vez escribiéndote. Por tu bien y por el mío, por el tuyo porque estás enferma, por el mío porque en esta soledad —una soledad que no puedes concebir— de mi existencia aquí en nuestra colina, siento constantemente la necesidad de confiar en alguien que estoy seguro me comprenderá y que no abusaría de mi confianza. En realidad, no vivo solo, tengo a Ninon, mi fiel camarada, pero a veces el día es largo y ella, como ama de casa tiene muchas cosas que atender, aunque por las noches la tengo ocupada conmigo jugando al ajedrez o leyéndome algo.

Por eso he decidido escribirte esta mañana, para saludarte y recordarte un poco sobre los viejos tiempos. Pero no es fácil. No he tenido noticias tuyas durante algún tiempo; solamente sé que no has estado bien, que necesitas cuidados y descanso que no te pueden dar en casa. No sé si vives todavía, pequeña hermanita, y aunque lo supiera, te puedo imaginar, pero no tu vida, el lugar donde vives, tu cuarto, tu día. Todavía tienes un lugar para vivir, lo que para muchos alemanes es una gran fortuna, aunque ese departamento siempre está lleno de gente y visitantes, aquí, nosotros no podemos imaginar la vida que llevas, lo que piensas y lo que hablas. No podemos imaginar tus alegrías y tristezas —que debes tener ambas— en ese lugar tan remoto, extraño y oscuro, casi en otro planeta en el que el gozo y la pena, el día y la noche, la vida y la muerte tienen otras formas, otro significado que el de aquí. El escenario de tu vida es esa Alemania legendaria, por la que hasta hace poco tiempo temíamos por su crueldad y agresividad y por la cual hoy tememos como lo hacemos por un moribundo o muerto vecino, que tiene una enfermedad desconocida y que en su última hora aparece menos terrible que cuando vivía. No he sabido nada de tus propósitos en la vida, de los vestidos que usas, de los manteles en tu mesa, tazas y vajilla; no puedo saber qué tan cerca de tu ventana el horror se asoma; sobre las casas demolidas, las calles y jardines destruidos. No sé nada sobre la parte que todo eso envuelve tu vida diaria, o a qué grado han cicatrizado las heridas o curadas por el nuevo crecimiento.

No puedo menos que pensar que ustedes tampoco imaginan cómo vivimos. Quizás supongas que es algo semejante a la vida que llevabas antes de la guerra, o antes de Hitler. La cuestión es que nosotros nos hemos salvado, que no hemos sufrido, que nada hemos perdido ni nos hemos sacrificado. Tanto ustedes como las fuerzas enemigas victoriosas consideran que nosotros los neutrales hemos sido bendecidos por la buena fortuna, inmerecida; nada nos ha pasado, hemos tenido y conservamos un techo como abrigo y nuestra taza de sopa diaria. Cuando tú piensas en mi aldea y mi casa, seguramente te imaginas una isla de paz, un pequeño paraíso. Pero nosotros nos sentimos pobres, frustrados y que nos han quitado las cosas mejores en la vida. En respuesta a un artículo de la prensa suiza, uno de nuestros amigos alemanes llegó a calificarnos de «tragones de galletas», y un bien conocido reeducador de vuestro pueblo me hace saber que un hombre como yo, que pasó el período de Hitler y de la guerra en la soleada aldea pacífica de Tessin, no tiene derecho a comentar sobre la situación germana actual. Estoy conforme. Nunca he pretendido ni pretenderé ser un oráculo

en Alemania, pero esto muestra lo que el mundo piensa de nosotros. Gozamos del sol de Tessin y comemos galletas, he ahí una idea simplista de nuestra compleja existencia en estos años. El hecho de que mucho antes de que los Estados Unidos de Norteamérica se apercibiera de las consecuencias contra Hitler, nuestros hijos portaban uniforme año tras año, que el trabajo de toda mi vida fuera destruido por Hitler y los bombardeos aéreos y que mi mujer y mis parientes fueran destinados a morir por gases venenosos en los campos de concentración de Himmler, cosas que ante los ojos de la gente endurecida por los rigores de la guerra y la miseria, no valen la pena de mencionarlas. En concreto, desde cualquier ángulo que esto se vea, existe un golfo entre nosotros y el mundo fuera de nuestras fronteras. Nos hemos convertido en extranjeros, no podemos comprendemos unos a otros.

La única forma que puedo usar para cruzar este puente y de hablarte sin restricciones, bajo una máscara es volver la espalda al presente y evocar nuestros mutuos afectos y posesiones. En el momento en que lo hago, todo queda en su lugar. Tú eres Adis y yo soy Hermann, no soy un suizo ni tú eres una alemana, no hay límite de fronteras entre Hitler y nosotros; aun cuando tú no puedes visualizar la existencia que llevo ni yo la tuya, todo lo que tenemos que hacer en medio de tantos recuerdos es mencionar el nombre de uno de nuestros familiares, un vecino, una costurera, una sirvienta, o bien una calle, un arroyuelo, un jardín, y las imágenes que radian paz, belleza y fuerza existencial de que carecen las actuales representaciones tan borrosas de nuestra vida.

Si esta carta te llega o no, de cualquier manera siento haber negociado la brecha y superado todo desvío entre nosotros. Ahora te puedo hablar durante una hora y llevarte un recuerdo mío y de esas imágenes que parecen diluirse en la lejanía, en un pasado irrecuperable, pero que aún se pueden conjurar con todo su esplendor. No obstante que apenas te puedo ubicar en la Alemania actual, en la casa en que hoy vives y entre su mobiliario, sí te puedo ver al instante cuando pienso de la casa en Müllerweg en Basel y en el nogal que había en el jardín, o en tu casa en Calw donde podíamos trepar tantas escaleras para llegar justo bajo el techo al mismo nivel que el jardín del montículo, o bien en el camino a Möttlingen, donde nuestras familias se conocían desde tiempo inmemorial, del excelente Blumhardt y de los días llenos de sol en el verano, cuando nosotros dos cruzamos los sembradíos llenos de flores, de amapolas, y por entre los largos tramos de matorrales secos llenos de cardos plateados. Si estuvieras aquí y pudiéramos conversar un poco, podríamos conjurar cientos de imágenes de todos esos lugares, que a pesar de todo son tan incontables como las flores en la pradera. Flores que podemos recoger y que nos traerían la inefable leyenda de nuestra niñez y que nos harían ver una vez más ese mundo que nos vio crecer y que nos nutrió, el mundo de nuestros parientes y antepasados, el mundo que era tanto alemán como cristiano, a la vez Suabio como internacional, el mundo en que todas las almas, cristiana o no, pregonaba la igualdad y en el que ningún judío, negro o indostano o chino se rechazaba como extranjero. Por medio de la labor de misioneros de nuestros padres y abuelos, nuestros hermanos de diferente tez tenían un sitio especial en nuestros pensamientos. Llegamos a saber mucho acerca de sus países y logramos convivir con los que nos visitaron en Europa. Cuando mi abuelo recibió visitantes de la India o de los occidentales que regresaban a esas latitudes, pudimos escuchar versos en sánscrito y expresiones y frases en la lengua de la India contemporánea. En nuestra propia casa, el ambiente estuvo siempre libre de toda sugerencia de nacionalidad, y menos aún de socialismo. Tuvimos un abuelo Suabio y una abuela francosuiza; nuestro padre provenía de una familia báltica germana; el mayor de nosotros, nacido en

la India, era un inglés; el segundo, que terminaría sus estudios en Suabia, era un ciudadano naturalizado de Wurttemberg. Los demás éramos ciudadanos de Basel, lugar donde mi padre se había naturalizado. Todas estas circunstancias no fueron motivo para un permanente e ineludible nacionalismo, pero sí influyeron en el caso. Pero es bueno saber para ambos que ante todo este bullicio nacionalista en el mundo, la simple memoria de nuestra niñez y orígenes nos hace inmunes a esas locuras. Ante mis ojos nunca has sido una «alemana», como ante los tuyos no soy un «tragón de galletas».

El verano anterior, con la ayuda de Ninon, preparé un libro con los mejores poemas seleccionados, el tercero en veinte años. Fue publicado en una edición atractiva y a bajo precio. En la página siguiente al título hay una inscripción: Dedicado a mi hermana Adela. Todavía no lo has visto, pero lo recibirás con la presente, y así podrás ver que por lo menos al escribirlo —recordando los años pasados— pensé en ti y sentí tu presencia a mi lado. También logré que se volviera a publicar mi obra *Schön is die Jugend* (Juventud, hermosa juventud) en una edición barata. Entre mis primeros ensayos escritos antes de la guerra y conmociones, creo que fue tu favorita y la mía, porque es una fiel semblanza de nuestra niñez, de la casa donde crecimos y de nuestro país como antes era. Pero entonces, cuando escribí esa historia, no sabía nada del mundo en que habíamos crecido, en el que nos formamos, como ahora lo conozco. Era un mundo de diferencia de castas protestantes y católicas, pero con perspectivas y vínculos en toda la tierra, era un mundo armónico, sano; un mundo sin grietas ni cubierto de velos fantasmales, un mundo humano y cristiano, en el que el bosque y el río, el venado y la zorra, los vecinos y parientes, lo integraban y tenían cabida tan naturalmente como los festejos de la Navidad y la Pascua, el latín y el griego, Goethe, Matías Claudio y Eichendorff. Era un mundo rico y variado, pero bien ordenado; tenía un centro, y era tan nuestro como el aire y la luz del sol. La lluvia y el viento. ¿Quién hubiera pensado, antes que la guerra y los demonios nos lo hicieran ver, que el mundo estuviera enfermo bajo una costra letal, bajo un cierto virus leproso de irrealidad, un mundo nebuloso y al borde de la locura, que nos sería arrebatado por completo, y que nos dejaría en su lugar un antro indescriptible e insustancial como el de ahora?

Sin embargo, podemos volver a él de algún modo, columbrar la imagen de ese ambiente íntegro, ordenado y sano, y esto, no el hecho de que todavía podemos caminar con nuestras piernas y usar los brazos, que podemos comer y tener un techo de abrigo, eso es nuestro tesoro y nuestra buena fortuna. Tenemos algo que nuestros hijos y nietos ya no tienen, o de lo cual sólo tienen un velado reflejo: un universo divino, noble y bien conformado en el cual nos podemos refugiar, en el que a pesar de estar tan separados nos podemos reunir y convivir una vez más en armonía. Aquí, bajo la sombra de nuestros antepasados, del murmullo de los días pasados, me presento contigo, te encuentro joven y alegre y tú me encuentras tan joven como entonces. Podemos pensar en la flor y la cruz de Jerusalén, en el jardín de mamá, en el fragante aroma de sándalo del armario y percibir las volutas de humo de la pipa del abuelo; podemos vernos de reojo y escuchar las campanas de la iglesia, y en la mañana de los domingos, admirar a los músicos del pueblo, cerca del campanario, elevar su coro, coros conocidos de Gerhardt, de Terstegen o de Juan Sebastián Bach. También pensamos en la habitación predilecta, donde se ponía el árbol de Navidad y se adaptaba el pesebre; y en el estrado de los músicos estaban las partituras de los viejos himnos y canciones navideñas, de Silcher y Schubert, de los arreglos para el piano y de los oratorios. Ahí estaba también el viejo busto de Schubert sobre el

aparador del vestíbulo, del Doctor Gotthilf Heinrich Schubert, autor del Simbolismo de los Sueños y la Leyenda de Psiquis, y que había sido amigo de la casa. Cuando había mal tiempo y no podíamos salir al jardín, los huevos de pascua se escondían en el espacioso vestíbulo, adornado con grandes banderolas o en la sala entre los miles de libros en sus anaqueles; los coloridos huevos siempre estaban adornados con listones, ramilletes de hojitas y helechos diminutos tan atractivos. En estas habitaciones, aún después de su muerte, el espíritu del abuelo prevalecía y siempre que celebrábamos la festividad lo recordábamos. En ocasiones le teníamos miedo, pero nunca dejamos de quererlo: ése hombre y sabio mago de la India. Recuerdo un día crítico en mi vida en el que su dulce sonrisa me reanimó y me hizo olvidar mi falta. Tenía catorce años y había cometido un grave delito: me había escapado de la escuela, del Claustro Escolar de Maulbronn. Al día siguiente de mi regreso a casa, me mandaron con el abuelo, no hubo manera de evitarlo. Tuve que reportar lo hecho y esperar su veredicto. Con el corazón en un puño subí hasta su pequeño estudio, llamé y entré; me acerqué al viejo y barbado abuelo que estaba sentado erecto sobre el diván. ¿Y qué es lo que hizo este hombre tan imponente? Me miró con afecto, se dio cuenta de mi susto y palidez, sonrió con aire malicioso y me dijo: Hermann, me informan que has hecho un viaje genial. «Viaje genial», ése fue el término que usó para mi fuga, y por lo que a él concernía el asunto había quedado cerrado.

Todo lo hermoso de nuestra niñez y fructífera vida posterior, ese calor y ternura recibidos viene de ese hogar, del abuelo y de nuestros padres. La gran sabiduría del abuelo, el cariño y extraordinaria imaginación de mamá, la sensibilidad y rectitud de mi padre fue lo que nos moldeó, y aun cuando nunca nos consideramos sus iguales, somos de su estirpe y formados a su imagen; hemos podido conservar parte de su luz en un mundo que se ha oscurecido. No hemos hecho un secreto del culto de nuestros antepasados; tú y yo hemos dedicado unas cuantas palabras y escrito varios renglones a su memoria. Eso no se perderá, aunque nuestros libros se hayan agotado, quemado o destruido. Lo artificial e insustancial pasa con rapidez, los mil años del Reich y otras jactancias vacías se harán ceniza. Todo lo orgánico, sano y substancial permanece. Todo eso se aclara cuando evocamos el recuerdo de los años de pesadilla en la guerra y la dictadura —sombras nada más— con las memorias de la niñez, enteras, concretas y coloridas como la vida misma.

Así es que cuando hagamos a un lado nuestra pobreza y los años transcurridos por una hora, volveremos a ser ricos, a ser el príncipe y la princesa que antes fuimos, cuando llevé a casa las obras de mis poetas favoritos y los cuadros de mis pintores favoritos, en los días de vacaciones. Por supuesto que no podemos hacer esto todo el tiempo; nuestra vida rutinaria es de resignación, somos viejos que no deseamos prolongarla. Imagino que ustedes allá no tendrán gran temor a la muerte y estiman su importancia; en eso y en otros conceptos probablemente nos lleven ventaja.

Con frecuencia tengo ganas de conversar contigo de esto y lo otro, de cosas que yo veo en forma diferente de la mayoría de la gente de hoy. Pienso en individuos que pasaron como un relámpago en la vida y que nadie logró ver. Mientras una docena de lunáticos se pavoneaban como «grandes hombres», esos seres estaban ante nuestros ojos, pero como si no se pudieran percibir; todos los ignoraron como si nada tuvieran que decir. Uno de ellos era mi querido Hugo Ball; ahora, muchos años después de su muerte, se han redescubierto sus libros. Otro de ellos fue Christoph Schrenpf, apreciado solamente entre un pequeño grupo de amigos; su obra —diecisiete volúmenes— sigue en la oscuridad... la gente ha estado tan ocupada en otras cosas y dejan que en lo futuro se le haga

justicia. Prefieren comer migajas de una celebridad oficial que un pan entero de un hombre honrado. Así es, el mundo sigue siendo rico, capaz de tal desperdicio. Sin embargo, yo creo que él y su obra no han sido en vano ni se han perdido, como no se pierde el noble gesto del mártir que muere en una era de horror y de fantasmas. Si algo puede curar el mundo y purificar la humanidad de nuevo, son las acciones y sufrimientos de los que rehusaron doblegarse o venderse, que prefirieron perder su vida antes que su humanitarismo, y entre ellos incluyo a maestros como Schrempf, cuya obra y trabajos no se verán en todo su esplendor hasta algún día lejano. A veces me parece que no queda nada real y genuino en el mundo, ni humanitarismo, ni bondad, ni verdad; pero sí existen y no debemos afiliarnos en la fila de los que los han olvidado.

¡Qué hermoso era el sol de septiembre en esos días festivos de nuestra niñez, cuando comíamos pastel de ciruelas bajo la sombra de los árboles, y los chicos, como Siebenkäs, el abogado de los pobres, le disparaba al águila de madera! Y la belleza de las veredas ocultas en la selva de abetos, con sus helechos y digitales de rojas florecillas. Algunas veces, recuerdo que papá se detenía frente a un blanco abeto, raspaba una vena con su navaja y recogía unas cuantas gotas de resina. Resina que guardaba para aplicarla en alguna herida superficial, o simplemente por el olor. Ese buen hombre, que no se permitió indulgencia ni vicios, era un gran conocedor del aire y de su fragancia natural, del oxígeno y del ozono. Anhele volver a su tumba en el cementerio de Korntal que era tan hermoso; pero en nuestra situación lo mejor será olvidar estos deseos.

Si yo pudiera escribir la clase de cartas que mamá sabía redactar, sabrías bastante de nuestra vida actual. Pero no está en mí, y quizás mi linda madre, tan excelente relatora, también callaría en estos días. Pero no lo creo, ella hubiera resuelto la cosa y puesto orden en el caos de esta vida, hubiera sabido describirla...

Mientras te escribía, el día ha pasado, el pálido azul de la nieve se cierne en la ventana; he encendido la luz y me siento cansado. Uno debe huir del hábito de estar en espera. Pero, en fin, confío en que mi carta te llegue antes de lo normal, y que ésta no sea la última que te escriba.

UNA CARTA A ALEMANIA

1946

Pasa algo extraño con las cartas de vuestro país. Durante meses, una carta de Alemania era un raro y alegre evento para mí. Me traía noticias de un amigo por el cual me preocupaba y del que hacía tiempo no sabía de su vida, que todavía vivía. Al mismo tiempo, me permitía echar una ojeada, vaga e insegura como era de esperar, del país que habla mi idioma, al cual confié el trabajo de toda mi vida, y el que hasta hace unos años me dio el pan y la justificación moral de mis esfuerzos. Esas cartas siempre fueron una sorpresa para mí, se confinaban a cosas de importancia y nada de banalidades; con frecuencia las escribían con gran prisa mientras una ambulancia de la Cruz Roja o algún viajero pasaba por ahí. Algunas venían por rutas peculiares; una carta escrita en Hamburgo, Halle o Nuremberg y confiada a un amigo soldado de regreso a su hogar, se recibía meses después vía Francia o América.

Luego, las misivas se hicieron más frecuentes y extensas; buen número de las mismas provenía de campamentos de prisioneros de guerra en todas partes del mundo, lúgubres pedazos de papel cualquiera, redactados tras las alambradas de púas en Egipto y Siria, en Francia, Italia, Inglaterra o América. Muchas de ellas no me causaban placer alguno y tenía poco deseo de contestarlas. En su mayor parte estaban llenas de quejas, amargas invectivas y críticas desdeñosas sobre todo lo que existe bajo el sol; requerían ayuda imposible e incluso incluían amenazas al mundo de otra nueva guerra. Cierto que había raras excepciones, pero eran pocas. El resto de los amanuenses se referían a las dificultades sufridas y a quejas amargas sobre la injusticia de tan largo cautiverio. Ni una palabra acerca de las penalidades que ellos, como alemanes, habían infligido durante años al mundo. Al leer estas cartas, con frecuencia recordaba una frase del diario de un soldado alemán durante la invasión de Rusia. El autor, un buen sujeto en otros aspectos y en realidad ajeno al nazismo, aceptaba que todos los soldados se preocupaban mucho por tener que morir, pero que tener que matar era simplemente una consideración «táctica». Todos, en general, condenaban a Hitler; ninguno aceptaba parte de la culpa.

Un prisionero en Francia, no muy joven pero ya casado y con hijos, un sujeto bien educado, industrial, con título universitario, me preguntó cual era mi opinión respecto a lo que un hombre bien intencionado, decente, debería haber hecho en la época de Hitler. Un individuo en su posición, argüía, no pudo haber evitado lo que sucedía o bien oponerse a Hitler de algún modo; eso hubiera sido una locura, le hubiera costado sus medios de vida, su libertad y a final de cuentas su vida. Lo único que podía replicar era que la devastación de Rusia y Polonia, el sitio de Stalingrado, y la demencia de mantenerlo hasta el amargo final, debieron implicar ciertos peligros, pero que los soldados alemanes se habían arrojado a dichos peligros con gran desenfado. ¿Y por qué la gente de Alemania no se dio cuenta de Hitler antes de 1933? ¿No se percataron acaso de sus intenciones con el claro evento del Avance de Munich? ¿Por qué, en vez de respaldar y dar vigor a la República Alemana, la única consecuencia satisfactoria de la Primera Guerra Mundial, se unificaron para sabotearla, al votar primero por Hindenburg y luego por Hitler, en la que indudablemente, se hizo

muy peligroso comportarse como un decente ser humano? También les recordé a estos corresponsales, de vez en cuando, que la locura germana no comenzó con Hitler, que el frenético regocijo de la gente respecto al vil ultimátum de Austria a Serbia en el verano de 1914, podría haberle abierto los ojos a varios. Les hice ver los sufrimientos y lucha de Romain Rolland, Stefan Zweig, Frans Masereel, Annette Kolb y los míos que soportamos en esos años. Pero ninguno de los quejosos entró en la discusión, no se interesaba seriamente en ella, ninguno quería realmente aprender o pensar...

Luego recibí una carta de un anciano y venerable sacerdote, desde Alemania, un hombre piadoso que había soportado valerosamente la situación durante los días de Hitler y había sufrido mucho. Acababa de leer mis reflexiones sobre la Primera Guerra Mundial, escritas veinticinco años atrás. Me indicó que como alemán y como cristiano se inclinaba a estar de acuerdo con cada palabra de mi texto, pero que para ser perfectamente sincero, debía señalarme que si esos artículos hubieran llegado a sus manos cuando eran recientes y oportunos, los hubiera desechado con indignación, porque entonces, como todo buen germano, había sido un firme patriota y nacionalista.

Las cartas aumentaron sensiblemente. Ahora que se había restablecido el servicio postal en Alemania, me llueve correspondencia en cantidades mayores de las que puedo leer y atender. Sin embargo, aunque cientos de gentes me escriben, encuentro que hay solamente cinco o seis tipos de cartas. Con excepción de los pocos documentos auténticos, personales y peculiares de estos amargos días —entre los que incluyo la misiva de referencia como una de las mejores— todas estas cartas denotan cierta repetición y actitudes fácilmente interpretables. Consciente o inconscientemente, muchos de sus autores quieren protestar su inocencia, parte para mí, en parte para las autoridades de la censura, y también para ellos mismos; es indudable que unos cuantos de ellos tienen buenas razones para estos esfuerzos.

Por ejemplo, hay todas las viejas amistades que me escribieron durante años, pero que dejaron de hacerlo cuando se dieron cuenta de que me vigilaban y que el intercambio de cartas podría acarrearles graves consecuencias. Ahora me informan que aún están entre los vivos, que siempre han pensado de mí con afecto y que me envidian por tener la fortuna de vivir en el paraíso de Suiza, y que debo saber que ellos jamás simpatizaron con los nazis. Aunque muchos de estos antiguos amigos fueron miembros del partido durante años. También me informan cómo estuvieron a punto de entrar al campo de concentración, y me veo obligado a decirles que los únicos antinazis que tomo en serio son los que pusieron ambos pies en dichos campos, no un pie en alguno de ellos y el otro en el partido. También les recuerdo que durante los años de la guerra, estuvimos esperando que los Camisas Cafés, esos vecinos tan amistosos, se presentaran en cualquier momento en nuestro paraíso suizo, y que aquí mismo, las cárceles y la horca esperaban a aquellos de nosotros que estuviéramos en las Listas Negras. Al mismo tiempo, debo reconocer que los reordenadores de Europa no dejaron de echar el cebo contra las ovejas negras en forma un tanto sutil. En fecha tardía, un bien conocido colega suizo me asombró al invitarme a Zurich, gastos pagados, para discutir mi afiliación con la Liga Europea de Colaboracionistas, que había sido fundado por el ministerio de Rosenberg.

También tenemos a los de alma sencilla, antiguos miembros del Movimiento Juvenil, que me escriben diciendo que se habían unido al partido en 1934 bajo seria lucha interior, y sólo con el propósito de ser un contrapeso a los salvajes y brutales elementos. Y así por el estilo.

Hay otros con complejos individuales. Viven en la penuria, tienen serias preocupaciones, y sin embargo, encuentran papel, tinta y tiempo, así como energía para escribirme largas misivas con expresiones de desprecio por Tomás Mann y su indignación por llevar yo amistad con tal clase de sujeto.

Otro grupo consiste de antiguos colegas y amigos quienes abiertamente y sin reservas respaldaron a Hitler y su triunfal progreso durante todos estos años. Ahora me escriben notas amistosas y conmovedoras, contándome sobre su vida diaria, los daños sufridos por las bombas y los cuidados domésticos, sobre sus hijos y nietos, como si nada hubiera pasado, como si nada se hubiera interpuesto entre nosotros, como si no hubieran ayudado a matar amigos y parientes de mi esposa, que es judía, y desacreditar y destruir el trabajo de mi vida. Ninguno de ellos manifiesta arrepentimiento, que ve las cosas bajo un plano muy diferente, que estuvo engañado. Y ninguno dice que fue y piensa seguir siendo un nazi, que no siente remordimiento, que sigue firme en su puesto. ¡Quisiera ver un nazi que se mantuviera firme en su puesto cuando las cosas se ponen mal! Esa clase de gente me enferma...

Unos cuantos de mis corresponsales esperan que declare mi lealtad a Alemania, que regrese y ayude a reeducar al pueblo. Muchos me piden que eleve mi voz en el mundo exterior, para protestar como neutral y humanitario contra la comisión u omisión de las fuerzas de ocupación. ¡Cómo pueden ser tan ingenuos, tan ignorantes del mundo y de los tiempos que corren, tan conmovedoramente infantiles!

Probablemente no sorprenda lo infantil, maligno y absurdo de esta situación, porque hayan visto ustedes más que yo. Indican haberme escrito una larga carta acerca del estado de ánimo en ese infortunado país, pero que a causa de la censura no ha sido enviada. Bien, he tratado de dar una idea de cómo ocupó la mayor parte de las horas y días, en parte como explicación de por qué pretendo publicar esta carta. Es obvio que no pueda contestar las innumerables misivas que recibo, gran parte de las cuales exigen y esperan lo imposible de mi parte; pero siento que no debo ignorar algunas de ellas. Esta carta la dirijo a los autores que tan amablemente preguntan por mí.

La carta especial a que me refiero no entra en ninguna de estas categorías; no incluye ninguna frase de clisé, y lo más admirable en la Alemania actual, ni una palabra de queja o acusación. Esta buena carta, inteligente y amable me ha hecho mucho bien, y lo que se cita sobre vuestra vida me ha impresionado hondamente. ¡Así es que también fuisteis vigilado, como vuestro fiel amigo, arrojado a la cárcel por la Gestapo e incluso condenado a muerte! Me horroricé al saberlo, especialmente porque mis cartas, a pesar de todas las precauciones, deben haber sido otra nota en contra; sin embargo, las noticias no me sorprenden en realidad. Porque nunca pensé que fuerais uno de los que tienen un pie en el campo de concentración y otro en el partido; nunca dudé de vuestra bravura y conocimiento de causa por vuestra clara inteligencia o de pertenecer al partido, de manera que era obvio el peligro de vuestra situación.

A decir verdad, no tengo mucho que decir a la mayoría de mis corresponsales alemanes. Hay ciertas cosas que son muy similares a las del final de la Primera Guerra Mundial, por lo demás, me estoy haciendo viejo y desconfiado. Así como en la actualidad todos mis amigos alemanes se han unido para condenar a Hitler, así también se unieron en los primeros días de la República Germana para condenar el militarismo, la guerra y la violencia. Todos han fraternizado, un poco tarde pero

efusivamente con nosotros los opositores de la guerra; Gandhi y Rolland fueron venerados casi como santos. El grito de combate entonces era «*Nie wieder Krieg*» (No más guerra). Pero sólo unos cuantos años después, Hitler pudo arriesgarse en su Marcha de Munich. Por tanto, no puedo tomar muy en serio la presente unanimidad para condenar a Hitler; a mi modo de ver las cosas, no ofrece la menor garantía de un cambio político o del corazón, ni siquiera como perspicacia política. Sin embargo, sí tomo en serio, muy en serio, el cambio cordial, la purificación y madurez de esos individuos que en medio de tan vasta miseria, el candente martirio de estos años, los ha llevado al camino de su interior, hacia el corazón de la gente, a los que han aprendido a contemplar la interminable realidad de la vida. Estos Seres Despiertos han sentido, experimentado y sufrido el gran misterio, tanto como yo lo experimenté en los amargos años después de 1914, excepto que ellos lo han soportado bajo presiones mayores, entre crueles sufrimientos, y es indudable que innumerables personas hayan sucumbido en la senda de esta experiencia y la de su despertar, antes de llegar a la madurez.

Detrás de la alambrada de púas de un campo para prisioneros en África, un capitán alemán me escribe haciendo recuerdos de Dostoyevski con su *House of Death* (Casa de la Muerte) y de *Siddharta*, y relata cómo en medio de una vida despiadada que no deja tiempo alguno para un momento de soledad, él trata de buscar la forma de la meditación y para penetrar al fondo de las cosas, aunque «no ha decidido en forma definitiva replegarse de las manifestaciones superficiales de la existencia». Una mujer, que prisionera de la Gestapo, escribe: «La prisión me ha enseñado mucho y las preocupaciones de día tras día ya no me oprimen». Éstas son experiencias positivas, señales de vida verdadera. Podría citar muchas de estas declaraciones si tuviera el tiempo y perspicacia para interiorizarme de estas cartas.

Me preguntáis cómo me siento y vivo; la respuesta es bien fácil de dar. He envejecido y estoy cansado, y la destrucción de mi trabajo iniciado por Hitler y sus secuaces, y completado por las bombas norteamericanas, me han hecho sentir en estos últimos años una gran desilusión y tristeza. Mi consuelo está en una pequeña melodía eventual que se percibe en el sordo rumor, y de que hay horas todavía en las que puedo sumergirme en lo intempestivo. Con el fin de que parte de mi trabajo sobreviva, de cuando en cuando preparo una reimpresión suiza de alguno de mis libros difícil de encontrar durante años; no es sino un simple gesto, porque dichas reimpresiones sólo se pueden obtener en Suiza.

Con la avanzada edad viene la esclerosis y a veces la sangre rehúsa irrigar bien mi cerebro. Pero después de todo, estos males tienen su lado bueno; ya no se reacciona como antes con tanta violencia, deja uno pasar muchas cosas, se vuelve inmune a ciertos golpes y alfilerazos, y parte de lo que se me ha ido pronto quedará completa con mi resto.

Entre las buenas cosas que todavía puedo disfrutar y que me causan placer y compensan el lado oscuro de las circunstancias, son las raras pero innegables señales de que una Alemania auténtica y espiritual persiste. No la busco ni la encuentro entre el tráfago de los actuales fabricantes de cultura y demócratas que pregonan buenos tiempos, pero sí la veo en manifestaciones satisfactorias de determinación, atención a los eventos presentes, valor y buena voluntad, así como en la confianza libre de ilusiones que me señala vuestra carta. La agradezco sinceramente. Habrá que conservar la semilla y mantener la fe con la luz espiritual. Hay muy pocos como vos, pero sois la representación

de la sal de la tierra.

MENSAJE PARA EL BANQUETE DEL PREMIO NOBEL 1946

Al extender mi más cordial y respetuoso saludo, quiero en primer término manifestar mi pesar por no estar entre vosotros y por no poder dar las gracias personalmente. Mi salud siempre ha sido algo precaria y con las penalidades sufridas durante el período del Nacional Socialismo, en el curso del cual el trabajo de mi vida fue destruido en Alemania y tuve que soportar arduas tareas, día tras día, mi salud decayó irremediablemente. Sin embargo, mi espíritu sigue intacto y me siento íntimamente vinculado con vosotros al subrayar el concepto de la Fundación Nobel, con la idea de que la cultura es supranacional e internacional, y bajo la obligación de no servir a la guerra y la destrucción, sino a la paz y la reconciliación. Al honrarme con el Premio Nobel, honráis también al idioma alemán y a la contribución germana en el mundo de la cultura. En esto veo un gesto de conciliación y buena voluntad, una moción para restablecer y ampliar la cooperación cultural entre los pueblos.

Sin embargo, mi ideal no consiste en una uniformidad cultural dentro de la cual las características nacionales quedan veladas. Por todos conceptos, estoy en favor de la diversidad, diferenciación y escalonamiento en nuestra querida tierra. Es algo maravilloso que existan tantas razas y naciones, muchos idiomas, muchas facetas en la mentalidad y perspectivas. Si yo odio y me opongo determinadamente a la guerra, conquistas y anexiones territoriales, es en parte porque destruyen mucho de la individualidad histórica y la diferenciación de la cultura humana. Soy enemigo de los «*grands simplificateurs*» y amo la igualdad, la forma orgánica, lo inimitable. Y así, como vuestro agradecido huésped, estrecho la mano de vuestro país, de Suecia, con su lenguaje y su cultura, su rica y orgullosa historia, y por la energía con la que han logrado preservar y desarrollar su carácter nacional.

Nunca he visitado a Suecia, pero a través de los años he podido recibir varias pruebas de amistad de vuestro país. La primera, que recibí hace aproximadamente cuarenta años, fue un libro sueco, la primera edición de *Christ Legends*, con una dedicatoria de la propia mano de Selma Lagerlöf. En el curso de los años he tenido valiosos intercambios con vuestro país, que ahora culminan con este último obsequio, que me llena de sorpresa y por el cual os doy mis más sinceras gracias.

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO POR RECIBIR EL PREMIO GOETHE 1946

Por medio de estas líneas quiero agradecer a todos los que me han congratulado en ocasión del Premio Goethe. Mis sentimientos y pensamientos al recibir estas felicitaciones eran tan contradictorios que ha sido para mí una tarea dura expresarlos aunque fuera en parte. Ruego a mis amigos que los reciban con indulgencia.

Es indudable que algunos de ustedes se sorprendieran e incluso se disgustaran por haber aceptado este honor, y para decir verdad, mi primera reacción fue la de rechazarlo. Mi reacción inconsciente surgió de consideraciones como las siguientes: la aceptación implicaría una carga excesiva sobre un viejo como yo, abrumado por el trabajo. Más aún, aparecería como una especie de reconciliación con la Alemania oficial, y resultaría grotesco e intrínsecamente falso el aceptar este premio como cierta retribución o convenio con un país cuya bancarrota comparto por segunda vez, con un país al cual confié el trabajo de mi vida y que me fue destruido. No, me dije en este primer impulso, lo que yo pueda razonablemente esperar y exigir de Alemania es mi simple derecho, mi rehabilitación por el deshonor infligido por Goebbels y Rosenberg, la restauración de mi obra o por lo menos parte de la misma, y lo que parecería demasiado simple y obvio, una compensación económica por mi trabajo. Pero la Alemania en cuyas manos estuvo el poder de concederlo, ya no existe. ¡Y habría que considerar lo espinoso y complejo, el doble filo y las dificultades sostenidas con esta gran masa de gente caprichosa y desconcertante, conmigo, desde la Primera Guerra Mundial! Unos cuantos días antes de mi decisión, recibí otro paquete de cartas insultantes de Alemania, y en su conjunto me impresionaron como una expresión adecuada de la relación mía con esta gente cuyo idioma había sido mi instrumento espiritual en casa y cuyo comportamiento político en el mundo siempre había visto con creciente desaprobación desde 1914 y sobre lo cual había comentado muy frecuentemente.

Pero tan pronto como comencé a pensar sobre esta primera reacción, encontré argumentos igualmente viables por otro lado. El premio no se me ofrecía por esa «Alemania» que ya no existía, sino por la buena y democrática gente de la ciudad de Frankfurt con su marcada cultura judía, ciudad que los Hohenzollern habían detestado abiertamente desde las juntas en la Iglesia de San Pablo, así como por un comité que se había comportado honorablemente y con verdadero valor durante la presión del período de Hitler, y que seguramente estaba bien convencido de que al seleccionarme se enemistaría con los del grupo a quien mis cartas de repulsa iban dirigidas, los nacionalistas fanáticos que por el momento han quedado derrotados, pero que por ningún concepto han quedado eliminados del planeta.

Desde luego que no hubiera aceptado este premio si hubiera significado alguna ventaja material para mí. Pero éste no es el caso; el dinero quedará en Alemania y será repartido.

Los premios y los honores no representan ahora lo que significaban en años anteriores. Para el beneficiario no constituyen ni un placer ni una ocasión festiva, ni una merecida recompensa. Son

parte de un conjunto de fenómenos complejos —en gran parte resultante de falsos conceptos— que se conocen como fama, y que se deben aceptar por lo que son: el empeño del mundo oficial para superar su turbación ante la presencia de logros no oficiales. En ambas partes, se trata de un gesto simbólico, una expresión de buena crianza y educación.

El hecho de que este premio lleve el nombre de Goethe imposibilita al receptor para sentirse digno de él. Es dudoso que los anteriores ganadores lo hicieran. Nosotros, criaturas de una era de calamidades, no podemos ponernos al nivel de un Goethe como poeta o de un Goethe como hombre. Sin embargo, sonrío al recordar algunas de sus observaciones sobre el carácter germano, y a veces me parece que si Goethe fuera nuestro contemporáneo, estaría de acuerdo con mi diagnóstico de los dos grandes males en nuestros días. Considero que el estado actual de la humanidad emana de dos desórdenes mentales: la megalomanía de la tecnología y la del nacionalismo, que son las que dan al mundo del presente su imagen representativa. Son los que han sido responsables por dos guerras mundiales y sus consecuencias, y antes de que agoten su furia tendrán aún similares consecuencias.

La resistencia a estos dos males del mundo es ahora la tarea más importante y la justificación del espíritu humano. A esto es lo que he dedicado mi vida, una simple burbuja en el arroyo.

Pero es suficiente en cuanto al aspecto moral. Para nosotros, los viejos, especialmente cuando estamos de malas, el fenómeno moral primario del mundo y sus problemas, es encarar su lobreguez. Pero un niño, un sincero creyente en Dios, un poeta o un filósofo contempla un mundo diferente, un mundo multifacético, con perfiles a veces muy deseables. Y si ahora, aprovechando el privilegio de mis años, me permito moralizar un poco, ruego que no hay que olvidar que mañana o pasado mañana, de este lado o del otro de la tumba, probablemente resulte ser un poeta, un piadoso creyente, o nuevamente una criatura, y el mundo y la historia no me afectarán como problema moral, sino una vez más como un drama divino y eternal...

Y quizás, cuando haya renunciado a su papel activo y director, nuestra enfermiza Europa recuperará su antiguo nivel y se convierta otra vez en el quieto depósito de nobles recuerdos, un asilo de almas en el mismo sentido que mis amigos atribuyen a la mágica palabra: El oriente...

A UN JOVEN COLEGA DEL JAPÓN

1947

Estimado colega:

Tu larga carta de enero, que me llegó en la estación del florecimiento de las cerezas, ha sido la primera salutación que me ha llegado desde tu país, después de años de silencio. Puedo ver por numerosas alusiones que como me dices, tu mensaje de afecto y simpatía proviene de un mundo estremecido por la violencia, un mundo que parece haber caído en el caos. En mi país, en la envidiada «isla de la paz», esperas encontrar todavía un mundo intacto en lo espiritual que acepta la válida jerarquía de los valores humanos. En cierto modo tienes razón. Tu apasionada carta, animada a la vez por la fe y la angustia, fue redactada entre las ruinas de una gran ciudad donde era difícil conseguir papel y sobres. Me fue entregada por una fiel mensajera y la recibí en medio de una casa todavía en pie de mi aldea, y en una época en que todo el valle nos ofrece el florecimiento de los capullos de cerezas y cuando el cuclillo no deja de graznar. Considerando que se trata de una carta de un joven a un anciano, afortunadamente llega a un lugar en el que aún reina la espiritualidad, donde no hay caos y se disfruta de cierto orden y estabilidad. Estos dos últimos no son, desde luego, producto de la situación general del mundo occidental, o de una heredad más o menos preservada respecto a la fe y las costumbres; más bien emana de una tradición que persiste en medio del caos en su insular devenir individualista. Aquí, en este país, hay muchos individuos, gentes todas con un decente respaldo cultural, y por lo general no sufren persecuciones ni son odiados o ridiculizados; antes por lo contrario, se les respeta, sus conciudadanos les tienen afecto y procuran conservarlos en medio de este crepúsculo de valores, justamente como tratan de conservar ciertas especies animales en sus parques zoológicos. Ocasionalmente, incluso se enorgullecen con nosotros y nos sostienen como una pura herencia occidental, herencia que no se puede encontrar en las nuevas potencias como Rusia y los Estados Unidos de Norteamérica. Pero es que nosotros, los viejos poetas y creyentes, y no somos la cabeza o el corazón del mundo occidental, somos simples vestigios de una raza moribunda, que se nos tolera por lo que somos: no tenemos descendencia...

Pero volviendo a tu carta. Hablas de preocupaciones que me parecen superfluas. Indicas cierto grado de indignación porque tus compañeros de estudio, como tú, no me consideran como un héroe y mártir de la verdad, sino meramente como un escritor sentimental del sur de Alemania. Tanto tú como ellos tienen razón y están en un error; no hay motivo para tomar tales manifestaciones en serio. Es decir, no es el caso de corregir los juicios de tus compañeros por lo que a mí respecta, porque justos o no, su criterio no daña a nadie. Por otra parte, mi querido colega, tu propio juicio y evaluación para conmigo requiere cierto escrutinio y corrección, porque esto sí puede ser dañino. Tú no eres simplemente un joven lector que en un momento de ánimo receptivo ha encontrado unos cuantos libros que le gustan, a los que les tiene estima, pero quizás en exceso. Éste es el derecho de todo lector, el de gozar o despreciar una obra; esto no causa ningún daño. Pero tú no eres simplemente un lector entusiasta, eres, según lo que me dices, mi colega, un escritor que inicia su carrera, que ama la verdad y lo bello y que se siente obligado a llevar la luz y la verdad entre los hombres. En mi

opinión, aunque esto es permisible para un lector ingenuo, no lo es para un escritor que empieza, que pretende seguir escribiendo y publicar sus obras. No tiene derecho a venerar sin crítica los libros y autores que por el momento lo impresionan, ni menos aún tomarlos como modelos. Es comprensible que tu predilección por mis libros no constituya un pecado, pero carece de crítica y en el fondo de poco te habrá de servir como escritor. Tú ves en mí lo que esperas llegar a ser en este campo de acción, juzgas que vale la pena de imitarme y de estimularme; ves en mis escritos que soy un portaestandarte de la verdad, un mensajero inspirado por Dios para iluminar el mundo. Y todo eso, como muy pronto lo verás, es no sólo una exageración y juvenil idealismo, sino un error fundamental. Hay que dejar al lector ingenuo, a quien los libros no le significan gran cosa, que piense lo que quiera sobre el autor, eso no importa; porque cualquier cosa que diga carece de valor, sería el caso de un hombre que jamás ha sido capaz de construir un pequeño establo y se proponga exponer su opinión sobre arquitectura. Por otra parte, un joven escritor apasionado por sus autores favoritos, lleno de idealismo y sin duda inconscientemente ambicioso, que concibe ideas radicalmente erróneas acerca de libros y literatura, no es sólo dañino, sino peligroso por lo que causa, y sobre todo por el daño que se causa a sí mismo. Ésta es la razón por la cual contesto tu carta, no con una simple tarjeta postal, sino en esta forma tan extensa. Como futuro escritor tú tienes una responsabilidad para ti mismo y para tus futuros lectores.

El héroe y portador de la antorcha que tú ves en un autor favorito del momento y que tú piensas emular, no es algo que yo apruebe. Es demasiado bonito, demasiado vacío, demasiado exagerado y sobre todo demasiado occidental para que se genere en tu ámbito oriental.

El autor que te ha despertado y que te ha dado un rayo de visión interior, no es un punto luminoso ni un portaestandarte; cuando más es una ventana por la que se filtra un poco de luz. Su distinción nada tiene que ver con el heroísmo, con nobles intenciones o programas idealistas; sigue siendo una ventana que solamente permite el paso de la luz. Es posible que anhele grandes hazañas, convertirse en benefactor de la humanidad, y probablemente también ese anhelo lo lleve a la ruina y que incluso interfiera al paso de la luz. No se debe guiar ni estimulado por el orgullo o por un falso arranque de humildad sólo por haber dejado pasar la luz o por abrirse a la realidad y a la verdad.

Se hace necesario que te recuerde todo esto, porque tú no eres ni un salvaje ni la víctima de una educación defectuosa, sino un discípulo del Zen Budismo. En consecuencia, tú tienes fe, dispones de la guía de una disciplina espiritual sin igual en la forma de enseñar al hombre para que deje pasar la luz, para que se abra al influjo de la verdad. Esta guía te llevará más allá de cualesquiera obras occidentales, algunas de las cuales tienen tanta magia para ti en la actualidad. Yo tengo gran respeto por Zen, en mayor grado de los que tú consideras como ideales bajo un manto europeo. Su escuela, como bien lo sabes, es un excelente refugio para la mente y el corazón; aquí en el Occidente, no tenemos tradiciones comparables, ni están lo suficientemente conservadas. Tenemos un modo peculiar de vernos unos a otros: tú como japonés y yo como un anciano europeo; mutuamente simpatizamos, ninguno de los dos está inmune a cierto encanto en ambos casos, cada uno de los dos sospecha que el otro es dueño de algo que el otro no puede alcanzar por completo. Tengo la confianza de que tu Zen te protegerá contra todo este exótico y falso idealismo, de igual modo que mi cristianismo me prohíbe dar la espalda, por desesperación, a la tradición que hasta el presente me ha sostenido y que me deja llevar por algún influjo indostánico o sistema de Yoga. Porque debo

reconocer que a veces he sentido esta tentación, pero a pesar de toda la magia de las disciplinas orientales, mi educación europea me enseña a desconfiar de cosas que no entienda y que me confine a aquello que realmente haya podido dominar. Esto último está relacionado con las enseñanzas y experiencia de mi hogar espiritual.

El budismo en la forma de Zen, que tú conoces, será tu guía y refugio mientras vivas. Evitará que te pierdas en el caos de este mundo destrozado, aunque en alguna ocasión se oponga a tus planes literarios. La literatura es ocupación peligrosa para el hombre con buena educación religiosa. El escritor debe creer en la luminosidad y conocerla a través de su experiencia personal, pero nunca considerarse como su mensajero o el propio origen de la misma. En este caso, la ventana se cerrará y esa luz, que no nos necesita, buscará otro camino.

Postdata:

Un paquete con impresos y el original de esta carta acaban de regresarme por correo por inaceptables. ¡Vaya mundo en el que vivimos! Tú, habitante de un país ocupado por el vencedor, has podido enviarme una carta de dieciocho cuartillas, mientras que yo, en un país neutral, no tengo autorización para contestarte. Quizás este saludo te llegue algún día publicado en un periódico.

UN INTENTO DE JUSTIFICACIÓN

Dos cartas acerca de Palestina

Génova, mayo 22, 1948

Estimado señor Hesse:

Antes de abordar el vapor que me llevará a mi hogar en Haifa, me permito hacerle una petición:

¡Si solamente usted, ya sea en lo personal o en conjunción con otros mundialmente conocidos escritores, elevara su voz en esta hora tan trágica de la historia judía! La invasión que inicia el incendio de todo lo que varias generaciones sin mancha han creado —las colonias, esas islas de humana pureza, las ciudades con su gente y bibliotecas—, no solamente amenaza sitios queridos por toda la humanidad sino que también, si el mundo civilizado no interviene, destruirá todas las obras incunables y manuscritos en Jerusalén y Tel Aviv, de los que para dar solo dos ejemplos, la obra sin publicar de Novalis y la de Franz Kafka, además de las más extraordinarias obras pictóricas, colecciones científicas y artísticas. Los intelectuales de todas las naciones deben hacer un esfuerzo para evitar que esto suceda y se restaure la paz.

Estoy seguro de que su voz se hará oír y despertar la conciencia de la humanidad sacándola de su profundo sueño.

Max Brod

Montagnola, 25 de mayo 1948

Estimado señor Brod:

Casi todos los días, el correo me trae un paquete de solicitudes, en su mayor parte de Alemania. Alguien que está enfermo y que debe estar en un hospital para ser debidamente atendido. Alguien que es escritor o artista y que ha estado compartiendo alojamiento en un cuarto estrecho con tres o cuatro personas durante años y ni siquiera consta de una mesa; si habrá de ser salvado, se le debe dar, aunque por corto tiempo, algo de paz y tranquilidad para poder trabajar. Un individuo me escribe: «a la menor señal de su parte las agencias de servicios sociales entrarán en acción»; otro me indica: «con una palabra suya bastará para que las autoridades suizas le den su visa a este pobre sujeto, y le permitirán que trabaje, quizás hasta el derecho de pedir su ciudadanía». En contestación a estas cartas, lo único que puedo decir es que en nuestro país, ninguna moción de mi parte movilizaría ni a las autoridades ni a ninguna otra institución, a ningún hospital o incluso a una panadería para que le diera a un hambriento siquiera una comida. Me asombra y entristecen estas peticiones y la creencia infantil de que yo sea un mago que con sólo levantar el dedo cambia la miseria en felicidad o la guerra en la paz.

Y ahora viene usted, mi viejo amigo de la trágica Kafka, con una petición similar, y en esta ocasión se pretende que asista no a un solo individuo sino a todo un pueblo, y ayude a «restaurar la

paz» además. La idea en sí me desconcierta, porque debo confesar que no tengo fe alguna en la actividad en conjunto de los intelectuales, ni en la buena voluntad del «mundo civilizado». La mentalidad no se puede medir en términos cuantitativos, y si diez o cien «luminarias» apelan al poderoso para que haga o deja de hacer algo, tal apelación resulta inútil. Si hace algunos años hubiera usted acudido en busca de humanitarismo, piedad y contra la violencia a los jóvenes grupos de terroristas en su propio país, le hubieran replicado en términos categóricos lo que los activistas armados piensan de esta clase de idealismos.

No, por noble que sea su intención, no puedo compartir su actitud. Por lo contrario, considero pseudoacción «espiritual», toda apelación, sermón o amenaza dirigida por intelectuales a los amos de la tierra, como algo falso, dañoso y degradante para el espíritu; algo que hay que evitar bajo toda circunstancia. Nuestro reino, amigo Max Brod, simplemente «no es de este mundo». Nuestra misión no es predicar o mandar o apelar, sino mantenernos firmes entre este infierno y sus demonios. No podemos esperar ejercer la menor influencia aprovechando nuestra fama o por acción de conjunto del mayor número posible de nuestros colegas. A la larga, es indudable que salgamos victoriosos, algo nuestro habrá de permanecer cuando todos los generales y ministros de hoy queden olvidados. Pero de momento, aquí y ahora, somos unos pobres diablos y el mundo no sueña siquiera en dejarnos que entremos al juego. Si nosotros, poetas y pensadores tenemos alguna importancia, es solamente porque somos seres humanos, porque a pesar de todas nuestras flaquezas tenemos corazón y mente, así como un fraternal entendimiento y comprensión de todo lo que es natural y orgánico. El poder de los ministros y otros mentores de la política no se basa en el corazón o en la mente sino en las masas que ellos representan. Operan con algo que nosotros no podemos ni debemos usar, con números y cantidades y ese campo lo debemos dejar a ellos. Tampoco ellos la pasan tan bien, hay que tenerlo presente, porque carecen de una inteligencia, de un equilibrio propio, y se dejan llevar por la corriente mayoritaria y al final quedan anulados por los millones de sus electores. No es que permanezcan ajenos por las cosas vergonzosas de que son testigos, que en parte son debidas a sus errores, sino que se sienten verdaderamente perplejos. Siguen las reglas de la casa y quizás esto haga más soportable su responsabilidad. Nosotros, los guardianes de la sustancia espiritual, los servidores de la palabra y de la verdad, los observamos con tanta piedad como con horror. Pero nuestras reglas, son algo más que simples reglas caseras, encierran los verdaderos mandamientos, las leyes eternas y divinas. Nuestra misión es salvaguardarlas, y las ponemos en peligro cada vez que aceptamos, incluso por las más nobles intenciones, de actuar según sus «reglas».

Esta brusca declaración, estoy seguro que influirá para que los pensadores superficiales sospechen que yo soy uno de esos artistas soñadores que estipulan que el arte nada tiene que ver con la política, que un artista debe vivir como esteta en una torre de marfil por temor de contaminar su visión al contacto con la cruda realidad, o se manchará las manos. Estimo que con usted no tengo necesidad de defenderme en este sentido. Desde que la Primera Guerra Mundial me despertó a la inexorable realidad, muchas veces he levantado mi voz y dedicado gran parte de mi vida a la responsabilidad que me fuera dada. Pero siempre he actuado bajo límites estrictos; como escritor, repetidas veces he recordado a mis lectores los mandamientos fundamentales de la humanidad, pero me he abstenido de ejercer influencia sobre sistemas, jamás he tomado partido en ninguna de los cientos de proclamas, protestas y llamadas de advertencia que nuestros intelectuales emiten en

detrimento de la causa humanitaria. Y no tengo intención de hacerlo.

Aun cuando no haya podido cumplir con su petición, podrá usted ver que hago lo conducente al pasarla a otros por medio de la publicación de su carta y mi respuesta.

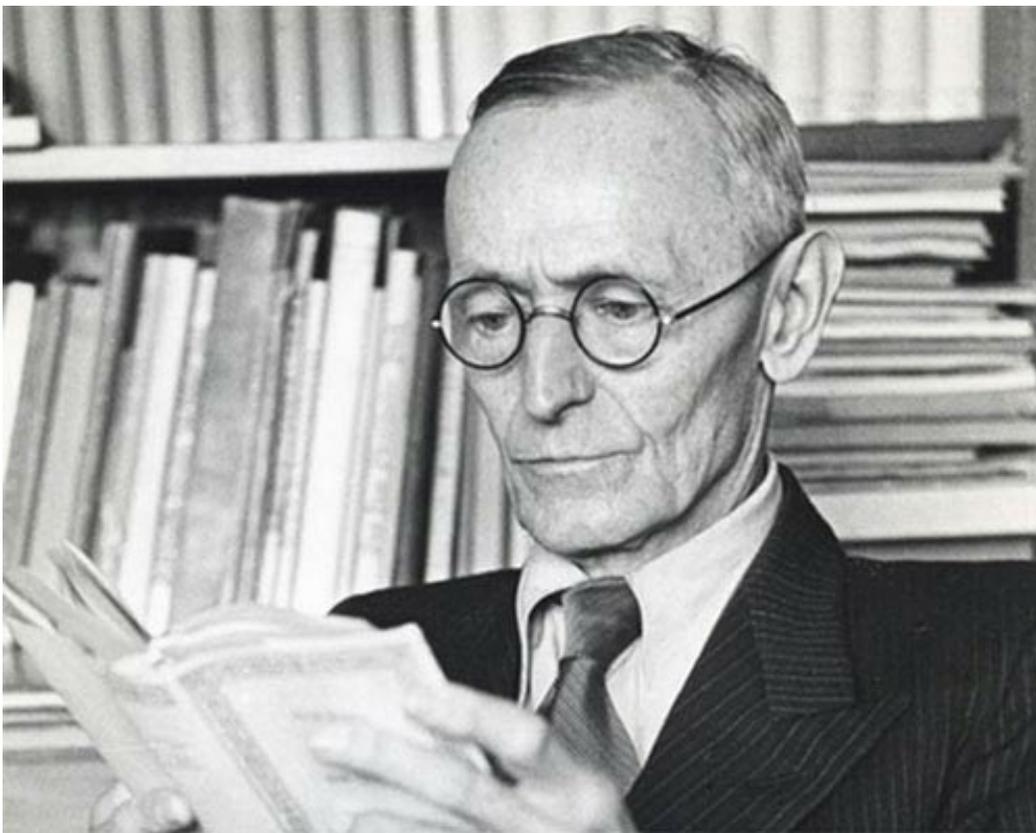
Atentamente,
Hermann Hesse

SOBRE ROMAIN ROLLAND^[3]

1948

Sabemos la parte que tomó Léon Tolstói en el desarrollo preliminar de Romain Rolland. La carta del joven al anciano fue tomada en serio y contestada; el famoso escritor replicó con atingencia y afecto a las preguntas del escolar, le respondió como padre y como hermano a las impetuosas manifestaciones del muchacho. Al así hacerlo, el venerable sabio llevó al cabo un acto sagrado y mágico, el acto de transmitir un llamado. Y en el curso de su vida rica y fructífera, Rolland habría de perpetuar este acto numerosas veces. Como hombre de más edad que había encontrado su camino, estimuló a los jóvenes que andaban en su busca, y una vez que estuvo convencido de su buena voluntad, les trasmitió su llamado. Al despertarlos, como consejero y camarada en la lucha, ayudó grandemente a los anhelantes buscadores de su propia generación y a los de dos generaciones subsecuentes. Era guardián de una llama que aún no se extingue, incluso en Alemania, donde durante los días de terror, sus libros prohibidos aguzaron la vista y la conciencia, sostuvieron corazones de unos cuantos fieles. Todavía sigo recibiendo recordatorios de Rolland desde Alemania; inquietan sobre mis recuerdos personales de él y me piden sus libros.

Dispersos por el mundo hay muchos piadosos creyentes fuera o aparte de las iglesias y denominaciones, hombres de buena voluntad gravemente preocupados por la declinación del espíritu humano, por el dispendio de la paz y la confianza en el mundo. Esta gente no tiene sacerdotes, ni consuelos eclesiásticos; pero tienen sus voces que claman en el desierto, sus santos y mártires. Entre ellos está Romain Rolland; su mentor León Tolstói, y Mahatma Gandhi, su camarada y amigo. Estos tres pilares de la consolación han muerto, pero viven siempre en el corazón de miles de seres; ayudan a miles también a mantener la fe y a llevar en alto su luminosidad en este mundo tan tardo e irrazonable.



HERMANN HESSE. Nació el 2 de julio de 1877 en Calw, Alemania y murió en Montagnola, Cantón del Tesino, Suiza, el 9 de agosto de 1962. Novelista y poeta alemán, nacionalizado suizo. A su muerte, se convirtió en una figura de culto en el mundo occidental, en general, por su celebración del misticismo oriental y la búsqueda del propio yo.

Hijo de un antiguo misionero, ingresó en un seminario, pero pronto abandonó la escuela; su rebeldía contra la educación formal la expresó en la novela *Bajo las ruedas* (1906). En consecuencia, se educó él mismo a base de lecturas. De joven trabajó en una librería y se dedicó al periodismo por libre, lo que le inspiró su primera novela, *Peter Camenzind* (1904), la historia de un escritor bohemio que rechaza a la sociedad para acabar llevando una existencia de vagabundo.

Durante la I Guerra Mundial, Hesse, que era pacifista, se trasladó a Montagnola, Suiza; se hizo ciudadano suizo en 1923. La desesperanza y la desilusión que le produjeron la guerra y una serie de tragedias domésticas, y sus intentos por encontrar soluciones, se convirtieron en el asunto de su posterior obra novelística. Sus escritos se fueron enfocando hacia la búsqueda espiritual de nuevos objetivos y valores que sustituyeran a los tradicionales, que ya no eran válidos. *Demian* (1919), por ejemplo, estaba fuertemente influenciada por la obra del psiquiatra suizo Carl Jung, al que Hesse descubrió en el curso de su propio (breve) psicoanálisis. El tratamiento que el libro da a la dualidad simbólica entre Demian, el personaje de sueño, y su homólogo en la vida real, Sinclair, despertó un enorme interés entre los intelectuales europeos coetáneos (fue el primer libro de Hesse traducido al español, y lo hizo Luis López Ballesteros en 1930). Las novelas de Hesse desde entonces se fueron haciendo cada vez más simbólicas y acercándose más al psicoanálisis. Por ejemplo, *Viaje al Este* (1932) examina en términos junguianos las cualidades míticas de la experiencia humana. *Siddharta* (1922), por otra parte, refleja el interés de Hesse por el misticismo oriental —el resultado de un

viaje a la India—; es una lírica novela corta de la relación entre un padre y un hijo, basada en la vida del joven Buda. *El lobo estepario* (1927) es quizás la novela más innovadora de Hesse. La doble naturaleza del artista-héroe —humana y licantrópica— le lleva a un laberinto de experiencias llenas de pesadillas; así, la obra simboliza la escisión entre la individualidad rebelde y las convenciones burguesas, al igual que su obra posterior *Narciso y Goldmundo* (1930). La última novela de Hesse, *El juego de abalorios* (1943), situada en un futuro utópico, es de hecho una resolución de las inquietudes del autor. También en 1952 se han publicado varios volúmenes de su poesía nostálgica y lúgubre. Hesse, que ganó el Premio Nobel de Literatura en 1946, murió el 9 de agosto de 1962 en Suiza.

Notas

[1] Esta expresión tiene una asociación inmediata para el alemán culto. Son las primeras palabras que canta el bajo en la introducción de Schiller *Am die Freunde* (Oda de la Alegría) en el último movimiento de la Novena Sinfonía de Beethoven. <<

[2] Este artículo fue originalmente publicado bajo el pseudónimo de Emil Sinclair, que también usó Hesse cuando publicó su libro *Demian* en 1919. <<

[3] Escrito a fines de 1948 para un programa en memoria de Romain Rolland transmitido por la radio en París. <<